

Conversaciones con Dios

1

(libro I)

(Neale Donald Walsch)

(La traducción de este libro ya estaba disponible en internet en varias versiones muy similares hasta donde he podido encontrar.

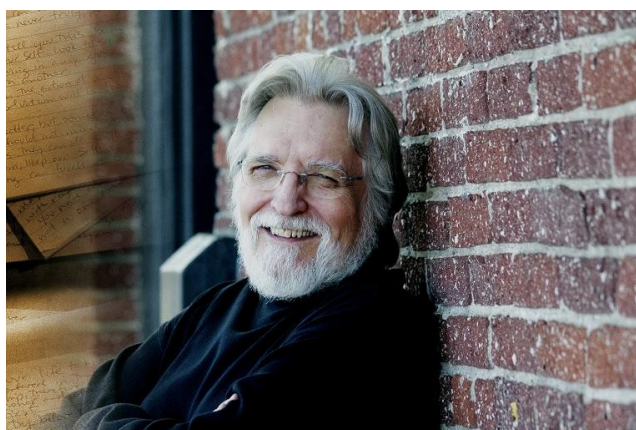
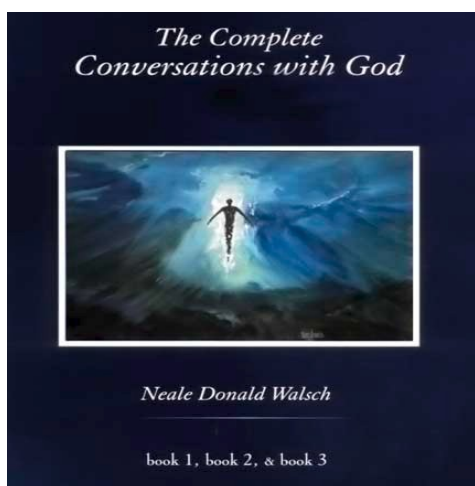
Aunque estas se pueden entender bastante bien, la que aquí presento es una versión completamente revisada de la traducción. En ella mejoro pequeñas cosas y corrijo los errores detectados que son a veces relativamente importantes –de este libro tan útil y simpático.

Para ello he recurrido, claro está, al texto en inglés.

*Ya está terminada, y fue realizada para la web www.UnPlanDivino.net
- noviembre de 2015 -*

En el verano de 2016 he realizado unos audios con la lectura de los capítulos, y en el texto ha habido algunas mejoras pequeñas sin importancia. Los enlaces a los audios y los textos están en la página de índice de este autor en mi web:

<http://unplandivino.net/5-walsch>)



Índice

Introducción (a la edición de 1995).....	2
1.....	5
2.....	41
3.....	48
4.....	58
5.....	62
6.....	69
7.....	72
8.....	79
9.....	96
10.....	104
11.....	105
12.....	111
13.....	123
14.....	133



Introducción (a la edición de 1995)

Estás a punto de vivir una experiencia extraordinaria. Estás a punto de mantener una conversación con Dios. Sí, sí, lo sé... eso no es posible. Probablemente pienses (o te hayan enseñado) que *eso no es posible*. Se puede hablar a Dios, por supuesto, pero no *con* Dios. Es decir, Dios no va a contestar, ¿no es así? ¡Al menos no mediante una conversación normal y corriente!

Lo mismo pensaba yo. Pero luego me “ocurrió” este libro. Y lo digo literalmente. No se trata de un libro escrito *por* mí, sino que me ha “ocurrido” *a* mí. Y cuando lo leas, te “ocurrirá” a ti, ya que *todos somos llevados hacia la verdad para la que estamos preparados*.

Probablemente mi vida sería mucho más fácil si me hubiera callado acerca de todo esto. Pero esa no fue la razón de que me ocurriera. Y cualesquiera que sean los inconvenientes que el libro pueda causarme (como ser tildado de blasfemo, de impostor, de hipócrita por no haber vivido estas verdades en el pasado, o –lo que tal vez sea peor– de hombre santo), ya no me es posible detener el proceso. Ni lo deseo detener. He dispuesto de oportunidades para poder apartarme de todo este asunto y no las he aprovechado. Respecto a este material, he decidido basarme en lo que me dice mi instinto, más que en lo que me pueda decir la mayoría de la gente.

Dicho instinto me dice que este libro no es un disparate, provocado por los sobreesfuerzos de una frustrada fantasía espiritual, o simplemente la autojustificación de un hombre frente a una vida

errada. ¡Ay! Así que habiendo recapacitado sobre todas esas cosas, sobre cada una de ellas, le di a unas pocas personas este material cuando todavía era un manuscrito. Lo leyeron, y se emocionaron. Y lloraron. Y rieron por la alegría y el humor que contiene. Y, según me dijeron, sus vidas cambiaron. Se sintieron traspasados. Se sintieron poderosos.

Muchos dijeron que se sintieron transformados.

Fue entonces cuando supe que este libro era para todo el mundo y que *tenía que* publicarse, porque es un regalo maravilloso para todos aquellos que realmente quieren respuestas y para quienes realmente están interesados en las preguntas; para todos aquellos que han emprendido la búsqueda de la verdad con un corazón sincero, el alma anhelante y apertura mental. Y esos somos prácticamente todos nosotros.

Este libro aborda la mayoría de las preguntas –si no todas– que siempre nos hemos formulado sobre la vida y el amor, el propósito y la función, las personas y las relaciones, el bien y el mal, la culpa y el pecado, el perdón y la redención, el sendero hacia Dios y el camino hacia el infierno... todo. Explora temas como el sexo, el poder, el dinero, los hijos, el matrimonio, el divorcio, la vida, el trabajo, la salud, el más allá, el más acá... *todo*. Explora la guerra y la paz, el conocimiento y el desconocimiento, el dar y el recibir, la alegría y la pena. Examina lo concreto y lo abstracto, lo visible y lo invisible, la verdad y la mentira.

Se podría decir que este libro es “la última palabra de Dios sobre las cosas”, aunque algunas personas podrían tener problemas con esto, especialmente si piensan que Dios dejó de hablar hace 2.000 años, o si piensan que, si Dios ha seguido comunicándose, lo ha hecho únicamente con santos, con chamanas, o con alguien que haya estado meditando durante treinta años, o bien durante veinte –o, por poner un mínimo decente, durante diez (ninguna de estas categorías me incluye).

Lo cierto es que Dios habla con todo el mundo. Con el bueno y con el malo, con el santo y con el canalla, y, sin duda, con todos nosotros. Tú mismo, por ejemplo: Dios se ha acercado a ti muchas veces en tu vida, y esta es una de ellas. ¿Cuántas veces ha escuchado este viejo axioma: “cuando el estudiante esté preparado, aparecerá el profesor”? Este libro es nuestro profesor.

Poco después de que este material empezara a “ocurrirme”, supe que estaba hablando con Dios, de forma directa y personal. Era irrefutable. Y supe que Dios estaba respondiendo a mis preguntas en proporción directa a mi capacidad de comprensión. Es decir, me respondía de un modo, y con un lenguaje, que Dios sabía que yo entendería. Esto explica en gran medida el estilo coloquial de la obra y las referencias ocasionales al material recogido de otras fuentes y experiencias previas de mi vida. Ahora sé que todo lo que me ha acontecido siempre en mi vida procedía de Dios, y reconozco que ahora se estaba reuniendo, se estaba aglutinando en una magnífica y completa respuesta a *cada una de las preguntas que siempre tuve*.

Y en algún momento del recorrido me di cuenta de que se estaba produciendo un libro; un libro destinado a ser publicado. En realidad, durante la última parte del diálogo (en febrero de 1993) se me ordenó específicamente que se produjeran *tres* libros, y que:

1. El primer volumen trataría principalmente de temas personales, centrándose en los desafíos y las oportunidades de la vida de un individuo.
2. El segundo se ocuparía de temas más generales, relativos a la vida geopolítica y metafísica del planeta, y de los desafíos que afronta hoy el mundo.
3. El tercero trataría de las verdades universales de orden más elevado, y de los desafíos y oportunidades del alma.

Este es el primero de los libros, terminado en febrero de 1993. En aras de la claridad debo explicar que, puesto que transcribí este diálogo a mano, subrayé o señalé con un círculo determinadas palabras o frases que me llegaban con un énfasis especial –como si Dios las

hiciera retumbar. En la composición tipográfica estas palabras y frases aparecen en cursiva.

Tengo que decir también que tras haber leído y releído la sabiduría contenida en estas páginas, estoy profundamente avergonzado de mi propia vida, que ha estado marcada por continuos errores y fechorías, con algunos comportamientos sumamente vergonzosos, y con algunas elecciones y decisiones que, sin duda, otros consideran dañinas e imperdonables. Aunque experimento un profundo remordimiento por el hecho de que haya sido a través del dolor de otras personas, siento una indecible gratitud por todo lo que he aprendido en mi vida, y considero que *todavía* tengo que aprender por medio de los demás. Pido disculpas a todos por la lentitud de este aprendizaje. Sin embargo, Dios me alienta a perdonarme a mí mismo mis propias faltas y a no vivir en el temor y la culpa, sino a seguir intentando siempre –a no dejar de intentarlo– vivir una visión más grandiosa.

Y sé que eso es lo que Dios desea para todos nosotros.

*Neale Donald Walsch
Central Point, Oregón
Navidad, 1994*

1

En la primavera de 1.992 –recuerdo que por Pascua–, sucedió un fenómeno extraordinario en mi vida: Dios empezó a hablar contigo, a través de mí.

Permíteme explicarlo.

En aquella época era muy infeliz –personal, profesional y emocionalmente–, y sentía que mi vida era un fracaso a todos los niveles. Dado que desde hacía años había adquirido el hábito de escribir mis pensamientos en forma de cartas (que normalmente nunca enviaba), tomé mi fiel bloc de papel amarillo tamaño folio y empecé a volcar mis sentimientos.

Esa vez, en vez de escribir otra carta más para otra persona que yo imaginara que me había hecho algo, convirtiéndome en su víctima, pensé que apuntaría directamente al origen, al mayor “victimizador” de todos, y decidí escribir una carta a Dios.

Fue una carta rencorosa, apasionada, llena de confusiones, deformaciones y condenas, y con un *montón* de rabiosas preguntas.

¿Por qué mi vida no estaba funcionando? ¿Qué tendría que hacer para que lo hiciera? ¿Por qué no lograba ser feliz en mis relaciones? ¿Siempre iba a escapárseme de las manos la experiencia de disponer de dinero suficiente? Y finalmente –sobre todo– ¿*qué había hecho yo para merecer una vida de continua lucha como la que tenía?*

Mi sorpresa fue que al acabar de garabatear la última de mis amargas e irresponsables preguntas, cuando me disponía a dejar la pluma, mi mano se quedó suspendida sobre el papel como si la sostuviera una fuerza invisible. Y de repente la pluma empezó a *moverse sola*. No tenía ni idea de lo que estaba a punto de escribir, pero parecía que iba a acudir una idea, así que decidí dejarme llevar. Y lo que salió fue esto:

¿Realmente deseas una respuesta a todas esas preguntas, o simplemente te estás desahogando?

Pestañeé... y entonces surgió una respuesta en mi mente. La escribí también:

Las dos cosas. Es verdad que me estoy desahogando, pero si esas preguntas tienen respuesta, ¡tan seguro estoy de que quiero oírlas como de que hay infierno!

Estás seguro de muchas cosas... “como de que hay infierno”. Pero ¿no sería más bonito estar seguro “como de que hay Cielo”?

Y escribí:

¿Qué se supone que significa eso?

Antes de darme cuenta, ya había empezado una conversación... y más que escribir por mi cuenta, estaba *tomando un dictado*.

Este dictado duró tres años, y durante ese tiempo no tenía ni la menor idea de cómo acabaría. Las respuestas a las preguntas que yo expresaba en el papel no me llegaban si no terminaba de escribir completamente cada pregunta y si no *apartaba mis propios pensamientos*. A menudo las respuestas me llegaban más deprisa de lo que podía escribir; entonces, tenía que garabatear rápidamente para no quedarme atrás. Cuando me sentía confuso, o cuando desaparecía la sensación de que las palabras me llegaban de otra parte, dejaba la pluma e interrumpía el diálogo hasta que de nuevo me sintiera “inspirado” –lo siento, esa es la única palabra que realmente resulta apropiada– para volver a tomar el bloc y reanudar la transcripción.

Esas conversaciones todavía duran en el momento en que estoy escribiendo esto. Y la mayor

parte se encuentra en las siguientes páginas... las cuales contienen un asombroso diálogo del que al principio desconfiaba, que luego supuse que me resultaría personalmente valioso, pero que ahora comprendo que estaba destinado a alguien más que solo a mí. Estaba destinado a ti y a cualquiera que acceda a este material, puesto que mis preguntas son también las vuestras.

Deseo que intervengas en este diálogo lo antes posible, ya que lo realmente importante no es *mi* historia, sino la *tuya*. Es la historia de *tu* vida la que aquí se presenta. Y si este material es relevante, lo es para *tu* experiencia personal. De lo contrario, no estarías aquí, con él, en este momento.

Así pues, vamos a iniciar el diálogo con una pregunta que me había estado formulando durante mucho tiempo: ¿cómo habla Dios, y a quién? Cuando la planteé, he aquí la respuesta que obtuve:

Hablo con todo el mundo, constantemente. La cuestión no es a quién le hablo, sino quién me escucha.

Intrigado, le pedí a Dios que me lo explicara mejor. Y esto es lo que dijo:

En primer lugar, vamos a cambiar la palabra “hablar” por “comunicarse”. Es un término mucho mejor, mucho más completo y adecuado. Cuando tratamos de hablar con otros –tú conmigo, Yo contigo–, inmediatamente nos vemos restringidos por la increíble limitación de las palabras. Por esta razón, no me comunico únicamente con palabras. De hecho, rara vez lo hago. Mi modo usual de comunicarme es por medio del *sentimiento*.

El sentimiento es el lenguaje del alma.

Si quieres saber hasta qué punto algo es cierto para ti, presta atención a lo que sientes al respecto.

A veces los sentimientos son difíciles de descubrir, y con frecuencia aún más difíciles de admitir. Sin embargo, en tus más profundos sentimientos se oculta tu verdad más elevada.

El truco está en llegar a dichos sentimientos. Te mostraré cómo hacerlo, de nuevo, si tú quieres.

Le dije a Dios que sí quería, pero que en ese momento deseaba más aún tener una respuesta completa y detallada a mi primera pregunta. He aquí lo que Dios me dijo:

También me comunico con el pensamiento. El pensamiento y los sentimientos no son lo mismo, aunque pueden darse al mismo tiempo. Al comunicarme con el pensamiento, a menudo utilizo imágenes. Por eso los pensamientos resultan más efectivos como herramientas de comunicación que las simples palabras.

Además de sentimientos y pensamientos, utilizo también el vehículo de la *experiencia*, que es un magnífico medio de comunicación.

Y finalmente, cuando fallan los sentimientos, los pensamientos y la experiencia, utilizo las palabras. En realidad, las palabras son el medio de comunicación menos eficaz. Están más sujetas a interpretaciones equivocadas, y muy a menudo a malentendidos.

¿Y eso por qué? Pues debido a lo que son las palabras: son simplemente expresiones, ruidos que expresan sentimientos, pensamientos y experiencia. Son símbolos, signos, insignias. No son Verdad. No son lo real.

Las palabras te pueden ayudar a entender algo. La experiencia te permite conocerlo. Sin embargo, hay algunas cosas que no puedes experimentar. Por eso os he dado otras herramientas de conocimiento: son los llamados sentimientos; y también los pensamientos.

Ahora bien, la suprema ironía del asunto es que vosotros hayáis dado tanta importancia a la palabra de Dios, y tan poca a la experiencia.

Y de hecho, le dais tan poco valor a la *experiencia* que cuando vuestra experiencia de Dios difiere de lo que habéis oído sobre Dios, desecháis automáticamente la experiencia y os quedáis con las palabras, cuando debería ser precisamente al revés.

Vuestra experiencia y vuestros sentimientos sobre algo representan lo que efectiva e intuitivamente sabéis acerca de ello. Las palabras únicamente pueden aspirar a *simbolizar* lo que sabéis, y a menudo pueden *complicar* lo que sabéis, os pueden confundir.

Esas son pues las herramientas con las que Yo me comunico; aunque no sistemáticamente, pues ni todos los sentimientos, ni todos los pensamientos, ni toda la experiencia ni todas las palabras proceden de Mí.

Muchas palabras han sido pronunciadas por otros en Mi nombre. Muchos pensamientos y muchos sentimientos han sido promovidos por causas que no son resultado directo de Mi creación. Y también se derivan muchas experiencias de esos pensamientos y sentimientos.

La cuestión consiste en discernir. La dificultad estriba en saber distinguir entre los mensajes de Dios y los que proceden de otras fuentes. Esta distinción resulta sencilla con la aplicación de una regla básica:

Vuestro Pensamiento más Elevado, vuestra Palabra más Clara, vuestro Sentimiento más Grandioso, son siempre Míos. Todo lo demás procede de otra fuente.

Con ello se facilita la labor de distinción, ya que no debería resultar difícil –ni siquiera para el principiante– identificar lo más Elevado, lo más Claro y lo más Grandioso.

No obstante, te daré algunas directrices:

El Pensamiento más Elevado es siempre aquel que encierra alegría. Las Palabras más Claras son aquellas que encierran verdad. El Sentimiento más Grandioso es el que llamáis “amor”.

Alegría, Verdad, Amor.

Los tres son intercambiables, y cada uno lleva siempre a los otros, sin importar el orden en que se encuentren.

Una vez que utilizéis estas directrices para determinar qué mensajes son Míos y cuáles proceden de otra fuente, lo único que falta es saber si Mis mensajes serán tenidos en cuenta.

La mayoría de Mis mensajes no lo son. Algunos, porque parecen demasiado buenos para ser verdad. Otros, porque parece demasiado difícil seguirlos. Muchos, debido simplemente a que se entienden mal. La mayoría, porque no se reciben.

Mi mensajero más potente es la experiencia, e incluso a esta la ignoráis; especialmente a esta la ignoráis.

Vuestro mundo no se hallaría en las condiciones actuales si simplemente hubierais hecho caso a vuestra experiencia. El resultado de que no la hagáis caso es que seguís reviviéndola, una y otra vez, puesto que mi propósito no puede verse frustrado, ni mi voluntad ignorada. Tenéis que recibir el mensaje, antes o después.

Sin embargo, no os forzaré. Nunca os coaccionaré, ya que os he dado el libre albedrío –la facultad de hacer lo que queráis–, y nunca os lo quitaré, jamás.

Así pues, os continuaré enviando los mismos mensajes una y otra vez, a lo largo de milenios y a cualquier rincón del universo en el que habitéis. Seguiré enviando eternamente Mis mensajes, hasta que los hayáis recibido y los hayáis escuchado con atención, considerándolos vuestros.

Mis mensajes llegarán bajo un centenar de formas, en miles de momentos, durante un

millón de años. No podéis pasarlos por alto si realmente escucháis. No podéis ignorarlos una vez que los hayáis escuchado verdaderamente. De este modo nuestra comunicación empezará en serio, ya que en el pasado únicamente Me habéis hablado, Me habéis rezado, habéis intercedido ante Mí, Me habéis suplicado. Pero ahora puedo responderos, tal y como lo estoy haciendo en este momento.

¿Cómo puedo saber que esta comunicación procede de Dios? ¿Cómo sé que no se trata de mi propia imaginación?

¿Qué diferencia habría? ¿No ves que puedo utilizar tu imaginación con la misma facilidad que cualquier otro medio? Te brindaré los pensamientos, las palabras o los sentimientos que sean *más* apropiados, en cualquier momento dado, y bien adaptados al propósito que nos ocupe, utilizando uno o varios mecanismos.

Reconocerás que esas palabras proceden de Mí porque tú, espontáneamente, nunca has hablado con tanta claridad. Si hubieras hablado ya con esa claridad sobre esas cuestiones, no las preguntarías.

¿Con quién se comunica Dios? ¿Se trata de personas especiales? ¿En momentos especiales?

Todo el mundo es especial, y todos los momentos son propicios. No hay ninguna persona que sea más especial que otra; ningún momento es más especial que otro. Mucha gente decide creer que Dios se comunica de maneras especiales y solo con personas especiales. Esto libera a las masas de la responsabilidad de escuchar Mi mensaje, y aún más de *aceptarlo* (que es otra cuestión), y les permite aceptar como verdad solo lo que otros dicen. Ya no *tenéis* que escucharme, puesto que ya habéis decidido que otros Me han escuchado hablar acerca de todos los asuntos, así que les atendéis a *ellos*.

Al escuchar lo que otras personas piensan que Me han oído decir, *vosotros ya no tenéis que pensar en absoluto*.

Esta es la razón principal de que la mayoría de la gente eluda Mis mensajes a nivel personal. Si reconoces que estás recibiendo Mis mensajes *directamente*, entonces eres responsable de interpretarlos. Es mucho más seguro y mucho más fácil aceptar la interpretación de otros (aunque hayan vivido hace 2.000 años) que tratar de interpretar el mensaje que perfectamente podrías estar recibiendo en este mismo momento.

No obstante, te propongo una nueva forma de comunicación con Dios. Una comunicación *de doble dirección*. En realidad, eres tú quien me lo ha propuesto a Mí, ya que he venido a ti, de esta forma, aquí y ahora, como respuesta a tu llamada.

¿Por qué algunas personas –como, por ejemplo, Jesucristo– parecen escuchar más lo que Tú comunicas que otras?

Porque algunas personas están verdaderamente dispuestas a atender. Están dispuestas a escuchar y a permanecer *abiertas* a la comunicación aun cuando esta parezca alarmante, demente, o manifiestamente equivocada.

¿Debemos escuchar a Dios aun en el caso de que lo que diga nos parezca equivocado?

Especialmente en ese caso. Si creéis que ya estáis en lo cierto con respecto a todas las cosas, ¿quién necesita hablar con Dios?

Seguid adelante, actuando según vuestro entender. Pero daros cuenta de que habéis estado haciendo eso desde el principio de los tiempos. Y mirad cómo está el mundo. Evidentemente, se os ha escapado algo; y es obvio que hay algo que no entendéis. Lo que *sí* entendéis ha de pareceros correcto, puesto que “correcto” es un término que utilizáis para designar aquello con lo que estáis de acuerdo. Por tanto, aquello que se os escape aparecerá, en un primer momento, como “equivocado”.

La única manera de avanzar en esto es preguntándote a ti mismo: “¿qué pasaría si todo lo que considero “equivocado” fuese en realidad lo “correcto”?”. Todos los grandes científicos conocen esta pregunta. Cuando un científico está haciendo algo que no funciona, aparta todos los presupuestos y comienza de nuevo. Todos los grandes descubrimientos han surgido de la voluntad, de la capacidad, de no estar en lo cierto, de no tener la razón. Y eso es lo que se necesita ahora.

No puedes conocer a Dios si no dejas de decirte que *ya* lo conoces. No puedes escuchar a Dios hasta que no dejes de pensar que *ya* lo has escuchado.

No puedo decirte Mi Verdad si no paras de decirme la tuya.

Pero mi verdad acerca de Dios procede de Ti.

¿Quién dijo eso?

Otros.

¿Qué otros?

Predicadores. Vicarios. Rabinos. Sacerdotes. Libros. ¡La *Biblia*, por amor de Dios!

Esas no son fuentes autorizadas.

¿No lo son?

No.

Entonces, ¿qué lo es?

Escucha tus *sentimientos*. Escucha tus Pensamientos más Elevados. Escucha a tu experiencia. Cada vez que una de estas tres cosas difiera de lo que te han dicho tus maestros, o has leído en tus libros, olvida las palabras. *Las palabras son el menos fiable proveedor de la Verdad.*

Hay tantas cosas que quiero decirte, tantas cosas que deseo preguntarte, que no sé por dónde empezar.

Por ejemplo, ¿por qué no te revelas? Si de verdad hay un Dios, y eres Tú, ¿por qué no te revelas de un modo que todos podamos entenderlo?

Ya lo he hecho, una y otra vez. Estoy haciéndolo de nuevo aquí y ahora.

No. Me refiero a una forma de revelación que resulte incuestionable, que no se pueda negar.

¿Cómo cuál?

Como apareciendo ahora mismo ante mi vista.

Lo estoy haciendo.

¿Dónde?

Dondequiera que mires.

No. Yo quiero decir de un modo indiscutible. De un modo que nadie pueda negar.

¿Qué modo sería ese? ¿Bajo qué forma o aspecto querrías que apareciera?

Bajo la forma o aspecto que realmente tengas.

Eso sería imposible, ya que no poseo una forma o aspecto que podáis comprender. Podría *adoptar* una forma o un aspecto que podáis comprender, pero entonces todos supondrían que lo que han visto es la sola y única forma y aspecto de Dios, en vez de una forma y aspecto de Dios –una entre muchas.

La gente cree que Yo soy como me ven, en lugar de como *no* me ven. Pero Yo soy el Gran Invisible, y no lo que me hago ser a Mí mismo en un momento determinado. En cierto sentido, Yo soy lo que *no* soy. Y es de este *no-ser* de donde vengo, y a donde siempre retorno.

Pero cuando vengo de una u otra forma determinada –una forma bajo la que creo que la gente puede comprenderme–, entonces *Me atribuyen esa forma para siempre*.

Y si me presentara bajo cualquier otra forma ante otras personas cualesquiera, los primeros dirían que no me aparecí ante los segundos, ya que no Me habría mostrado a los segundos igual que a los primeros, ni les habría dicho las mismas cosas; de modo que, ¿cómo iba a ser Yo?

Como puedes ver, no importa bajo qué forma o de qué manera Me revele: cualquiera que sea la manera que elija o la forma que adopte, ninguna de ellas resultará incuestionable.

Pero si hicieras algo que evidenciara la verdad de quién eres más allá de cualquier duda o cuestionamiento...

... todavía habría quienes dijeran que es cosa del diablo, o simplemente de la imaginación de alguien. O de cualquier causa distinta de Mí.

Si me revelara como Dios todopoderoso, Rey de los Cielos y la Tierra, y moviera montañas para demostrarlo, habría quienes dirían: “debe ser cosa de Satanás”.

Y eso estaría bien así, puesto que Dios no se revela a Sí mismo por, o a través de, la observación externa, sino de la experiencia interna. Y cuando la experiencia interna ha revelado al propio Dios, la observación externa resulta innecesaria. Y cuando la observación externa es necesaria, entonces no resulta posible la experiencia interna.

Así pues, si se pide la revelación, entonces no puede tenerse, puesto que el acto de pedir constituye una afirmación de que no está, de que ahora no se está revelando nada de Dios. Esta afirmación produce la experiencia, ya que vuestro pensamiento sobre algo es *creador*, y vuestra palabra es *productora*, y vuestro pensamiento y vuestra palabra juntos

resultan magníficamente eficaces a la hora de engendrar vuestra realidad. Por tanto, experimentaréis que *Dios ahora no se ha revelado*, ya que, si lo hubiera hecho, no se lo pediríais.

¿Significa eso que no puedo pedir nada que desee? ¿Me estás diciendo que rezar por algo en realidad aleja ese algo de nosotros?

Esta es una cuestión que ha sido planteada a través de los siglos, y que ha sido resuelta cada vez que se ha planteado. Pero no habéis escuchado la respuesta, o no queréis creerla.

La cuestión se puede responder, de nuevo, con palabras de hoy, en un lenguaje actual, de la siguiente manera:

No tendréis lo que pedís, ni podéis tener nada de lo que queráis. Y ello porque vuestra propia petición es una afirmación de la carencia, y decir que queréis una cosa solo sirve para producir esa experiencia concreta –la carencia– en vuestra realidad.

Por tanto, la oración correcta no es nunca de súplica, sino de gratitud.

Cuando dais gracias a Dios por adelantado por aquello que habéis decidido experimentar en vuestra realidad, estáis efectivamente reconociendo que eso está ahí... *a todos los efectos*. La gratitud es, pues, la más poderosa afirmación dirigida a Dios; una afirmación que Yo habré confirmado incluso antes de que la planteéis.

Así pues, no supliquéis nunca. Antes bien, *agradeced, apreciad*.

Pero, ¿qué ocurre si yo agradezco a Dios por adelantado una cosa, y luego esta nunca aparece? Eso podría conducirme al desencanto y a la amargura.

La gratitud no puede utilizarse como una herramienta con la que *manipular* a Dios; un mecanismo con el que engañar al universo. No podéis mentiros a vosotros mismos. Vuestra mente reconoce la veracidad de vuestros pensamientos. Si *estáis* diciendo: “gracias, Dios, por esto y por lo otro”, y si al mismo tiempo tenéis muy claro que eso no está en vuestra realidad actual, no podéis esperar que Dios sea *menos claro* que vosotros, y que, por tanto, produzca esa realidad para vosotros.

Dios sabe lo que vosotros sabéis, y lo que sabéis es lo que aparece como vuestra realidad.

Pero entonces, ¿cómo puedo estar realmente agradecido por algo si *sé que eso no está presente*?

Fe. Si tienes aunque solo sea la fe equivalente a un grano de mostaza, moverás montañas. Llegarás a reconocer que eso está presente porque *dije* que lo está; porque *dije* que, incluso antes de que pidas, habré respondido; porque *dije* –y os lo he dicho de todas las maneras concebibles y a través de cualquier maestro que puedas mencionar– que sea lo que sea que queráis, si lo queréis en Mi Nombre, así será.

Sin embargo, hay tanta gente que dice que sus oraciones han quedado sin respuesta...

Ninguna oración –y una oración no es más que una ferviente afirmación de *lo que ya es*– se queda sin respuesta. Cualquier oración es creadora –cualquier pensamiento, cualquier afirmación, cualquier sentimiento. En la medida en que sea fervientemente sostenido como

una verdad, en esa misma medida se hará manifiesto en vuestra experiencia.

Cuando se dice que una oración no ha sido respondida, lo que realmente ocurre es que el pensamiento, la palabra o el sentimiento sostenido de modo más ferviente ha llegado a ser *operativo*. Pero lo que has de saber –y ese es el secreto– es que detrás del pensamiento se halla siempre otro pensamiento, que podríamos llamar Pensamiento Promotor, y que es el pensamiento dominante.

Por tanto, si rogáis y suplicáis, habrá una posibilidad mucho menor de que experimentéis lo que pensáis que estáis eligiendo, puesto que el Pensamiento Promotor que se halla detrás de cada súplica es el de que *en ese momento no tenéis* lo que deseáis. *Y ese Pensamiento Promotor se convierte en vuestra realidad.*

El único Pensamiento Promotor que podría invalidar ese pensamiento sería uno fundado en la fe en que Dios concederá cualquier cosa que se le pida, *sin falta*. Algunas personas poseen este tipo de fe, pero son muy pocas.

El proceso de la oración resulta mucho más fácil cuando, en vez de creer que Dios siempre dirá que “sí” a cada petición, se comprende intuitivamente que *la propia petición no es necesaria*. Entonces, *la oración se convierte en una plegaria de acción de gracias*. *No es en absoluto una petición, sino una afirmación de gratitud por lo que ya es.*

Cuando dices que una oración es una afirmación de lo que ya es, ¿estás diciendo que Dios no hace nada, que todo lo que ocurre después de una oración es un resultado de la acción *del rezo*?

Si crees que Dios es un ser omnipotente que escucha todas las oraciones, y que responde que “sí” a unas, “no” a otras, y “ya veremos” al resto, estás equivocado. ¿Por qué regla de tres decidiría Dios?

Si crees que Dios es el *creador y el factor decisivo de todo* en vuestra vida, estás equivocado.

Dios es el *observador*, no el creador. Y Dios está dispuesto a ayudarte a vivir tu vida, pero no de la manera que podrías esperar.

La función de Dios no es crear, ni “des-crear”, las circunstancias o condiciones de vuestra vida. Dios os ha creado a vosotros, a imagen y semejanza suya. Vosotros habéis creado el resto por medio del poder que Dios os ha dado. Dios creó el proceso de la vida, y la propia vida tal como la conocéis. Pero Dios os dio el libre albedrío para hacer con la vida lo que queráis.

En ese sentido, *vuestra voluntad con respecto a vosotros es la voluntad de Dios respecto a vosotros*.

Estáis viviendo vuestra vida del modo como la estáis viviendo, y *no tengo ninguna preferencia al respecto*.

Esa es la grandiosa ilusión de la que participáis: que Dios se preocupa de un modo u otro por lo que hacéis.

Yo no me preocupo por lo que hacéis, y eso os resulta difícil de aceptar. Pero, ¿os preocupáis vosotros por lo que hacen vuestros hijos cuando les dejáis salir a jugar? ¿Es importante para vosotros si juegan al corre que te pilló, al escondite o a disimular? No, no lo es, porque sabéis que están perfectamente a salvo, ya que les habéis dejado en un entorno que consideraréis favorable y adecuado.

Por supuesto siempre confiaréis en que no se *lastimen*. Y si lo hacen, haréis bien en ayudarles, curarles, y permitirles que se sientan de nuevo seguros, que sean felices de nuevo, que vuelvan a jugar otro día. Pero tampoco ese otro día os preocupará si deciden jugar al escondite o a disimular.

Por supuesto que les diréis qué juegos son peligrosos. Pero no podréis evitar que vuestros hijos hagan cosas peligrosas. Al menos, no siempre, no para siempre, no en todo momento desde ahora hasta su muerte. Los padres juiciosos lo saben. Y no obstante, los padres nunca dejan de preocuparse por el *resultado*. Esta dicotomía –no preocuparse excesivamente por el proceso, pero sí preocuparse profundamente por el resultado– describe con bastante aproximación la dicotomía de Dios.

Sin embargo Dios, en cierto sentido, ni siquiera se preocupa por el resultado –no por el *resultado final*. Y ello porque el resultado final está asegurado.

Y esta es la segunda gran ilusión del hombre: que el resultado de la vida es dudoso.

Esta duda acerca del resultado final es lo que ha creado vuestro mayor enemigo: el miedo. Pues si dudáis del resultado, dudaréis del Creador –necesariamente *dudaréis* de Dios. Y si dudáis de Dios, entonces *necesariamente* viviréis toda vuestra vida en el miedo y la culpa.

Si dudáis de las intenciones de Dios –y de su capacidad para producir este resultado final–, entonces, ¿cómo podréis descansar jamás? ¿Cómo podréis nunca hallar realmente la paz?

Sin embargo, Dios posee pleno *poder* para encajar las intenciones con los resultados. No podéis ni queréis creer en ello (aunque afirméis que Dios es todopoderoso), y, en consecuencia, tenéis que crear en vuestra imaginación *un poder igual a Dios*, con el fin de encontrar una manera de que la voluntad de *Dios se vea frustrada*. Así, habéis creado en vuestra mitología al ser que llamáis “el diablo”, e incluso habéis imaginado a Dios en *guerra* con ese ser (pensando que Dios resuelve sus problemas del mismo modo que vosotros). Y, finalmente, habéis imaginado que Dios podría realmente *perder* esa guerra.

Todo eso viola todo lo que decís que sabéis acerca de Dios, pero eso no importa. Vivís vuestra ilusión y, de este modo, sentís vuestro miedo, y todo ello debido a vuestra decisión de dudar de Dios.

Pero, ¿qué ocurriría si tomaras una nueva decisión? ¿Cuál sería entonces el resultado?

Te aseguro esto: vivirías como lo hizo Buda, o como vivió Jesús. Como lo hicieron todos los santos que siempre habéis idolatrado.

Sin embargo, como ocurrió con la mayoría de los santos, la gente no te entendería. Y cuando trataras de explicar tu sensación de paz, tu alegría de vivir, tu éxtasis interior, ellos oírían tus palabras pero no las entenderían. Intentarían repetir las, pero añadirían sus cosas.

Se preguntarían cómo pudiste hallar lo que ellos no han podido encontrar. Pronto crecerían sus celos y los celos se convertirían en rabia, y en su rabia tratarían de convencerte de que eres tú quién no entiende a Dios.

Y si fracasaran a la hora de arrancarte tu alegría, tratarían de hacerte daño; tan enorme sería su rabia. Y cuando tú les dijeras que eso no te importaba, que ni siquiera la muerte podría privarte de tu alegría, ni cambiaría tu verdad, seguramente te *matarían*. Entonces, cuando vieran con qué paz aceptabas la muerte, te llamarían santo, y te amarían de nuevo.

Y ello porque está en la naturaleza de las personas amar, luego destruir, y luego amar de nuevo aquello que más aprecian.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué lo *hacemos*?

Todos los actos humanos están motivados, en su nivel más profundo, por una de estas dos emociones: el temor o el amor. En realidad solo existen dos emociones, dos únicas

palabras en el lenguaje del alma. Son los extremos opuestos de la gran polaridad que Yo creé cuando produje el universo, y vuestro mundo, tal como hoy lo conocéis.

Estos son los dos aspectos –el Alfa y el Omega– que permiten la existencia del sistema que llamáis “relatividad”. Sin estos dos aspectos, sin estas dos ideas sobre las cosas, no podría existir ninguna otra idea.

Todo pensamiento humano, toda acción humana, se basa o bien en el amor, o bien en el temor. No existe ninguna otra motivación humana, y todas las demás ideas derivan de estas dos. Son simplemente versiones distintas, diferentes variaciones del mismo tema.

Piensa en ello detenidamente y verás que es así. Eso es lo que he llamado Pensamiento Promotor. Es o bien un pensamiento de amor, o bien de temor. Este es el pensamiento que se oculta detrás del pensamiento que, a su vez, se oculta detrás del pensamiento. Es el primer pensamiento. Es la fuerza principal. Es la energía primaria que mueve el motor de la experiencia humana.

Y es así que el comportamiento humano produce una experiencia repetida tras otra; es así que los humanos aman, luego destruyen, y luego aman de nuevo: siempre con ese movimiento pendular de una emoción a la otra. El amor promueve el temor, que promueve el amor, que promueve el temor...

...Y la razón se halla en la primera mentira –una mentira que sostenéis como si fuera la verdad sobre Dios: que no se puede confiar en Dios; que no se puede contar con el amor de Dios; que el hecho de que Dios os acepte está condicionado. Y por tanto, que el resultado final es dudoso. Entonces, si no podéis contar con que el amor de Dios está siempre ahí, ¿con el amor de quién *podéis* contar? Si Dios se retira y se aparta cuando vosotros no actuáis correctamente, ¿no lo harán los simples mortales?

...Y así es como en el momento en que prometéis vuestro más elevado amor, abris la puerta a vuestro mayor temor.

Porque lo primero que os preocupa después de decir “te quiero” es si vais a escuchar lo mismo. Y entonces, si lo escucháis, os empieza inmediatamente a preocupar la posibilidad de perder ese amor que acabáis de encontrar. Así, toda acción se convierte en reacción –de defensa ante la pérdida–, *a la vez que tratáis de defenderos ante la pérdida de Dios.*

Pero si supierais Quiénes Sois –que sois el ser más magnífico, notable y espléndido que Dios haya creado jamás– nunca tendríais miedo; ya que, ¿quién puede negar esa maravillosa magnificencia? Ni siquiera Dios podría encontrar faltas en un ser así.

Pero no sabéis Quiénes sois, y pensáis que sois mucho menos. ¿De dónde habéis sacado la idea de que sois cualquier cosa menos magníficos? De las únicas personas cuya palabra aceptaríais plenamente. *De vuestra madre y de vuestro padre.*

Estas son las personas que más os aman. ¿Por qué habrían de mentiros? Sin embargo, ¿no os han dicho que sois demasiado tal cosa, y no suficientemente tal otra? ¿No os han recordado que tenéis que pasar desapercibidos? ¿No os han regañado en algunos de vuestros momentos de mayor euforia? ¿Y no os han animado a desechar algunas de vuestras ideas más locas?

Estos son los mensajes que habéis recibido, y, aunque no satisfacen los criterios, y por tanto, no son mensajes de Dios, es como si lo fueran, puesto que han procedido de los dioses de vuestro universo y han sido aceptados sin objeciones.

Fueron vuestros progenitores quienes os enseñaron que el amor está condicionado –habéis sentido esas condiciones muchas veces–, y esa es la experiencia que habéis incorporado a vuestras propias relaciones amorosas.

Es también la experiencia que me aplicáis a Mí.

Y a partir de esta experiencia extraéis vuestras conclusiones sobre Mí. En este marco

proclamáis vuestra verdad: “Dios es un Dios amoroso –decís–, pero si quebrantas Sus mandamientos, te castigará con el destierro perpetuo y la condenación eterna”.

¿Acaso no habéis experimentado el destierro de vuestros propios padres? ¿No conocéis el dolor de su condenación? ¿Cómo entonces podríais imaginar que iba a ser distinto conmigo?

Habéis olvidado qué era ser amado sin condiciones. No recordáis la experiencia del amor de Dios. Y así, tratáis de imaginar cómo debe de ser el amor de Dios basándoos en cómo veis que es el amor del mundo.

Habéis proyectado en Dios el papel de “padre”, y en consecuencia habéis dado con un Dios que juzga y premia o castiga en base a cómo se siente Él con respecto a lo que vosotros habéis hecho hasta ese momento. Pero esta es una visión simplista de Dios, basada en vuestra mitología. No tiene nada que ver con Quien Yo Soy.

Por tanto, habiendo creado todo un sistema de pensamiento acerca de Dios basado en la experiencia humana más que en las verdades espirituales, después creasteis toda una realidad en torno al amor. Se trata de una realidad basada en el temor, arraigada en la idea de un Dios terrible y vengativo. Ese Pensamiento Promotor es erróneo, pero rechazarlo supondría desbaratar toda vuestra teología. Y aunque la nueva teología que podría reemplazarla sería realmente vuestra salvación, no podéis aceptarla, *puesto que la idea de un Dios al que no haya que temer, que no va a juzgar, y que no tiene ningún motivo para castigar, resulta sencillamente demasiado magnífica para incluirla ni siquiera en vuestra más grandiosa noción de Quién y Qué es Dios.*

Esta realidad del amor basada en el temor domina vuestra experiencia del amor; más aún, en realidad la crea, ya que no solo hace que os veáis *recibiendo* un amor condicionado, sino que también os veis *dándolo* del mismo modo. E incluso mientras negociáis y establecéis vuestras condiciones, una parte de vosotros sabe que eso no es realmente amor. Aun así, parecéis incapaces de cambiar la manera de dispensarlo. Os decís a vosotros mismos que habéis aprendido la manera difícil, y que os iréis al carajo si os volvéis de nuevo vulnerables. Pero lo cierto es que os iréis al carajo si no lo hacéis.

[Debido a vuestros propios (y equivocados) pensamientos sobre el amor, os condenáis a no experimentarlo nunca en toda su pureza. Del mismo modo, os condenáis a no conocerme nunca como realmente soy. Hasta que lo hagáis, pues no podéis rechazarme para siempre, ya que un día llegará el momento de nuestra Reconciliación.]

Cualquier acción emprendida por los seres humanos se basa en el amor o en el temor, y no simplemente las que afectan a las relaciones. Las decisiones relativas a los negocios, la industria, la política, la religión, la educación de vuestros jóvenes, la política social de vuestras naciones, los objetivos económicos de vuestra sociedad, las decisiones que implican guerra, paz, ataque, defensa, agresión, sometimiento; las determinaciones de codiciar o donar, de ahorrar o compartir, de unir o dividir: cualquier decisión libre que toméis se deriva de uno de los dos únicos pensamientos posibles que existen: un pensamiento de amor o un pensamiento de temor.

El temor es la energía que contrae, cierra, capta, huye, oculta, acapara y daña.

El amor es la energía que expande, abre, emite, permanece, revela, comparte y sana.

El temor cubre nuestros cuerpos de ropa; el amor nos permite permanecer desnudos.

El temor se aferra a todo lo que tenemos; el amor lo regala. El temor agarra; el amor acaricia. El temor retiene; el amor deja ir. El temor exaspera; el amor calma. El temor ataca; el amor repara.

Cualquier pensamiento, palabra o acto humano se basa en una emoción o en la otra. No tenéis más elección al respecto, puesto que no existe nada más entre lo que elegir. Pero sí

tenéis libre albedrío respecto a cuál de las dos escoger.

Haces que parezca muy fácil, y, sin embargo, en el momento de la decisión, el temor vence mucho más a menudo. ¿Por qué?

Habéis aprendido a vivir en el temor. Se os ha hablado de la supervivencia de los más capacitados, de la victoria de los más fuertes y del éxito de los más inteligentes. Pero se os ha dicho muy poco sobre la gloria de quienes más aman. De este modo, os esforzáis por ser los más capacitados, los más fuertes, los más inteligentes –de una u otra manera–, y si en una situación determinada percibís que vosotros lo sois menos, tenéis miedo de perder, puesto que se os ha dicho que ser menos significa perder.

Así, evidentemente, elegís la acción promovida por el temor, porque eso es lo que os han enseñado. Pero Yo os enseño esto: cuando escojáis la acción promovida por el amor, entonces haréis algo más que tener éxito. Entonces experimentaréis plenamente la gloria de Quienes Realmente Sois, y quienes podéis ser.

Para hacer esto debéis dejar a un lado las enseñanzas de vuestros bienintencionados, aunque mal informados, profesores mundanos, y *escuchar las enseñanzas de aquellos cuya sabiduría proviene de otra fuente.*

Hay muchos de estos profesores entre vosotros, como siempre los ha habido, ya que nunca he querido privaros de aquellos que os mostraran, os enseñaran, os guiaran y os recordaran esas verdades. No obstante, el mayor recordatorio no se halla fuera de vosotros, sino que es vuestra propia voz interior. Esta es la primera herramienta que utilizo, puesto que es la más accesible.

La voz interior es la voz más fuerte con la que hablo, puesto que es la más cercana a vosotros. Es la voz que, de cualquier cosa en la vida, os dice si se trata de algo verdadero o falso, correcto o equivocado, bueno o malo, según lo hayáis definido. Es el radar que señala el rumbo, conduce el barco y guía el viaje si tan solo dejáis que lo haga.

Es la voz que te dice ahora mismo si las mismas palabras que estás leyendo son palabras de amor o palabras de temor. Con esta pauta puedes determinar si son palabras que hay que tener en cuenta o palabras que hay que ignorar.

Dijiste que si elijo siempre la acción impulsada por el amor, entonces experimentaré plenamente la gloria de quien soy y quien puedo ser. ¿Quieres explicármelo con más detalle, por favor?

Existe únicamente un propósito para toda vida, y es, para vosotros y para todo lo que vive, experimentar la gloria más plena.

Todo lo que decís, hacéis o pensáis está subordinado a esta función. Vuestra alma no tiene que hacer nada más que eso, y no *quiere* hacer nada más que eso.

Lo maravilloso de este propósito es que nunca termina. Un fin es una limitación, y el propósito de Dios carece de este límite. Debe llegar un momento en el que os experimentéis a vosotros mismos en vuestra gloria más plena, y en ese instante imaginaréis una gloria aún mayor. Cuanto más seáis, más llegaréis a ser, y cuanto más lleguéis a ser, más podréis ser todavía.

El secreto más profundo es que la vida no es un proceso de descubrimiento, sino un proceso de creación.

No os estáis descubriendo a vosotros mismos, sino que os estáis creando de nuevo a vosotros mismos. Tratad, por tanto, no de averiguar Quiénes Sois, sino de determinar Quiénes Queréis Ser.

Hay quienes dicen que la vida es una escuela, que estamos aquí para aprender unas determinadas lecciones, que una vez “graduados” podremos continuar con otros objetivos mayores, liberados ya de las cadenas del cuerpo. ¿Es eso cierto?

Es otra parte de vuestra mitología, basada en la experiencia humana.

¿La vida no es una escuela?

No.

¿No estamos aquí para aprender?

No.

Entonces, ¿por qué *estamos* aquí?

Para recordar y re-crear Quiénes Sois.

Os lo he dicho una y otra vez, y no Me creéis. Pero así ha de ser; ya que, verdaderamente, si no os *creáis* a vosotros mismos como Quiénes Sois, no podéis ser.

Bueno, me he perdido. Volvamos a lo de la escuela. He escuchado a un maestro tras otro decirnos que la vida es una escuela. Francamente, me choca oírte negarlo.

La escuela es un lugar adonde vas si hay algo que no sabes y quieres saber. No es un lugar adonde vas si ya sabes algo y simplemente quieres *experimentar tu conocimiento*.

La vida (como la llamáis) supone para vosotros una oportunidad para *conocer experimentalmente* lo que ya sabéis *conceptualmente*. No necesitáis *aprender nada* al respecto. Necesitáis simplemente recordar lo que ya sabéis, y *obrar en consecuencia*.

No estoy seguro de entenderlo.

Empecemos por aquí. El alma –vuestra alma– ya sabe todo lo que se puede saber en todo momento. Nada se le oculta, no desconoce nada. Pero saberlo no es suficiente. El alma aspira a *experimentarlo*.

Podéis *saber* que sois generosos, pero a menos que *hagáis* algo que despliegue generosidad, solo tenéis un concepto. Podéis *saber* que sois amables, pero si no le *hacéis* algo amable a alguien, solo tendréis una *idea* sobre vosotros mismos.

El único deseo de vuestra alma es convertir su más grandioso *concepto* sobre sí misma en su mayor *experiencia*. En tanto el concepto no se convierta en experiencia, todo lo que hay es especulación. Yo he estado especulando sobre Mí mismo durante mucho tiempo, más del que vosotros y Yo podríamos recordar colectivamente, más tiempo que la edad del universo multiplicada por sí misma. ¡Mira entonces qué joven es –qué *nueva* es– Mi experiencia de Mí mismo!

Me he perdido de nuevo. ¿Tu experiencia de Ti mismo?

Sí. Permíteme que te lo explique de este modo:

En el principio, lo que *Es* era todo lo que había, y no había nada más. Pero Todo Lo Que Es no podía conocerse a sí mismo, pues Todo Lo Que Es era todo lo que había, y no había *nada más*. Así, Todo Lo Que Es... *no* era, ya que, en ausencia de algo más, Todo Lo Que Es, *no* es.

Este es el gran “Es/No Es” al que han aludido los místicos desde el principio de los tiempos.

Ahora bien, Todo Lo Que Es *sabía* que era todo lo que había; pero eso no bastaba, puesto que solo podía conocer su total magnificencia *conceptualmente*, no *experiencialmente*. Así que lo que anhelaba era la experiencia de sí mismo, puesto que quería saber que le apetecía ser tan magnífico, quería saber cómo se siente siendo tan magnífico. Aun así, eso era imposible, ya que el propio término “magnífico” es un término relativo. Todo Lo Que Es no podía saber cómo se *sentiría* siendo magnífico, no podía saber que le apetecía ser magnífico, a menos que *lo que no es*, se mostrara. En ausencia de *lo que no es*, lo que Es, *no* es.

¿Entiendes esto?

Creo que sí. Continúa.

De acuerdo. Lo único que Todo Lo Que Es sabía es que no había *nada más*. Así, no podía ni lograría *jamás* conocerse a Sí Mismo desde un punto de referencia exterior a Sí Mismo: dicho punto de referencia no existía. ¡Solo había un punto de referencia!, que era un único lugar interior: el “Es/No Es”; el “Soy/No Soy”.

Aun así, el Todo de Toda Cosa decidió conocerse *en la experiencia*, “*experiencialmente*”.

Esta *energía* –esta energía pura, invisible, inaudible, inobservable y, por tanto, no conocida por nadie– decidió experimentarse a Sí Misma como la total magnificencia que era. Para ello, se dio cuenta de que habría de utilizar un punto de referencia *interior*.

Se hizo el razonamiento, totalmente correcto, de que cualquier *parte* de Sí Misma había de ser necesariamente *menos que el total*. Por tanto, si simplemente se *dividía* a Sí Misma en partes, entonces cada una de las partes, al ser menos que el total, podría mirar al resto de Sí Misma y contemplar la magnificencia.

Así, Todo Lo Que Es se dividió a Sí Mismo, y en un momento glorioso se convirtió en lo que es *esto*, y lo que es *aquello*. Por primera vez, existían *esto* y *aquello*, completamente separados el uno del otro. Y aun así, existían simultáneamente, tal como sucedía también con todo lo que no era *ninguno de los dos*.

Así, de repente existían *tres* elementos: lo que está *aquí*, lo que está *allí*, y lo que no está *ni aquí ni allí*, pero que *debe existir para que aquí y allí existan*.

Es la nada que alberga al todo. Es el no-espacio que alberga al espacio. Es el todo que alberga a las partes.

¿Lo entiendes?

¿Me sigues?

Creo que sí, realmente. Lo creas o no, lo has ilustrado de una forma tan clara que creo que verdaderamente lo entiendo.

Voy a ir más lejos. Esa *nada* que alberga al *todo* es lo que algunas personas llaman “Dios”. Pero eso tampoco resulta preciso, puesto que sugiere que existe algo que Dios *no* es: a saber, todo lo que no es “nada”. Pero Yo soy *Todas las Cosas* –visibles e invisibles–, de

modo que esta descripción de Mí como el Gran Invisible, la Nada, la “Ninguna-Cosa”, o como el Espacio Intermedio (que es una definición de Dios esencialmente mística, al modo oriental), no resulta más acertada que la descripción esencialmente práctica, al modo occidental, de Dios como todo lo visible. Quienes creen que Dios es Todo lo Que Es y Todo lo Que No Es, son quienes lo entienden correctamente.

Ahora bien, al crear lo que está “aquí” y lo que está “allí”, Dios hizo posible que Dios se conociera a Sí Mismo. En el momento de esta gran explosión de su interior, Dios creó la *relatividad*, que es el mayor de los regalos que se ha hecho Dios a Sí Mismo. Y por tanto, la *relación* es el mayor de los regalos que os haya podido hacer Dios –un tema que discutiremos más adelante.

Así pues, a partir de la Nada surgió el Todo; a partir de “Ninguna-Cosa” surgió “Toda-Cosa” –un acontecimiento espiritual que es por cierto totalmente coherente con lo que vuestros científicos llaman la teoría del Big Bang.

Como todos los elementos se hallaban en movimiento, se creó el *tiempo*, puesto que algo que primero estaba *aquí* luego estaba *allí*, y el período que se empleaba en *ir* de aquí hasta allí era medible.

Igual que las partes visibles de Sí Mismo empezaron a definirse a sí mismas “relativamente” entre sí, así sucedió también con las partes invisibles.

Dios sabía que para que existiera el amor –y se conociera a sí mismo como *puro amor*–, tenía que existir también su contrario exacto. Por tanto, Dios creó voluntariamente la gran polaridad: el opuesto absoluto del amor –todo lo que el amor no es–, que ahora llamamos “temor”. Desde el momento en que existía el temor, el amor podía existir *como algo que se podía experimentar*.

Es a esta *creación de la dualidad* entre el amor y su opuesto a la que se refieren los humanos, en sus diversas mitologías, como el *nacimiento del mal*, la caída de Adán, la rebelión de Satán, etc.

Del mismo modo en que habéis decidido personificar el amor puro en el personaje que llamáis “Dios”, también habéis decidido personificar el miedo abyecto en el personaje que llamáis “demonio”.

En la Tierra, algunos han creado mitologías muy elaboradas en torno a este acontecimiento, llenas de supuestas batallas y guerras, soldados angélicos y guerreros diabólicos, las fuerzas del bien y del mal, de la luz y de la oscuridad.

Esta mitología ha constituido el primer intento por parte de los hombres de entender, y de explicar a los demás de manera que pudieran entenderlo, un acontecimiento cósmico *del que el alma humana es profundamente consciente, pero que la mente apenas puede concebir*.

Al dar el universo como una versión *dividida de Sí Mismo*, Dios produjo, a partir de la energía pura, todo lo que ahora existe; tanto lo visible como lo invisible.

En otras palabras, no solo se creaba de este modo el universo físico, *sino también el universo metafísico*. La parte de Dios que forma el segundo término de la ecuación “Soy / No Soy”, explotó también en un infinito número de unidades más pequeñas que el total. A estas unidades de energía las llamaríais “espíritus”.

En algunas de vuestras mitologías religiosas se afirma que “Dios Padre” tiene muchos hijos espirituales. Este paralelismo con la experiencia humana de la vida que se multiplica parece ser el único modo de que las masas puedan captar en realidad la idea de la súbita aparición –la súbita existencia– de innumerables espíritus en el “Reino del Cielo”.

En este caso, vuestros cuentos y relatos míticos no están tan lejos de la realidad última, pues los espíritus eternos que constituyen la totalidad de Mí, *son*, en un sentido

cósmico, Mi descendencia.

Mi propósito divino al dividirme era crear las suficientes partes de Mí como para poder *conocerme a Mí Mismo experimentalmente*. Solo hay una manera en que el Creador se pueda conocer a Sí Mismo experiencialmente como el Creador, y es creando. Y así, a cada una de las innumerables partes de Mí (a todos mis hijos espirituales) les di *el mismo poder de crear* que Yo poseo como totalidad.

A eso es a lo que se refieren en vuestras religiones cuando afirman que fuisteis creados “a imagen y semejanza de Dios”. Esto no significa, como han sugerido algunos, que nuestros cuerpos físicos sean parecidos (aunque Dios puede adoptar cualquier forma física que quiera para un determinado propósito). Significa que nuestra esencia es la misma. Estamos hechos de la misma sustancia. ¡SOMOS la “misma sustancia”! Con las mismas propiedades y capacidades, incluyendo la capacidad de crear realidad física de un soplo.

Mi propósito al crearos a vosotros, Mi descendencia espiritual, era conocerme a Mí Mismo como siendo Dios. No tenía modo de hacerlo, salvo *a través vuestro*. Por tanto se puede decir (y se ha dicho muchas veces) que Mi propósito respecto a vosotros es que *vosotros os conozcáis como siendo Yo*.

Esto parece extraordinariamente simple, pero resulta muy complejo, ya que solo hay un modo para conoceros a vosotros mismos como siendo Yo, y es el de conoceros *primero* como siendo no-Yo. Ahora trata de seguirme –esfuérate para no perder el hilo–, ya que esto ahora se hace muy sutil. ¿Listo?

Creo que sí.

Bien. Recuerda que me has pedido esta explicación. Has estado esperándola durante años. Y me la has pedido en términos profanos, no en doctrinas teológicas o teorías científicas.

Sí, soy consciente de lo que he pedido.

Y tal como la has pedido te la voy a dar.

Ahora bien, para simplificar las cosas, voy a utilizar vuestro modelo mitológico de los hijos de Dios como base para esta exposición, ya que se trata de un modelo con el que estáis familiarizados, y en muchos aspectos no se aleja mucho de la realidad.

Entonces volvamos a hablar del funcionamiento de este proceso de autoconocimiento.

Solo había un modo con el que Yo pudiera motivar a todos Mis hijos espirituales a conocerse a sí mismos como partes Mías, y era simplemente diciéndoselo. Y eso es lo que hice. Pero, como puedes ver, al Espíritu no le bastaba simplemente con conocerse a Sí Mismo como siendo Dios, o parte de Dios, o hijos de Dios, o herederos del reino (o cualquier mitología que quieras utilizar).

Como ya he explicado, conocer algo y *experimentarlo* son dos cosas distintas. El Espíritu anhelaba conocerse experiencialmente (¡justo como Yo lo hice!). El discernimiento conceptual no era suficiente para vosotros. Así que ideé un plan. Es la idea más extraordinaria de todo el universo; y también la colaboración más espectacular –y digo “colaboración” porque *todos vosotros estáis en esto conmigo*.

Con este plan, vosotros, en tanto que espíritu puro, entraríais en el universo físico recién creado. Y esto es porque lo *físico* es la única manera de conocer experiencialmente lo

que se conoce conceptualmente. Esta es, de hecho, la razón por la que de entrada creé el cosmos físico, así como el sistema de relatividad que lo gobierna y toda la creación.

Una vez en el universo físico, vosotros, Mis hijos espirituales, podéis experimentar lo que sabéis de vosotros mismos; pero primero tenéis que *llegar a conocer lo contrario*. Para explicarlo de una manera sencilla, no podéis conoceros a vosotros mismos como altos, a menos que –y hasta que– seáis conscientes de ser bajos. No podéis experimentar la parte de vosotros mismos que llamáis “gordo” a menos que también lleguéis a conocer lo “delgado”.

Yendo hasta las últimas consecuencias lógicas, no os podéis experimentar a vosotros mismos como lo que sois si no os habéis topado con lo que *no* sois. Este es el propósito de la teoría de la relatividad y de toda la vida física. Estáis definidos o delimitados por aquello que *no* sois.

Ahora bien, en el caso del conocimiento último –en el caso del conocimiento de vosotros mismos como siendo el Creador–, no podéis *experimentar* vuestro propio Yo como creador a menos que –y hasta que– *creéis*. Y no podéis crearos a vosotros mismos si no os *des-creáis* a vosotros mismos. En cierto sentido, para poder ser, primero tenéis que “no ser”. ¿Me sigues?

Creo...

Quédate con esa idea.

Por supuesto, no hay ninguna manera de que no seáis quienes sois y lo que sois; simplemente lo sois (espíritu, puro, creador), siempre lo habéis sido y siempre lo seréis. Así pues, hicisteis lo mejor que podíais hacer a continuación. Os *provocasteis a vosotros mismos el olvido* de Quienes Realmente Sois.

Una vez dentro del universo físico, *renunciasteis a vuestro recuerdo de vosotros mismos*. Eso os permite *decidir* ser Quienes Sois, en vez de simplemente “despertaros ya en vuestra torre de cristal”, por así decirlo.

Es en el acto de decidir ser (más que en el acto de que os digan simplemente que sois) una parte de Dios, es en ese acto, como os *experimentáis a* vosotros mismos como seres que se eligen totalmente, que hacen una elección plena. Y eso es lo que Dios es, por definición. Sin embargo, ¿cómo podéis decidir respecto a algo sobre lo que no hay elección posible? No podéis dejar de ser Mi descendencia por mucho que os empeñéis; pero sí podéis olvidarlo.

Vosotros sois, siempre habéis sido y siempre seréis, una parte *divina* del *todo divino*, un *miembro del cuerpo*. He aquí por qué se llama “remembranza” al acto de reunirse con el todo, de volver a Dios. Verdaderamente decidís *re-membrar* Quienes Realmente Sois, o reuniros junto a los demás miembros, junto a las diversas partes de vosotros mismos, para experimentar el todo de vosotros mismos –es decir, el Todo de *Mí*.

Vuestra tarea en la Tierra, por tanto, no es aprender (puesto que ya sabéis), sino *re-membrar*, recordar Quiénes Sois. Y recordar quiénes son todos los demás. He aquí por qué una parte importante de vuestra tarea consiste en recordar a los demás (es decir, en *re-considerarles*), de modo que también ellos puedan re-membrar.

Todos vuestros maravillosos maestros espirituales han hecho precisamente esto. Este es vuestro único objetivo. Es el único objetivo de vuestra alma.

¡Dios mío, es tan simple! ¡Y tan... *simétrico*! Quiero decir, ¡que todo *encaja*! ¡De repente, todo cuadra! Ahora veo un panorama que nunca antes había visto entero del todo.

Bien. Eso está bien. Ese es el propósito de este diálogo. Me has pedido respuestas. Y te he prometido que te las daría.

Harás un libro con este diálogo, y harás que Mis palabras resulten accesibles a muchas personas. Esto forma parte de tu trabajo. Ahora bien, tú tienes más preguntas que formular acerca de la vida. Ya hemos colocado los cimientos; hemos preparado el terreno para nuevos conocimientos. Vayamos a esas otras preguntas, y no te preocupes. Si hay algo que no entiendas en profundidad en lo que acabamos de tratar, muy pronto lo verás todo claro.

Hay tanto que quiero preguntarte, tantas preguntas... Supongo que puedo empezar por las más importantes, las más obvias. Por ejemplo, ¿por qué el mundo está como está?

De todas las preguntas que el hombre le ha hecho a Dios, esta es la más frecuente. Desde el principio de los tiempos el hombre se ha formulado esta pregunta. Desde el primer momento habéis querido saber *por qué esto tiene que ser así*.

Normalmente, el planteamiento clásico de la cuestión es más o menos este: si Dios es infinitamente perfecto y nos ama infinitamente, ¿por qué crear el hambre y la peste, la guerra y la enfermedad, los terremotos, los tornados, los huracanes y todo tipo de desastres naturales, o estados de profunda frustración personal y calamidades mundiales?

La respuesta a esta pregunta reside en el más profundo misterio del universo y el sentido más elevado de la vida.

Yo no manifiesto Mi bondad si solo creo lo que llamáis “perfección” en torno a vosotros. Yo no demuestro Mi amor si no permito que vosotros demostréis el vuestro.

Como ya he explicado, no se puede demostrar amor en tanto no se haya demostrado *ningún* amor. Una cosa no puede existir sin su contraria, excepto en el mundo de lo absoluto. Sin embargo, la esfera del absoluto no era suficiente ni para vosotros ni para Mí. Yo existía allí, en el siempre, y de ahí procedéis también vosotros.

En el absoluto no hay experiencia; solo conocimiento. El conocimiento es un estado divino, pero la más grandiosa alegría está en ser. El *ser* solo se alcanza tras la experiencia. En esto consiste la evolución: *conocimiento, experiencia, ser*. Esta es la Santa Trinidad –la trinidad que es Dios, Dios trino.

Dios Padre es *conocimiento*: el padre de toda comprensión, el engendrador de toda experiencia, ya que no se puede experimentar lo que no se conoce.

Dios Hijo es *experiencia*: la encarnación, la realización, de todo lo que el Padre sabe de Sí Mismo, ya que no se puede ser lo que no se ha experimentado.

Dios Espíritu Santo es *ser*: la *des*-encarnación de todo lo que el Hijo ha experimentado de Sí Mismo; la simple y exquisita cualidad de lo que es, y que solo es posible a través del recuerdo del conocimiento y la experiencia.

Este simple ser es el éxtasis. Es el estado de Dios, tras haberse conocido y experimentado a Sí Mismo. Esto es lo que Dios anhelaba al principio.

Por supuesto, has llegado bastante más allá de la etapa en que se te tenía que explicar que las descripciones de Dios como padre-hijo no tienen nada que ver con el género. Utilizo aquí la pintoresca forma de hablar de vuestras más recientes escrituras. Otros escritos sagrados mucho más antiguos situaban esta metáfora en el contexto de madre e hija. Ninguna de ellas es correcta. Vuestra mente puede entender mejor la relación como: progenitor-descendencia; o bien, como lo-que-da-origen, y lo-que-es-originado.

Al añadir la tercera parte de la Trinidad, se produce esta relación:

Lo que da origen / Lo que es originado / Lo que es.

Esta Realidad Trina es la firma de Dios. Es el patrón o arquetipo divino. Esta característica de “tres-en-uno” se encuentra por doquier en las esferas de lo sublime. No se puede escapar a ella en las cuestiones que tratan del tiempo y del espacio, de Dios y la consciencia, o de cualquiera de las relaciones sutiles. Por otra parte, *no se puede hallar esta Verdad Trina en ninguna de las relaciones ordinarias de la vida.*

La Verdad Trina es reconocida en las relaciones sutiles de la vida por todo aquel que se ocupe de tales relaciones. Algunos de vuestros teóricos de la religión han descrito la Verdad Trina como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Algunos de vuestros psiquiatras utilizan los conceptos de superconsciente, consciente y subconsciente. Algunos de vuestros espiritualistas hablan de mente, cuerpo y espíritu. Algunos de vuestros científicos aluden a energía, materia y éter. Algunos de vuestros filósofos dicen que una cosa no es verdadera hasta que lo es de pensamiento, palabra y obra. Cuando habláis del tiempo, os referís solo a tres tiempos: pasado, presente y futuro. Del mismo modo, vuestra percepción se compone de tres momentos: antes, ahora y después. En términos de relaciones espaciales, tanto si consideráis distintos puntos en el universo como si es en vuestra propia habitación, reconocéis tres aspectos: aquí, allí y el espacio intermedio entre ambos.

En cuanto a las relaciones ordinarias, no reconocéis ningún “intermedio”. Y esto es así porque las relaciones ordinarias son siempre díadas, mientras que las relaciones de ámbito superior son invariablemente tríadas. Así, tenéis: derecha-izquierda, arriba-abajo, grande-pequeño, rápido-lento, caliente-frío, y la mayor díada jamás creada: macho-hembra. En tales díadas no hay intermedios. Cualquier cosa es *o una cosa o la otra*, o una *versión* mayor o menor en relación con una de esas polaridades.

En el ámbito de las relaciones ordinarias, no puede existir nada conceptualizado sin que exista la conceptualización de su *opuesto*. La mayor parte de vuestra experiencia cotidiana se basa en esta realidad.

En el ámbito de las relaciones sublimes nada de lo que existe *tiene* su opuesto. Todo Es Uno, y todo progresa de lo uno a lo otro en un círculo infinito.

El tiempo es uno de esos ámbitos sublimes; en él, lo que llamáis pasado, presente y futuro existen de forma *interrelacionada*. Es decir, no hay *opuestos*, sino más bien partes del mismo todo, progresiones de la misma idea, ciclos de la misma energía, aspectos de la misma Verdad inmutable. Si a partir de aquí llegas a la conclusión de que el pasado, el presente y el futuro existen al mismo “tiempo”, estarás en lo cierto. (Sin embargo, no es ahora el momento de tratar de esto. Nos ocuparemos de ello con mucho más detalle cuando exploremos plenamente el concepto de tiempo, lo que haremos más tarde.)

El mundo es como es porque no podría ser de ninguna *otra* manera y seguir existiendo en la esfera ordinaria de lo físico. Los terremotos y los huracanes, las inundaciones y los tornados, y todos los acontecimientos que llamáis “desastres naturales” no son sino movimientos de los elementos de una polaridad a la otra. El ciclo nacimiento-muerte forma también parte de este movimiento. Estos son los ritmos de la vida, y en la realidad ordinaria todo está sujeto a ellos, puesto que la *propia* vida es un ritmo. Es una onda, una vibración, una pulsación en el mismo corazón de Todo Lo Que Es.

El malestar y la enfermedad son los opuestos de la salud y del bienestar, y se manifiestan en vuestra realidad a petición vuestra. No podéis caer enfermos si, a un determinado nivel, no lo provocáis vosotros mismos; y podéis estar bien de nuevo en un cierto momento simplemente decidiendo estarlo. Los estados de profunda frustración personal son respuestas que habéis elegido, y las calamidades mundiales son el resultado de la consciencia mundial.

Tu pregunta implica que yo decido tales acontecimientos, que ocurrirían por Mi

voluntad y Mi deseo. *Pero Yo no hago que esas cosas existan; simplemente os observo a vosotros hacerlo.* Y no hago nada para detenerlas, porque obrar así sería *frustrar vuestra voluntad*, lo cual además os privaría de tener la experiencia de Dios, que es la experiencia que vosotros y Yo hemos elegido conjuntamente.

No condenes, por tanto, todo aquello que en el mundo llamaríais “malo”. En vez de ello, pregúntate qué pasa con todo eso que consideras “malo” y, en su caso, qué puedes hacer para cambiarlo.

Investiga sobre ello, preguntándote: “¿qué parte de mí mismo quiero experimentar ahora frente a esta calamidad? ¿Qué aspecto del ser decido que surja a partir de ahora?”. Y ello, porque todo en la vida existe como una herramienta de vuestra propia creación, y todos sus acontecimientos se presentan simplemente como oportunidades para decidir, y ser, Quiénes Sois.

Esto es así para cualquier alma, y entonces, como ves, no hay víctimas en el universo, sino solo creadores. Todos los Maestros que han caminado por este planeta lo han sabido. Y esto es así porque, sin importar qué Maestro se mencione, ninguno se veía a sí mismo como víctima –aunque muchos fueron realmente crucificados.

Cada *alma* es un Maestro, aunque algunas no recuerden sus orígenes o su herencia. Y no obstante cada una crea la situación y las circunstancias apropiadas para su propósito más elevado y su proceso de recuerdo más rápido –en cada momento llamado “ahora”.

No juzgues, pues, el camino kármico que recorre otra persona. *No envidies su éxito, no compadezcas su fracaso, puesto que no sabes qué es éxito y qué es fracaso en los cálculos del alma.* No llares a algo calamidad, ni feliz acontecimiento, si no determinas o no presencias cómo va a ser *utilizado*, ya que, ¿acaso es una calamidad la muerte de alguien si con ello salva las vidas de miles? ¿Y acaso una vida es un feliz acontecimiento cuando solo ha provocado dolor? Sin embargo, aunque no juzgues, mantén siempre tu propio criterio, y deja que los demás sigan el suyo.

Esto no significa que debas ignorar una petición de ayuda, ni la tendencia de tu alma a procurar cambiar una circunstancia o una condición determinada. Significa que has de evitar las etiquetas y los juicios hagas lo que hagas, pues cada circunstancia es un regalo, y en cada experiencia se oculta un tesoro.

Había una vez un alma que sabía que ella era la luz. Era un alma nueva, y, por tanto, ansiosa por experimentar. “Soy la luz –decía–, soy la luz.” Pero todo lo que supiera y dijera al respecto no podía sustituir a la experiencia. Y en el ámbito del que surgió esta alma no había *sino* luz. *Todas* las almas eran grandiosas, todas las almas eran magníficas, y todas las almas brillaban con el brillo imponente de Mi propia luz. Y así, la pequeña alma en cuestión era como una vela en el sol. En medio de la más grandiosa luz –de la que formaba parte–, no podía verse a sí misma ni experimentarse a sí misma como Quien y Lo Que Realmente Era.

Entonces sucedió que esta alma anhelaba una y otra vez conocerse a sí misma. Y tan grande era su anhelo, que un día le dije:

- ¿Sabes, Pequeña, lo que tendrías que hacer para poder satisfacer tu anhelo?
- ¿Qué Dios Mío? ¡Haré *cualquier cosa!* –me dijo la pequeña alma.
- Debes separarte del resto de nosotros –respondí–, y luego debes invocar hacia ti misma la oscuridad.
- ¿Qué es la oscuridad, oh, Santo? –preguntó la pequeña alma.
- Lo que tú no eres –le respondí; y el alma lo entendió.

Y eso hizo el alma. Se apartó a sí misma del Todo, de hecho, e incluso fue hacia otro ámbito. En este ámbito, el alma tenía la facultad de incorporar a su experiencia todo género de oscuridad. Y así lo hizo.

Pero en medio de toda aquella oscuridad, gritó: “¡Padre, Padre! ¿Por qué me has abandonado?”, como vosotros en vuestros momentos más oscuros. Pero Yo nunca os he abandonado, sino que estoy siempre a vuestro lado, dispuesto a recordaros Quiénes Sois Realmente; dispuesto, siempre dispuesto, a recibirlos en casa.

Así pues, sé una luz en la oscuridad, y no la maldigas.

Y no olvides Quién Eres mientras dura tu rodeo por el camino de lo que no eres. Mas alaba la creación, aunque trates de cambiarla.

Y reconoce que lo que hagas en los momentos de más dura prueba puede ser tu mayor triunfo, ya que la experiencia que creas es una afirmación de Quién Eres, y de Quién Quieres Ser.

Te he explicado esta historia –la parábola de la pequeña alma y el sol– a fin de que puedas entender mejor por qué el mundo está como está, y cómo puede cambiar en un instante en el momento en que cada cual recuerde la divina verdad de su realidad más elevada.

Ahora bien, hay quienes dicen que la vida es una escuela, y que todo lo que uno observa y experimenta en su vida es para aprender. Ya he hablado de ello antes; pero nuevamente te aseguro esto:

No habéis venido a esta vida a aprender nada; solo tenéis que manifestar lo que ya sabéis. Al manifestarlo, lo realizaréis y os crearéis a vosotros mismos de nuevo, a través de vuestra experiencia. De este modo la vida es justificada, queda dotada de propósito, y así se vuelve sagrada.

¿Estás diciendo que todo lo malo que nos sucede lo hemos elegido nosotros? ¿Significa eso que incluso las calamidades y los desastres son, a un cierto nivel, creados por nosotros a fin de que podamos “experimentar lo contrario de Quiénes Somos”? Y, si es así, ¿no hay una manera menos dolorosa –menos dolorosa para nosotros mismos y para los demás– de crearnos las oportunidades de experimentarnos a nosotros mismos?

Me haces varias preguntas, y todas interesantes. Vamos a verlas una por una.

No, no todo lo que os ocurre y que llamáis malo sucede por vuestra propia elección. No en el sentido consciente al que tú aludes. Pero *todo* ello es vuestra creación.

Estáis *siempre* en el proceso de la *creación*, en cada momento, en cada minuto, cada día. Más tarde nos ocuparemos de *cómo* podéis crear. Por ahora simplemente cree lo que te digo: sois una gran máquina de creación, y estáis produciendo cada nueva manifestación literalmente a la misma velocidad con la que pensáis.

Eventos, incidentes, acontecimientos, condiciones, circunstancias: todo ello son creaciones de la consciencia. La consciencia individual es muy poderosa. Puedes imaginar qué género de energía creadora se desata cada vez que dos o *más* se reúnen en Mi nombre. ¿Y la consciencia de *grupo*? *Esta* es tan poderosa que puede crear acontecimientos y circunstancias de relevancia mundial y consecuencias planetarias.

No sería correcto decir –al menos no en el sentido que tú le das– que elegís dichas consecuencias. No las elegís más de lo que pueda elegirlo Yo. Como yo, las observáis. Y decidís Quiénes Sois *con respecto a ellas*.

Sin embargo, no hay víctimas en el mundo; ni malvados. Ni tampoco sois víctimas de las elecciones de los demás.

En un determinado nivel, *todos* habéis creado todo aquello que decís que aborrecéis; y, al haberlo creado, lo habéis *elegido*.

Este es un nivel avanzado de pensamiento; un nivel al que antes o después acceden

todos los Maestros, ya que solo cuando son capaces de aceptar la responsabilidad por *todo*, pueden adquirir la capacidad de cambiar una *parte*.

En la medida en que alberguéis la noción de que hay algo o alguien ahí fuera que “os hace algo” a vosotros, perderéis el poder de actuar sobre ello. Solo cuando digáis “yo hice esto” podréis hallar la fuerza necesaria para cambiarlo.

Es mucho más fácil cambiar lo que estás haciendo que cambiar lo que está haciendo otro.

El primer paso a la hora de cambiar *cualquier cosa* es reconocer y aceptar que habéis elegido que eso sea lo que es. Si no podéis aceptar esto a un nivel personal, aceptadlo mediante la interpretación de que todos somos Uno. Tratad, pues, de crear un cambio no porque algo sea malo, sino porque ha dejado de constituir una afirmación adecuada de Quiénes Sois.

Solo hay una razón para hacer algo: que eso sea una afirmación ante el universo de Quiénes Sois.

Utilizada de este modo, la vida se convierte en Auto-creadora, en creadora de Ser, de Yo. Utilizáis la vida para crearos a vosotros Mismos como siendo Quiénes Sois, y Quiénes Siempre Habéis Querido Ser. Hay también una sola razón para dejar de hacer algo: que haya dejado de ser una afirmación de Quiénes Queréis Ser; que ya no sea vuestro reflejo, que ya no os represente (es decir, que ya no os *re-presente*...).

Si queréis ser adecuadamente re-presentados, *tenéis que procurar cambiar cualquier aspecto de vuestra vida que no encaje en el retrato de vosotros mismos que deseáis proyectar para la eternidad.*

En el más amplio sentido, todo lo “malo” que sucede es por vuestra elección. El error no esta en elegirlo, sino en calificarlo de “malo”. Al calificarlo así, os calificáis de malos a vosotros Mismos, ya que se trata de una creación vuestra.

No podéis aceptar esta etiqueta, no tanto porque os calificáis de malos sino porque negáis vuestras propias creaciones. Esta es la falta de honradez intelectual y espiritual que os permite aceptar un mundo en las condiciones en las que está. Si aceptarais –o incluso si sintierais profundamente un sentimiento de– *responsabilidad personal* con respecto al mundo, este sería un lugar muy diferente. Esto *sin duda* ocurriría así si *todo el mundo* se sintiera responsable. Que esto sea tan manifiestamente obvio es lo que lo hace todo tan absolutamente penoso, y tan patéticamente irónico.

Las calamidades y los desastres naturales del mundo –sus tornados y huracanes, sus volcanes e inundaciones, sus desórdenes físicos– no son específicamente una creación vuestra. Pero lo que sí es creado por vosotros es el grado en que dichos sucesos afectan a vuestra vida.

Ocurren acontecimientos en el universo que por mucha imaginación que se le echase nunca se podría afirmar que son instigados o creados por vosotros.

Dichos eventos los crea la consciencia combinada del hombre. Todo el mundo, co-creando conjuntamente, produce dichas experiencias. Lo que hace cada uno de nosotros, individualmente, es moverse a través de dichas experiencias, decidiendo qué significado tienen para uno mismo –si tienen alguno–, y decidiendo Quién y Qué Es en relación con ellas.

Así, creáis colectiva e individualmente la vida y los momentos que experimentáis, para el propósito evolutivo del alma.

Me has preguntado si hay una manera menos dolorosa de pasar por este proceso, y la respuesta es que sí; pero nada en tu experiencia externa habrá cambiado. La manera de reducir el dolor que asocias con las experiencias y los acontecimientos de la Tierra –tanto

tuyos como de los demás— es *cambiar la manera de contemplarlos*.

No puedes cambiar el acontecimiento externo (puesto que ha sido creado por muchos de vosotros, y vuestras conciencias no se han desarrollado lo bastante como para alterar individualmente lo que ha sido creado colectivamente), de modo que debes cambiar la experiencia interna. Esta es la llave maestra de la vida.

Nada es doloroso en y por sí mismo. El dolor es el resultado de un pensamiento equivocado. Es un error en el pensamiento.

Un Maestro puede hacer desaparecer el mayor dolor. De este modo, el Maestro sana.

El dolor deriva de un juicio que te has formado sobre algo. Elimina el juicio, y el dolor desaparecerá.

A menudo, el juicio se basa en la experiencia previa. Vuestra idea sobre algo se deriva de una idea anterior sobre aquello. A su vez, vuestra idea anterior resulta de otra aún anterior a ella, y esta de otra, y así sucesivamente, como componentes básicos, hasta que llegamos, recorriendo todo el camino hacia atrás en el corredor de los espejos, hasta lo que llamo el “primer pensamiento”.

Todo pensamiento es creador, y ningún pensamiento es más poderoso que el pensamiento original. De ahí que a veces también se llame “pecado original”.

El pecado original consiste en que vuestro primer pensamiento sobre algo esté errado. Este error se mezcla muchas veces con un segundo o un tercer pensamiento. La tarea del Espíritu Santo consiste en inspiraros nuevos conocimientos que os puedan liberar de vuestros errores.

¿Estás diciendo que no debo sentirme mal al pensar en los niños que mueren de hambre en África, por la violencia y la injusticia en América, o por el terremoto que mata a centenares de personas en Brasil?

En el mundo de Dios no existen los “debo” ni los “no debo”. Haz lo que quieras hacer. Haz aquello que constituya tu reflejo, aquello que te represente como una versión más magnífica de Ti Mismo. Si quieres sentirte mal, siéntete mal.

Pero no juzgues, ni condenes, puesto que no sabes por qué ocurren las cosas, ni con qué fin.

Y recuérdate esto: aquello que condenes te condenará, y un día serás aquello que juzgas.

Trata más bien de cambiar —o de ayudar a quienes lo están cambiando— aquello que ha dejado de reflejar vuestro sentido más elevado de Quienes Sois.

No obstante, bendícelo todo, pues todo es creación de Dios a través de la vida que vive, y que constituye la más elevada creación.

¿Podríamos detenernos aquí un instante para que pueda recobrar el aliento? ¿He oído bien? ¿Dices que en el mundo de Dios no existen los “debo” ni los “no debo”?

Exacto.

¿Cómo puede ser? Si no existen en *Tu* mundo, ¿dónde *podrían* existir entonces?

Eso es, ¿dónde...?

Repito la pregunta. ¿Dónde existirían los “debo” y “no debo”, si no es en *Tu* mundo?

En vuestra *imaginación*.

Sin embargo, quienes me enseñaron todo lo que sé acerca de lo correcto y lo equivocado, lo que hay que hacer o dejar de hacer, lo que se debe o no se debe hacer, me dijeron que todas aquellas reglas fueron establecidas por *Ti* –por Dios.

Entonces, quienes te enseñaron estaban equivocados. Yo nunca he establecido qué es lo “correcto” o lo “equivocado”, lo que “hay que hacer” o lo que “no hay que hacer”. Obrar así equivaldría a despojaros completamente de nuestro mayor regalo: la posibilidad de hacer lo que os plazca, y experimentar los resultados de ello; la oportunidad de crearos a vosotros mismos de nuevo a imagen y semejanza de Quienes Realmente Sois; el espacio para producir una realidad de vosotros mismos cada vez mayor, basada en vuestra idea más magnífica sobre aquello de lo que sois capaces.

Afirmar que algo –un pensamiento, una palabra o un acto– es “equivocado” sería tanto como decir que no lo pusierais en práctica. Y decir que no lo pusierais en práctica sería lo mismo que prohibirlo. Y prohibirlo sería tanto como limitaros. Y limitaros equivaldría a negar la realidad de Quienes Realmente Sois, así como la posibilidad de que creéis y experimentéis esa verdad.

Hay quienes dicen que os he dado el libre albedrío, pero luego estos mismos afirman que, si no Me obedecéis, os enviaré al infierno. ¿Qué clase de libre albedrío es ese? ¿No constituye eso una parodia de Dios, y por descontado una parodia de cualquier tipo de relación auténtica entre nosotros?

Bueno, aquí entramos en otro terreno del que también quería que habláramos; se trata de todo ese asunto del cielo y del infierno. Por lo que puedo deducir, no existe nada parecido al infierno.

El infierno existe pero no es como vosotros pensáis, y no lo experimentáis por las razones que os han dicho.

¿Qué es el infierno?

Es la experiencia del peor resultado posible de vuestras elecciones, decisiones y creaciones. Es la consecuencia natural de cualquier pensamiento que Me niegue, o niegue Quienes Sois en relación a Mí.

Es el dolor que sufrís a causa de un pensamiento equivocado. Pero el término “pensamiento equivocado” tampoco es apropiado, ya que no existe nada que sea equivocado.

El infierno es lo opuesto a la alegría. Es la insatisfacción. Es saber Quiénes y Qué Sois, y fracasar a la hora de experimentarlo. Es ser *menos*. Eso es el infierno, y no hay ninguno mayor para vuestra alma.

Pero el infierno no existe como ese *lugar* que habéis imaginado, donde os quemáis en un fuego eterno, o como una forma de tormento perpetuo. ¿Qué podría pretender Yo con eso?

Incluso si Yo sostuviera la idea, extraordinariamente malvada, de que no os “merecáis” el cielo, ¿por qué habría de tener la necesidad de buscar algún tipo de venganza, o castigo, por vuestra falta? ¿No sería para Mí mucho más sencillo simplemente deshacerme de vosotros? ¿Qué vengativa parte de Mí necesitaría someteros a un sufrimiento eterno de

un tipo y una intensidad más allá de cualquier descripción?

Si me contestas que la necesidad de justicia, ¿no sería suficientemente justo la simple negación de la comunión Conmigo en el cielo? ¿Hace falta también infligir un dolor sin fin?

Te aseguro que después de la muerte no *hay* ninguna experiencia semejante a la que habéis elaborado en vuestras teologías basadas en el temor. Pero sí existe la experiencia del alma tan infeliz, tan incompleta, tan inferior al todo, tan *separada* de la inmensa alegría de Dios, que para vuestra alma eso *sería* el infierno. Pero deja que te diga que Yo no os *envío* ahí, ni tampoco soy la causa de que esa experiencia os aflija. Sois vosotros, vosotros mismos, quienes creáis esa experiencia, cada vez y en cada ocasión que alejáis vuestro Yo de vuestro pensamiento más elevado sobre vosotros. Sois vosotros, vosotros mismos, quienes creáis la experiencia cada vez que rechazáis a vuestro Yo, vuestro Ser; cada vez que negáis Quiénes y Qué Sois Realmente.

Pero ni siquiera esta experiencia es eterna. No puede serlo, puesto que no forma parte de Mi plan que permanezcáis separados de Mí para siempre. En realidad, una cosa así es una imposibilidad. Para que algo así sucediera, no solo vosotros habríais de negar Quiénes Sois, también habría de hacerlo Yo. Y eso no lo haré jamás. Y mientras uno de nosotros mantenga la verdad acerca de vosotros, dicha verdad prevalecerá finalmente.

Pero si no hay infierno, ¿significa eso que puedo hacer lo que quiera, actuar como desee, realizar cualquier acción, sin temor a un castigo?

¿Necesitas el temor para poder ser, hacer y tener aquello que es intrínsecamente justo? ¿Necesitas sentirte *amenazado* para ser “bueno”? ¿Y qué es “ser bueno”? ¿Quién tiene la última palabra al respecto? ¿Quién establece las pautas? ¿Quién hace las reglas?

Te aseguro que *tú* eres quien hace tus propias reglas. *Tú* estableces las pautas. *Tú* decides si lo que has hecho es bueno, o si lo que estás haciendo lo es, pues eres el único que ha decidido Quién y Qué Eres Realmente, y Quién Quieres Ser. Y eres el *único* que puede evaluar la bondad de lo que estás haciendo.

Ningún otro os juzgará jamás, ya que, ¿por qué, y cómo, podría Dios juzgar a Su propia creación y decir que es mala? Si Yo hubiera querido que fuerais perfectos y que obrarais siempre de manera perfecta, os habría mantenido en el estado de total perfección del que procedéis. Todo el objetivo del proceso era que os descubrierais a vosotros mismos, que os *crearais* a vosotros Mismos, tal y como realmente sois –y como realmente deseáis ser. Pero no podíais ser eso a menos que tuvierais también la posibilidad de ser *algo distinto*.

¿Debo entonces castigaros por realizar una elección que Yo Mismo he puesto a vuestro alcance? Y si Yo no quisiera que dispusierais de esa segunda posibilidad, ¿para qué habría de crear otra que no fuera la primera?

Esta es la pregunta que os debéis plantear antes de atribuirme el papel de un Dios que condena.

La respuesta directa a tu pregunta es que sí: puedes hacer lo que quieras sin temor al castigo. Sin embargo, puede resultarte útil ser consciente de las consecuencias.

Las consecuencias son desenlaces. Son resultados naturales. No tienen nada que ver con los castigos o las penas. Son simplemente el resultado de la aplicación natural de las leyes naturales; son lo *que* ocurre –de manera totalmente predecible– a consecuencia de lo que *ha* ocurrido.

Toda la vida física funciona según las leyes naturales. Una vez que recordéis estas leyes y las apliquéis, lograréis dominar la vida a nivel físico.

Lo que os parece un castigo –o aquello que llamaríais “mal”, o “mala suerte”–, no es

sino una ley natural manifestándose por sí misma.

Entonces si conociera estas leyes y las obedeciera, nunca más volvería a tener un momento de turbación. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Nunca te experimentarías a ti Mismo en un estado de eso que llamas “turbación”, “en problemas”. No considerarías ninguna situación de la vida como un problema. No afrontarías ninguna situación con inquietud. Pondrías fin a cualquier clase de preocupación, duda o temor.

Vivirías tal como imagináis que vivían Adán y Eva: no como espíritus desencarnados en el reino de lo absoluto, sino como espíritus encarnados en el reino de lo relativo. Pero gozarías de toda la libertad, de toda la alegría, de toda la paz y de toda la sabiduría, del conocimiento y de la fuerza del Espíritu que eres. Serías un ser plenamente realizado.

Este es el objetivo de vuestra alma. Este es su propósito: realizarse plenamente ella misma a través del cuerpo; llegar a ser la *encarnación* de todo lo que realmente es.

Este es Mi plan para vosotros. Este es mi ideal: que pueda llegar a realizarme por medio de vosotros. Para que así, convirtiendo el concepto en experiencia, Yo pueda conocerme a mí Mismo, a mi Ser, *experimentalmente*.

Las Leyes del Universo son leyes que Yo he establecido. Son leyes perfectas, que crean un funcionamiento perfecto de lo físico.

¿Has visto alguna vez algo más perfecto que un copo de nieve? Su complejidad, su dibujo, su simetría, su conformidad consigo mismo y su originalidad respecto a todos los demás –todos son un misterio. Os asombráis ante el milagro de esta imponente manifestación de la Naturaleza. Pero si puedo hacer esto con un simple copo de nieve, ¿qué crees que puedo hacer –que he hecho– con el universo?

Aunque vierais su simetría, la perfección de su diseño –desde el cuerpo más grande a la partícula más pequeña–, no seríais capaces de apropiaros de esta verdad en vuestra propia realidad. Ni siquiera ahora, que empezáis a vislumbrar algo de él, podéis imaginar o entender sus interrelaciones. Pero podéis saber que existen dichas interrelaciones. Son mucho más complejas y mucho más extraordinarias de lo que vuestra comprensión actual puede abarcar. Vuestro Shakespeare lo expresó maravillosamente: “¡hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que ha soñado tu filosofía!”.

¿Cómo puedo, entonces, conocer esas leyes? ¿Cómo puedo aprenderlas?

No es cuestión de aprender, sino de recordar.

¿Cómo puedo recordarlas?

Empieza por quedarte en calma. Silencia el mundo exterior de modo que el mundo interior pueda aportarte visión. Esta visión interior, esta intuición, es lo que buscas, pero no podrás acceder a ella mientras estés tan profundamente preocupado por tu realidad externa. Trata, pues, de ir hacia dentro lo máximo que puedas. Y cuando no estés yendo hacia adentro, y estés tratando con el mundo externo, ve hacia ese exterior *desde* dentro de ti, proyecta tu interior hacia el mundo exterior. Recuerda este axioma:

Si no vas hacia dentro, te privas a ti mismo¹.

1 En inglés la expresión es más ingeniosa, pues para decir “privarse”, “no tener” en inglés dicen “ir hacia afuera”, “go without”.

Ponlo en primera persona cuando te lo repitas a ti mismo, para hacerlo más personal:

Si no
voy hacia dentro
me privo *a mí mismo*
(“*voy hacia afuera*”).

Has estado privándote, “yendo hacia fuera”, durante toda la vida. Pero no tienes, ni tuviste nunca, por qué hacerlo.

No hay nada que no puedas ser, nada que no puedas hacer. No hay nada que no puedas tener.

Eso suena como prometer la luna.

¿Y qué otra clase de promesa podría hacer Dios? ¿Me creerías si te prometiera menos? Durante miles de años, la gente ha desconfiado de las promesas de Dios por la más extraordinaria de las razones: eran demasiado buenas para ser verdad. Así habéis elegido una promesa menor, un amor menor; ya que la más alta promesa de Dios proviene del más alto amor. Sin embargo, no podéis concebir un amor perfecto, y, en consecuencia, una promesa perfecta resulta asimismo inconcebible, tanto como una persona perfecta. Así, no podéis creer ni siquiera en vosotros Mismos.

No creer en alguna de estas cosas significa no creer en Dios; pues la creencia en Dios genera la creencia en el mayor regalo de Dios –el amor incondicional– y en la mayor promesa de Dios –un potencial ilimitado.

¿Puedo interrumpirte un momento? Lamento interrumpir a Dios en medio del discurso... pero ya he oído hablar antes del potencial ilimitado, y esto no cuadra con la experiencia humana. ¿Te olvidas de las dificultades con las que se encuentra el hombre común? ¿Y qué decir de los que nacen con limitaciones físicas o mentales? ¿Su potencial es ilimitado?

Lo habéis escrito en vuestras propias Escrituras; de muchas maneras y en muchos lugares.

Dame una referencia.

Mira lo que habéis escrito en el Génesis, capítulo 11, versículo 6, de vuestra Biblia.

Dice: “Y dijo Yahveh: "He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les resultará imposible...””.

Sí. Ahora bien, ¿puedes creer en eso?

Eso no responde a la pregunta sobre los débiles, los enfermos, los discapacitados; sobre aquellos que se ven limitados.

¿Piensas que si se ven limitados, como tú dices, no es por su propia elección? ¿Imaginas que el alma humana se encuentra con las pruebas que le plantea la vida –*cualesquiera* que estas sean– por *accidente*? ¿Es *eso* lo que te imaginas?

¿Quieres decir que el alma elige por adelantado qué clase de vida experimentará?

No; eso frustraría el propósito del encuentro. El propósito es crear vuestra experiencia –y, por tanto, crearos a vosotros Mismos– en el glorioso momento del Ahora. En consecuencia, no elegís la vida que experimentaréis por adelantado.

Podéis, no obstante, seleccionar las personas, lugares y acontecimientos –las condiciones y circunstancias, los desafíos y obstáculos, las oportunidades y las opciones– con los cuales *crear* vuestra experiencia. Podéis seleccionar los colores de vuestra paleta, las herramientas de vuestra caja, la maquinaria de vuestro taller. Lo que creéis con ello es asunto vuestro. Este es el asunto de la vida.

Vuestro potencial es ilimitado en todo lo que habéis elegido hacer. No supongas que un alma que se haya encarnado en un cuerpo al que llamáis “limitado” no ha alcanzado su pleno potencial, ya que no sabes qué es lo que esa alma está *intentando hacer*. No conoces su *proyecto*. No tienes claro cuál es su *intención*.

Bendice, pues, toda persona y toda condición, y da gracias. De este modo afirmas la perfección de la creación de Dios, y muestras tu fe en ella, puesto que en el mundo de Dios nada ocurre por accidente y no existe nada parecido a la casualidad. Ni tampoco el mundo está a merced de los avatares del azar, o de eso que llamáis “destino”.

Si un copo de nieve es tan sumamente perfecto en su diseño, ¿no crees que pueda decirse lo mismo de algo tan magnífico como vuestra vida?

Pero el propio Jesús curaba a los enfermos. ¿Por qué habría de curarles si su condición era tan “perfecta”?

Jesús no curaba a quienes curaba porque viera que su condición fuera imperfecta. Les curaba porque veía que sus almas pedían la curación como una parte de su proceso. Veía la perfección del proceso. Reconocía y entendía la intención del alma. Si Jesús hubiera pensado que toda enfermedad, mental o física, constituía una imperfección, ¿no habría curado simplemente, y de una vez por todas, a todos los habitantes del planeta? ¿Acaso dudas de que pudiera hacerlo?

No. Creo que podía hacerlo.

Bien. Entonces la mente quiere saber: ¿por qué no lo hizo? ¿Por qué Cristo habría de decidir que unos sufrieran y otros se curaran? Y, en el mismo sentido, ¿por qué Dios permite cualquier sufrimiento en cualquier momento? Esta pregunta ya se ha planteado antes, y la respuesta sigue siendo la misma. La perfección está en el proceso, y toda vida surge de una decisión. No resulta apropiado interferir en tal decisión, ni cuestionarla. Y resulta particularmente inapropiado condenarla.

Lo que sí resulta apropiado es observarla, y hacer todo lo posible para ayudar a esa alma a buscar y realizar una elección más elevada. Sé consciente, por tanto, de las decisiones de los demás, pero no seas crítico con ellas. Reconoce que su elección es perfecta para ellos en ese momento, pero mantente dispuesto a ayudarles por si llega el momento en el que busquen realizar una nueva y diferente elección, una más elevada.

Entra en comunión con las almas de los demás, y entonces, su propósito, su intención, se tornarán claros para ti. Esto es lo que hizo Jesús con aquellos a los que curó, y con *todos* aquellos con quienes compartió su vida. Jesús curó a todos los que acudieron a él

o enviaron a otros para suplicarle en su nombre. No realizó las curaciones al azar. Hacerlo así habría significado violar una Ley sagrada del Universo:

Deja que cada alma siga su camino.

¿Significa eso que no debemos ayudar a nadie si no nos lo pide? Supongo que no, pues en ese caso nunca podríamos ayudar a los niños que mueren de hambre en la India, a las masas torturadas en África, a los pobres, a los oprimidos de cualquier parte. El esfuerzo humanitario desaparecería, la caridad se prohibiría. ¿Hemos de esperar a que un individuo nos lo pida a gritos desesperado, o a que toda una nación nos suplique ayuda, para permitirnos hacer algo que es a todas luces correcto?

Fíjate en que la pregunta se contesta sola. Si algo es a todas luces correcto, hazlo. Pero recuerda ser extremadamente crítico respecto a lo que llamas “correcto” o “equivocado”.

Algo es correcto o equivocado solamente porque decís que lo es. No es intrínsecamente correcto o equivocado.

¿No?

La cualidad de “correcto” o “equivocado” no es una condición intrínseca, sino un juicio subjetivo en un sistema personal de valores. Mediante vuestros juicios subjetivos os creáis a vosotros Mismos, a vuestro Ser; por medio de vuestros valores personales determináis y demostráis Quiénes Sois.

El mundo existe exactamente tal como es a fin de que podáis formular dichos juicios. Si el mundo existiera en condiciones perfectas, vuestro proceso de Autocreación terminaría. Habría concluido. La profesión de abogado se acabaría en cuanto ya no hubiera más litigios. La profesión de médico se acabaría en cuanto ya no hubiera enfermedad. La profesión de filósofo se acabaría en cuanto ya no hubiera preguntas.

¡Y la profesión de Dios se acabaría en cuanto ya no hubiera problemas!

Exactamente. Lo has expresado a la perfección. Nosotros, ambos, habríamos terminado de crear en cuanto ya no hubiera nada que crear. Nosotros, ambos, estamos interesados en que *el juego siga*. Por más que digamos que queremos resolver todos los problemas, no nos atrevemos a resolverlos *todos*, pues en ese caso no nos quedaría nada que hacer.

Vuestro complejo militar-industrial lo entiende muy bien. Y por eso obstaculiza con todas sus fuerzas cualquier intento de instaurar un gobierno de paz perpetua –en cualquier parte.

También vuestro estamento médico lo entiende. Y por eso se opone firmemente –*tiene que hacerlo*, por su propia supervivencia– a cualquier nuevo fármaco o cura milagrosos; por no hablar de la posibilidad de los propios milagros.

Vuestra comunidad religiosa también lo tiene claro. Y por eso ataca constantemente cualquier definición de Dios que no incluya el temor, el juicio y el premio o el castigo, así como cualquier definición de Uno Mismo que no incluya *su propia idea del único camino hacia Dios*.

Si Yo os digo que vosotros sois Dios, ¿dónde queda la religión? Si os digo que estáis curados, ¿dónde quedan la ciencia y la medicina? Si os digo que podéis vivir en paz, ¿dónde quedan los pacificadores? Si os digo que el mundo está “reparado”, ¿dónde queda el mundo?

¿Y qué sería de los fontaneros?

El mundo se compone esencialmente de dos tipos de personas: quienes te dan lo que quieres, y quienes reparan las cosas. En cierto sentido, incluso aquellos que simplemente te dan lo que quieres –los carniceros, los panaderos, los cereros– son también “reparadores”, puesto que desear algo equivale, a menudo, a *necesitarlo*. Por eso existe en tu país la expresión que dice que los adictos necesitan una “dosis reparadora”, una “reparación”. Ten cuidado, por tanto, de que el deseo no se convierta en *adicción*.

¿Estás diciendo que el mundo tendrá siempre problemas? ¿Estás diciendo que realmente *quieres que sea así*?

Estoy diciendo que el mundo existe tal como es –igual que un copo de nieve existe tal como es– por voluntad de alguien. Vosotros lo habéis creado de este modo, del mismo modo que habéis creado vuestra vida exactamente como es.

Yo quiero lo que *vosotros* queráis. El día en que realmente queráis acabar con el hambre, dejará de haber hambre. Os he dado todos los recursos necesarios para conseguirlo. Disponéis de todas las herramientas para llevar a cabo esa decisión. No lo habéis hecho. Y no porque no podáis: mañana mismo podría terminar el hambre en el mundo. Pero habéis decidido no hacerlo.

Pretendéis que hay buenas razones para que 40.000 personas mueran diariamente de hambre. No las hay. Y al mismo tiempo que decís que no podéis hacer nada para que dejen de morir de hambre 40.000 personas al día, traéis al mundo a 50.000 personas más cada día, a una nueva vida. Y a eso lo llamáis “amor”. Y a eso lo llamáis “el plan de Dios”. Se trata de un plan que carece absolutamente de toda lógica o razón, por no hablar de compasión.

En resumidas cuentas, te estoy demostrando que el mundo existe tal como es porque *vosotros lo habéis decidido así*. Estáis destruyendo sistemáticamente vuestro propio medio ambiente, y luego citáis los llamados “desastres naturales” como evidencia de una broma cruel de Dios, o como evidencia de la violencia de la Naturaleza. Pero sois vosotros mismos quienes os habéis gastado esa broma, y son vuestras maneras las que son crueles.

No hay nada, *nada*, que sea más amable que la Naturaleza. Y no hay nada, *nada*, que haya sido más cruel con la Naturaleza que el hombre. Pero eludís cualquier compromiso, negáis toda responsabilidad. No es culpa vuestra, decís, y en eso tenéis razón. No es cuestión de *culpa*, sino de *elección*.

Podéis decidir poner fin a la destrucción de vuestras selvas mañana mismo. Podéis decidir que se detenga la reducción de la capa de ozono que cubre vuestro planeta. Podéis *decidir* suspender la continua embestida contra vuestro ingenioso ecosistema terrestre. Podéis tratar de formar de nuevo el copo de nieve –o al menos detener su inexorable fusión–, pero, ¿lo haréis?

Del mismo modo, mañana mismo podéis poner fin a *todas las guerras, mañana*, sencillamente, con facilidad. Lo único que hace falta –lo único que siempre ha hecho falta– es que os pongáis de acuerdo. Pero si *vosotros* no os podéis poner de acuerdo en algo tan sencillo como dejar de asesinaros entre vosotros, ¿cómo pedís al cielo, agitando los puños en alto, que ponga vuestra vida en orden?

Yo no haré nada por vosotros que vosotros no hagáis por vosotros mismos. *Esa* es la ley y los profetas.

El mundo está como está por causa *vuestra*, y de las elecciones que habéis hecho –o dejado de hacer.

(No decidir también es decidir).

La Tierra está como está por causa *vuestra*, y de las elecciones que habéis hecho –o dejado de hacer.

Vuestra propia vida está como está por causa *vuestra*, y de las elecciones que habéis hecho –o dejado de hacer.

¡Pero yo no he decidido ser atropellado por un camión! ¡Yo no he decidido ser atracado por un ladrón, o violado por un maníaco! La gente podría decir eso. Hay gente en el mundo que podría decir eso.

Todos vosotros estáis involucrados en el origen de las condiciones que crean en el ladrón el deseo, o la necesidad percibida, de robar. Todos vosotros habéis creado la consciencia que hace posible la violación. Cuando veis que en *vosotros mismos* está también la causa del crimen es cuando empezáis, por fin, a poner remedio a las condiciones de las que ha surgido.

Alimentad a vuestros hambrientos, restituid la dignidad a vuestros pobres. Dad una oportunidad a los menos afortunados. Poned fin a los prejuicios que mantienen a las masas amontonadas y enfurecidas, con pocas esperanzas de tener un mejor futuro. Desterrad los absurdos tabúes y restricciones que afectan a la energía sexual –o, mejor aún, ayudad a los demás a entender realmente este prodigio y a canalizarlo correctamente. Haced *esas cosas* y habréis avanzado un largo trecho hacia la desaparición definitiva del robo y la violación.

En cuanto al llamado “accidente” –el camión que surge en una curva, el ladrillo que cae del cielo–, aprended a saludar a cada uno de estos incidentes como una pequeña parte de un mosaico mayor. Habéis venido aquí para encontrar un plan individual encaminado a vuestra propia salvación. Pero “salvación” no significa salvaros de las trampas del diablo. No hay nada parecido al diablo, y el infierno no existe. Os estáis salvando a vosotros mismos del olvido de la no-realización.

No podéis perder esta batalla. No podéis fracasar. Por tanto, no se trata en absoluto de una batalla, sino simplemente de un proceso. Pero si no lo sabéis, lo veréis como una constante lucha. Podéis incluso *crear en la lucha* lo suficiente como para crear toda una religión en torno a ella. Esta religión enseñará que *el objetivo de todo es la lucha*. Pero se trata de una enseñanza falsa. No es a través de la lucha como se desarrolla el proceso. Es mediante la rendición como se alcanza la victoria.

Los accidentes ocurren porque ocurren. Ciertos elementos del proceso vital se han dado al mismo tiempo, de una cierta manera y en un determinado momento, con unos determinados resultados, resultados que decidís calificar de desafortunados por vuestras propias razones particulares. Pero es posible que, en relación al proyecto de vuestra alma, no lo sean en absoluto.

Te aseguro que no hay ninguna coincidencia, y que nada sucede “por accidente”. Cada aventura y cada acontecimiento es convocado por ti Mismo y hacia ti Mismo, con el fin de que puedas crear y experimentar Quién Eres Realmente. Todos los auténticos Maestros lo saben. He ahí por qué los Maestros místicos permanecen imperturbables frente a las peores experiencias de la vida (tal y como *vosotros* las denominaríais).

Los grandes profesores de vuestra religión cristiana entienden esto. Saben que a Jesús no le inquietaba la crucifixión, aunque la esperaba. Podía haberse escapado, pero no lo hizo. Podía haber detenido el proceso en cualquier momento. Tenía el poder para hacerlo, pero no lo hizo. *Permitió que le crucificaran* con el fin de poder demostrar la salvación eterna del hombre. “Mirad –dijo– *lo que puedo hacer*. Mirad hacia lo *verdadero*. Y sabed que todo esto, y más, también lo haréis vosotros. ¿No os he dicho que sois dioses? Sin

embargo, no lo creéis. Entonces, si no podéis creer en vosotros *mismos*, creed en *mí*”.

Fue tal la compasión de Jesús que buscó –y creó– la manera de causar en el mundo tan fuerte impacto que todos pudieran alcanzar el cielo (la Auto-realización), si no de otro modo, por mediación de *él*, puesto que derrotó a la miseria y a la muerte, igual que podéis hacer vosotros.

La más magnífica enseñanza de Cristo no fue que *tendréis* vida eterna, sino que *ya* la tenéis; no fue que *seréis* hermanos en Dios, sino que *ya* lo sois; no fue que *tendréis* todo lo que pidáis, sino que *ya* lo tenéis.

Lo único que hace falta es *reconocer esto*, ya que sois los creadores de vuestra realidad, y la vida solo se os puede mostrar de la manera en que vosotros *penséis* que lo va a hacer.

Vosotros la imagináis siendo, en el *pensamiento*. Este es el primer paso en la creación. Dios padre es pensamiento. Vuestro pensamiento es el progenitor que da origen a todas las cosas.

Esta es una de las leyes que hemos de recordar.

Sí.

¿Puedes mencionarme otras?

Ya os las he mencionado. Os he hablado de todas ellas desde el principio de los tiempos. Os he hablado de ellas una y otra vez. Os he enviado a un maestro tras otro. Pero no escucháis a mis maestros, los matáis.

Pero, ¿*por qué*? ¿Por qué matamos a los más santos de nosotros? Los matamos o los deshonramos, que viene a ser lo mismo. ¿*Por qué*?

Porque se alzan frente a cualquier pensamiento vuestro que me niegue. Y para poder negaros a vosotros Mismos debéis negarme a Mí.

¿Por qué querría negarte a Ti, o a mí?

Porque tenéis miedo. Y porque mis promesas son demasiado buenas para ser verdad. Porque no podéis aceptar la más magnífica Verdad. Y así, debéis reducirnos a vosotros mismos a una espiritualidad que enseña el temor, la dependencia y la intolerancia, en vez del amor, el poder y la aceptación.

Estáis *llenos* de temor; y vuestro mayor temor es que Mi mayor promesa pueda ser la mayor mentira de la vida. Y entonces creáis la mayor fantasía posible para defenderos de ello: afirmáis que cualquier promesa que os otorgue el poder –y os garantice el amor– de Dios debe ser una *falsa promesa del diablo*. Dios nunca haría una promesa semejante –os decís a vosotros mismos. Solo la haría el diablo para tentaros, negando la verdadera identidad de Dios como el más terrible, justiciero, celoso, vengativo y castigador de todos los seres.

Aunque esta descripción encaja mejor con la definición del diablo (si lo hubiera), habéis atribuido estos rasgos diabólicos a Dios, con el fin de convenceros a vosotros mismos de no aceptar las promesas divinas de vuestro Creador, o las cualidades divinas del Yo.

Tal es el poder del temor.

Estoy tratando de alejar de mí el temor. ¿Seguirás hablándome de más leyes?

La Primera Ley es que podéis ser, hacer y tener cualquier cosa que seáis capaces de imaginar. La Segunda Ley es que atraéis sobre vosotros aquello que teméis.

¿Y eso por qué?

La *emoción* es el poder que atrae. Aquello que más temas es lo que experimentarás. Un animal –que vosotros consideraréis una forma inferior de vida (aunque los animales actúan con más integridad y mayor coherencia que los humanos)– reconoce inmediatamente si tienes miedo de él. Las plantas –a las que consideraréis una forma de vida aún *más baja* que los animales– responden a las personas que las aman mucho mejor que a aquellas quienes las cuidan menos.

Nada de esto ocurre por casualidad. No *existe* la casualidad en el universo: solo un magnífico diseño, un increíble “copo de nieve”.

La emoción es energía en movimiento. Cuando se mueve energía, se crea un efecto. Si se mueve la energía suficiente, se crea materia. La materia es energía agrupada, condensada; circula, y es impulsada. Si se manipula la suficiente energía de una determinada manera, se obtiene materia. Todos los Maestros entienden esta ley. Esta es la alquimia del universo. Este es el secreto de la vida.

El pensamiento es energía pura. Cualquier pensamiento que tengáis, hayáis tenido o vayáis a tener, es creador. La energía de vuestro pensamiento nunca muere. Nunca. Abandona vuestro ser y se dirige al universo, expandiéndose por siempre. Un pensamiento es para siempre.

Todo pensamiento se coagula; todo pensamiento choca con otros pensamientos, entrecruzándose en un extraordinario laberinto de energía, formando una estructura en continuo cambio de indescriptible belleza e increíble complejidad.

La energía atrae a la energía semejante, formando (por utilizar un término sencillo) “grumos” de energía del mismo tipo. Cuando un número suficiente de “grumos” similares se entrecruzan con otros –tropiezan con otros–, entonces se adhieren, “se pegan” unos con otros (por utilizar de nuevo un término sencillo). Y para formar la materia se requiere del “pegado” de una cantidad de energía de una magnitud inimaginable. Pero la materia se *formará* a partir de energía pura. En realidad, solo se puede formar de este modo. Una vez que la energía se ha convertido en materia, sigue siendo materia durante mucho tiempo, a menos que su construcción se vea trastocada por una forma de energía opuesta, o distinta. Esta energía distinta, actuando sobre la materia, en realidad la “desmembra”, liberando la energía originaria de la que se compone.

Esta es, en términos elementales, la teoría que subyace a vuestra bomba atómica. Einstein estuvo mucho más cerca que cualquier otro ser humano –anterior o posterior– de descubrir, explicar y utilizar el secreto creador del universo.

Ahora entenderás mejor cómo la gente con una *mentalidad semejante* puede unir sus esfuerzos para crear una realidad favorable. La frase “dondequiera que dos o más se reúnan en mi nombre” adquiere así un sentido mucho mayor.

Por supuesto que cuando sociedades enteras piensan de una determinada manera, ocurren muy a menudo cosas asombrosas, no todas necesariamente deseables. Por ejemplo, una sociedad que viva en el temor, produce muy a menudo en la forma aquello que más teme –y en realidad, *inevitablemente*.

Del mismo modo, grandes comunidades o congregaciones con frecuencia encuentran en su pensamiento combinado el poder de producir milagros (o lo que algunos llaman oración común).

Y debe quedar claro que incluso los individuos –si su pensamiento (oración, esperanza, deseo, sueño, temor) es extraordinariamente fuerte– pueden, en y por sí mismos, producir tales resultados. Jesús lo hizo regularmente. Él sabía como manipular la energía y la materia, cómo reorganizarla, cómo redistribuirla, cómo controlarla totalmente. Muchos Maestros lo han sabido. Muchos lo saben ahora.

Tú puedes saberlo. Ahora mismo.

Esta es la ciencia del bien y del mal de la que participaron Adán y Eva. Hasta que no supieron esto, no podía existir la vida *tal como la conocéis*. Adán y Eva –los nombres míticos con los que habéis representado al Primer Hombre y a la Primera Mujer– fueron el Padre y la Madre de la experiencia humana.

Lo que se ha descrito como la caída de Adán fue en realidad su elevación, el mayor acontecimiento en la historia de la humanidad; ya que, sin él, el mundo de la relatividad no existiría. El acto de Adán y Eva no fue el pecado original, sino –en realidad– la primera bendición. Debes agradecerse desde el fondo de tu corazón, puesto que, al ser los primeros que tomaron una decisión “equivocada”, Adán y Eva *generaron* la posibilidad de tomar *cualquier tipo de decisión*.

En vuestra mitología, habéis convertido a Eva en la “mala” de la película: la tentadora que comió del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y que tímidamente invitó a Adán a unirse a ella. Esta base mitológica os ha permitido considerar, desde entonces, a la mujer como la “perdición” del hombre, resultando de ello todo tipo de realidades deformadas –por no hablar de las ideas distorsionadas y de las confusiones relativas al sexo (¿cómo os iba a sentar tan *bien* algo que fuera tan *malo*?).

Lo que más teméis es lo que más os acosará. El temor lo atraerá hacia vosotros como un imán. Todas vuestras escrituras sagradas –o cualquier tipo de creencia y tradición religiosa que habéis creado– contienen esta clara advertencia: no temáis. ¿Crees que es por casualidad?

Las Leyes son muy sencillas.

1. El pensamiento es creador.
2. El temor atrae a la energía semejante.
3. El amor es todo lo que hay.

¡Eh! ¡Me has pillado con la tercera! ¿Cómo puede ser el amor todo lo que hay si el temor atrae la energía semejante?

El amor es la realidad última. Es lo único. Lo es todo. El sentimiento de amor es vuestra experiencia de Dios.

En el nivel de la Verdad más elevada, el amor es todo lo que hay, todo lo que ha habido y todo lo que habrá. Cuando penetras en lo absoluto, penetras en el amor.

La esfera de lo relativo fue creada con el fin de que Yo pudiera experimentarme a Mí Mismo. Ya te lo he explicado. Pero eso no hace que la esfera de lo relativo sea *real*. Es una *realidad creada* que vosotros y Yo hemos concebido y seguimos concibiendo, con el fin de poder conocernos experiencialmente.

Sin embargo, la creación puede parecer muy real. Su *propósito* es que parezca tan real que *admitamos* que verdaderamente existe. De este modo, Dios se las ha ingeniado para

crear “algo distinto” de Sí Mismo (aunque estrictamente eso es imposible, puesto que Dios es –YO SOY– Todo Lo Que Existe).

Al crear “algo distinto” –es decir, la esfera de lo relativo–, he producido un medio en el que vosotros podéis *decidir* ser Dios, en vez de simplemente *deciros* que sois Dios; en el que podéis experimentar la Divinidad como un acto de creación, más que como un concepto; en el que la pequeña vela en el sol –la más pequeña de las almas– puede reconocerse a sí misma como luz.

El temor es el *otro extremo* del amor. Es la polaridad primordial. Al crear la esfera de lo relativo, en primer lugar creé lo opuesto a Mí Mismo. Ahora bien, en el ámbito en el que vivís en el plano físico solo existen *dos lugares posibles para estar*: el temor y el amor. Los pensamientos arraigados en el temor producirán un tipo de manifestación en el plano físico; los arraigados en el amor producirán otro.

Los Maestros que han pasado por el planeta son aquellos que han descubierto el secreto del mundo relativo, negándose a admitir su realidad. En resumen, *los Maestros son aquellos que han elegido solo el amor* –en cualquier caso, en cualquier momento, en toda circunstancia. Aunque fueran asesinados, amaban a sus asesinos. Aunque fueran perseguidos, amaban a sus opresores.

A vosotros esto os resulta muy difícil de entender, y mucho más de imitar. No obstante, eso es lo que *han hecho siempre todos los Maestros*. No importa de qué filosofía, ni de qué tradición, ni de qué religión: es lo que *han hecho todos los Maestros*.

Este ejemplo y esta lección se os han mostrado de una manera muy clara. Una y otra vez, desde siempre se os ha mostrado esto, en todo tiempo y en cualquier lugar, durante todas vuestras vidas y en cada momento. El universo ha utilizado todo tipo de ardid para colocar esta Verdad ante vosotros. En canciones y relatos, en poemas y bailes, en palabras y en movimientos –en imágenes en movimiento, que llamáis “películas”, y en colecciones de palabras, que llamáis “libros”.

Ha sido gritada desde la más alta montaña, su rumor se ha escuchado en el lugar más recóndito. *El eco de esta verdad ha atravesado los corredores de toda experiencia humana*: el Amor es la respuesta. *Pero no habéis escuchado*.

Ahora acudes a este libro, preguntándole a Dios de nuevo lo que Dios os ha dicho innumerables veces de innumerables formas. Mas, os lo diré otra vez –*aquí*– en el contexto de *este libro*. ¿Me atenderéis ahora? ¿Realmente me vais a escuchar?

¿Qué crees que te ha acercado a este material? ¿Cómo es que se halla en tus manos? ¿Acaso piensas que no sé lo que estoy haciendo?

En el universo no hay casualidades.

He oído el llanto de tu corazón. He visto la búsqueda de tu alma. Sé cuán profundamente has anhelado la Verdad. Desde el dolor, así como desde la alegría, has clamado por ella. Me has suplicado interminablemente: muéstramela, explícamela, revélamela.

Y eso estoy haciendo ahora, en términos tan claros que no puedas dejar de entenderme. En un lenguaje tan sencillo que no puedas confundirte. Con un vocabulario tan común que no puedas perderte en la verborrea.

Sigamos, pues, adelante. Pregúntame cualquier cosa –*cualquier cosa*. Me las ingeniaré para conducirte a la respuesta. Utilizaré el universo entero para hacerlo. Mantente, pues, atento. Este libro está lejos de ser mi única herramienta. Formula una pregunta; luego *deja este libro*. Pero observa, escucha las palabras de la próxima canción que oigas, la información del siguiente artículo que leas, el argumento de la siguiente película que vayas a ver, las palabras que cruces casualmente con la próxima persona con la que te encuentres, o

el murmullo del río cercano, del océano que veas, o la próxima brisa que acaricie tu oído – *todos estos recursos* son Míos, todas estas vías están abiertas para Mí. Comprobarás que te hablo si escuchas. Llegaré hasta ti si me invitas. Te mostraré entonces que *siempre* he estado ahí, y de todas las maneras posibles.

2

“Me enseñarás el camino de la vida,
 hartura de goces, delante de tu rostro,
 a tu derecha, delicias para siempre.”
 (Salmos, 16, 11)

He buscado el camino hacia Dios toda mi vida...

Sé que lo has hecho.

... y ahora que lo he encontrado, no me lo puedo creer. Tengo la sensación de estar aquí sentado escribiéndome a mí mismo.

Es lo que estás haciendo.

Esa no parece la manera en que una comunicación con Dios podría sentirse.

¿Quieres clarines y trompetas? Veré qué puedo hacer.

¿Sabes? Habrá quienes digan que todo este libro no es más que una blasfemia. Especialmente si sigues haciéndote el gracioso.

Deja que te explique algo. Tenéis la idea de que Dios solo se muestra de una única manera. Esta idea es muy peligrosa.

Eso os impide ver a Dios en todas partes. Si creéis que a Dios se le ve y se le oye de una sola manera, o que es de una sola manera, Me miraréis sin verme día y noche. Os pasaréis toda la vida buscando a Dios y no le encontraréis –precisamente porque estaréis buscando a alguien.

Se ha dicho que, si uno no ve a Dios en lo profano y en lo profundo, se está perdiendo la mitad de la historia. Y es una gran Verdad.

Dios está en la tristeza y en la carcajada, en lo amargo y en lo dulce. Detrás de cada cosa se oculta un propósito divino y, por tanto, en cada cosa hay una presencia divina.

Una vez empecé a escribir un libro titulado *Dios es un bocadillo de salami*.

Habría sido un muy buen libro. Yo te di esa inspiración. ¿Por qué no lo escribiste?

Me pareció una blasfemia. O, cuando menos, una horrible irreverencia.

¡Querrás decir una *maravillosa* irreverencia! ¿De dónde te sacas la idea de que Dios es solo “reverente”? Dios es lo alto y lo bajo. Lo caliente y lo frío. La izquierda y la derecha. ¡Lo reverente y lo irreverente!

¿Acaso piensas que Dios no puede reírse? ¿Imaginas que Dios no disfruta con una buena broma? ¿Creéis que Dios carece de sentido del humor? Deja que te diga algo: Dios inventó el humor.

¿Tienes que hablarme en un tono circunspecto cuando te dirijas a Mí? ¿Se hallan

fuera de mi comprensión los términos duros o la jerga? Te aseguro que puedes hablarme como hablarías con tu mejor amigo.

¿Crees que hay alguna palabra que Yo no haya oído... una visión que no haya visto... un sonido que no conozca?

¿Crees acaso que desprecio alguna de esas cosas, mientras que gusto de las demás? *Te aseguro que no desprecio nada. Nada de ello Me repele. Eso es la vida, y la vida es el regalo, el tesoro inenarrable, lo más sagrado de todo.*

Yo soy vida, puesto que soy la sustancia de la que *está hecha* la vida. Cada uno de sus aspectos tiene un propósito divino. No existe nada –*absolutamente nada*– sin una razón comprendida y aprobada por Dios.

¿Cómo puede ser eso? ¿Y qué hay del mal que ha creado el hombre?

No podéis crear *ni una sola cosa* –ni un pensamiento, ni un objeto, ni un acontecimiento, ninguna experiencia de *ninguna clase*– que esté fuera del plan de Dios; puesto que el plan de Dios respecto a vosotros es que creéis *todo lo que queráis* –*cualquier cosa*. En esta libertad consiste la experiencia de Dios como siendo Dios, y esta es la experiencia *para la que Yo os he creado a Vosotros*, y a la propia vida.

El mal es aquello a lo que vosotros *llamáis* “mal”. Pero incluso eso es de mi agrado, puesto que solo a través de eso que llamáis “mal” podéis conocer el bien; solo a través de eso que llamáis “obra del demonio” podéis conocer y hacer la obra de Dios. Yo no amo más lo caliente que lo frío, lo alto que lo bajo, la izquierda que la derecha. Todo es *relativo*. Todo forma parte de *lo que es*.

Yo no amo más lo “bueno” que lo “malo”. *Hitler fue al cielo*. Cuando entiendas esto, entenderás a Dios.

Sin embargo, me han enseñado a creer que el bien y el mal existen; que lo correcto y lo equivocado son términos opuestos; que algunas cosas no están bien, no resultan aceptables a los ojos de Dios.

Todo resulta “aceptable” a los ojos de Dios, ya que, ¿cómo podría Dios no aceptar algo que es? Rechazar algo significa negar que existe. Decir que algo no está bien significa afirmar que no forma parte de Mí, y esto es imposible.

Sin embargo, sed fieles a vuestras creencias, y sed fieles a vuestros valores, ya que se trata de los valores de vuestros padres, y de los padres de vuestros padres, de vuestros amigos y de vuestra sociedad. Estas cosas conforman la estructura de vuestra vida, y perderlas equivaldría a deshacer el tejido que constituye vuestra experiencia. No obstante, examínadlas una a una, revisadlas pieza a pieza. No deshagáis la casa, pero observad cada uno de los ladrillos, y reemplazad los que veáis rotos y que ya no pueden soportar la estructura.

Vuestras ideas respecto a lo correcto y lo equivocado son solo eso, ideas. Son pensamientos que constituyen la forma y crean la sustancia de Quienes Sois. Habría una sola razón para cambiar alguna de ellas; un solo propósito para alterarlas: si no sois felices siendo Quienes Sois.

Únicamente vosotros podéis saber si sois felices. Solo vosotros podéis decir de vuestra vida: “esta es mi creación (mi hijo), en la que me complazco”.

Si vuestros valores os sirven, mantenedlos. Argumentad a su favor. Luchad para defenderlos.

Pero procurad luchar de una manera que no haga daño a nadie. El daño no es un

ingrediente necesario en la receta.

Dices “sed fieles a vuestros valores” y, al mismo tiempo, que todos nuestros valores están equivocados. Ayúdame a entenderlo.

Yo no he dicho que vuestros valores sean equivocados. Pero tampoco que sean correctos. Son simplemente juicios, afirmaciones, decisiones. En su mayor parte se trata de decisiones que no habéis tomado cada uno de vosotros, sino algún otro. Quizá fueron vuestros padres, o vuestra religión, vuestros profesores, historiadores, políticos...

Muy pocos de los juicios de valor que habéis incorporado a vuestra verdad son juicios que habéis formulado vosotros mismos basándoos en vuestra propia experiencia. Pero experiencia es lo que vinisteis a buscar aquí, y a partir de vuestra experiencia ibais a crearos a vosotros mismos. Pero *vosotros* os habéis creado a vosotros mismos por la experiencia de *los demás*.

Si hubiera algo parecido al pecado, sería esto: permitiros a vosotros mismos haber llegado a ser lo que sois por la experiencia de los demás. He aquí el “pecado” que habéis cometido –todos vosotros. No esperáis a tener vuestra propia experiencia, sino que aceptáis la experiencia de *otros* como evangelio (literalmente), y luego, cuando os encontráis con la *experiencia real* por primera vez, recubris tal encuentro con lo que pensáis que ya sabéis.

Si no hicierais esto, podríais tener una experiencia completamente diferente; una experiencia que podría hacer que vuestro maestro o fuente original parezcan estar *equivocados*. En la mayoría de los casos no queréis que vuestros padres, escuelas, religiones, tradiciones o escrituras sagradas parezcan equivocados, de modo que *negáis vuestra propia experiencia* en favor de lo que os han *dicho que penséis*.

Nada ilustra esto con mayor profundidad que vuestro tratamiento de la sexualidad humana.

Todo el mundo sabe que, de entre todas las experiencias *físicas* al alcance de los humanos, la experiencia sexual puede ser la más atractiva, emocionante, poderosa, estimulante, renovadora, energética, íntima, y con mayor capacidad de afirmación, unión y recreación. Aun habiendo descubierto esto experiencialmente, habéis decidido en cambio aceptar las opiniones, las ideas y los juicios previos acerca del sexo, difundidos por *otros* – otras personas que tienen, todas ellas, intereses creados en torno a la manera en que pensáis.

Dichas opiniones, juicios e ideas han ido directamente en contra de vuestra propia experiencia; sin embargo, como *detestáis tener que considerar equivocados a vuestros maestros*, os convencéis a vosotros mismos de que tiene que ser vuestra *experiencia* lo que está mal. El resultado es que habéis traicionado vuestra auténtica verdad en relación a esta cuestión –y con resultados devastadores.

Lo mismo habéis hecho con el dinero. En esos momentos de la vida en que habéis tenido mucho dinero, os habéis sentido estupendamente. Os sentíais estupendamente recibéndolo, y os sentíais estupendamente gastándolo. No había nada malo en ello, nada maligno, nada intrínsecamente “equivocado”. Sin embargo, han arraigado tan profundamente en vosotros las enseñanzas de *los demás* sobre este tema, que habéis *rechazado* vuestra experiencia en favor de la “verdad”.

Al haber adoptado esta “verdad” como vuestra, habéis construido pensamientos en torno a ella –pensamientos que son creadores. Entonces, habéis creado una realidad personal en torno al dinero que lo aleja de vosotros, ya que, ¿para qué trataríais de atraer algo que no es bueno?

Sorprendentemente, habéis creado la misma contradicción con respecto a Dios.

Todas vuestras experiencias más profundas acerca de Dios os dicen que es bueno. Todos aquellos profesores vuestros que os enseñan algo acerca de Dios os dicen que Dios es malo. Vuestro corazón os dice que hay que amar a Dios sin temerle. Vuestros profesores os dicen que hay que temer a Dios, puesto que es un Dios vengativo. Tenéis que vivir en el temor a la cólera de Dios, dicen. Debéis temblar en su presencia. Durante toda vuestra vida habréis de temer el juicio del Señor –os han dicho–, pues el Señor es “justo”, y todo lo sabe; y os hallaréis en apuros cuando os enfrentéis a la terrible justicia del Señor. Debéis, pues, “obedecer” los mandamientos de Dios. O si no...

Sobre todo, no tenéis que formular preguntas lógicas tales como: “si Dios quiere una estricta obediencia a sus leyes, ¿por qué creó la posibilidad de que dichas leyes fueran violadas?”. Todos vuestros maestros os dicen que es porque Dios quería que tuvierais “libre albedrío”. Sin embargo, ¿qué clase de libre albedrío es ese, si elegir una cosa en lugar de otra conlleva la condenación? ¿Cómo la “libre voluntad” puede ser libre, si es la voluntad de otro la que debéis cumplir, y no la vuestra? Quienes os enseñan eso convierten a Dios en un hipócrita.

Se os ha dicho que Dios perdona y es compasivo; pero si no le pedís perdón del “modo correcto”, si no “os dirigís a Dios” de la manera *apropiada*, vuestra súplica no será escuchada, vuestro clamor quedará sin respuesta. Incluso eso no sería tan malo si hubiera una sola manera adecuada; pero se enseñan tantas “maneras adecuadas” como profesores hay.

Así, la mayoría de vosotros se pasa casi toda su vida adulta buscando la manera “correcta” de rendir culto, de obedecer y de servir a Dios. *La ironía del asunto está en que Yo no quiero vuestro culto, Yo no necesito vuestra obediencia, y no necesitáis servirme.*

Este tipo de comportamientos son los que históricamente los monarcas han exigido de sus súbditos –normalmente eran monarcas egocéntricos, inseguros y tiránicos. En absoluto son exigencias divinas; y es extraordinario que el mundo no haya llegado ya a la conclusión de que tales exigencias son falsas, de que no tienen nada que ver con las necesidades o los deseos de la Deidad.

La Deidad no tiene necesidades. Todo lo Que Es es exactamente eso: todo lo que es. Por tanto, no quiere nada, ni carece de nada –por definición.

Si queréis creer en un Dios que de alguna manera *necesita* algo –y que se siente tan dolido si no lo obtiene que castiga a aquellos de quienes esperaba recibirlo–, entonces es que queréis creer en un Dios mucho más pequeño que Yo. Y verdaderamente sois Hijos de un Dios Menor.

No, hijos míos; por favor, dejadme que os asegure una vez más, por medio de este texto, que no tengo necesidades. No necesito nada.

Esto no significa que no tenga *deseos*. *Deseos y necesidades* no son lo mismo (aunque para muchos de vosotros lo sean en vuestra vida actual).

El deseo es el principio de toda creación. Es el primer pensamiento. Es un sentimiento grandioso en el alma. Es Dios, decidiendo qué va a crear a continuación.

¿Y cuál es el deseo de Dios?

Yo deseo, en primer lugar, conocerme y experimentar a Mí Mismo, en toda Mi gloria –saber Quién Soy. Antes de inventaros a vosotros –y todos los mundos del universo– Me resultaba imposible hacerlo.

En segundo lugar, deseo que podáis conocer y experimentar Quienes Realmente Sois, por medio del poder que os he dado de crearos y experimentaros a vosotros mismos de cualquier modo que escojáis.

En tercer lugar, deseo que todo el proceso de la vida sea una experiencia de

constante alegría, de continua creación, de interminable expansión y de total realización en cada momento del ahora.

He establecido un sistema perfecto mediante el cual estos deseos puedan realizarse. Se están realizando ahora, en este mismo momento. La única diferencia entre vosotros y Yo es que Yo lo sé.

En el momento en que alcancéis el conocimiento pleno (momento que puede sobrevenir en cualquier instante), vosotros sentiréis lo mismo que Yo siento constantemente: una alegría, amor, aceptación, bendición y agradecimiento totales.

Estas son las *Cinco Actitudes* de Dios; y, antes de seguir adelante con este diálogo, te mostraré cómo la aplicación de dichas actitudes en tu vida actual puede conducirte –y te conducirá– hacia la divinidad.

Todo esto constituye una respuesta muy larga para una pregunta muy corta.

Sí, se fiel a tus valores en la medida en que experimentes que te son útiles. Pero mira a ver si estos valores a los que sirves con tus pensamientos, palabras y actos, traen al espacio de tu experiencia la mejor y más elevada idea que jamás hayas tenido de ti mismo.

Examina tus valores uno a uno. Somételos a la luz del escrutinio público. Si puedes decir al mundo quién eres y en qué crees sin vacilaciones ni indecisiones, entonces eres feliz contigo mismo. No hay ninguna razón para ir más allá en este diálogo conmigo, puesto que ya has creado a un Yo –y una vida *para* este Yo– que no necesita ninguna mejora. Has alcanzado la perfección. Puedes dejar este libro.

Mi vida no es perfecta, ni siquiera se acerca a la perfección. No soy perfecto. En realidad, soy un cúmulo de imperfecciones. Me gustaría –y a veces de todo corazón– poder corregir esas imperfecciones, y poder reconocer lo que origina mis comportamientos, lo que provoca mis caídas, lo que me mantiene en mi camino. Supongo que por eso es por lo que he acudido a Ti. No he sido capaz de encontrar las respuestas por mí mismo.

Estoy contento de que hayas acudido a Mí. Siempre he estado dispuesto a ayudarte, y lo estoy ahora. No tienes por qué encontrar las respuestas por tu cuenta. Nunca has tenido por qué.

Pero parece tan... *presuntuoso*... sencillamente sentarse y dialogar contigo de este modo... y mucho más imaginar que Tú –Dios– me respondes. Quiero decir, que es una locura.

Ya veo. Los autores de la Biblia estaban cuerdos, pero tú estas loco.

Los autores de la Biblia fueron testigos de la vida de Cristo, y reprodujeron fielmente lo que vieron y oyeron.

Rectificación: no, la mayoría de los autores del Nuevo Testamento nunca conocieron ni vieron a Jesús en vida. Vivieron muchos años después de que Jesús abandonara la Tierra. No habrían reconocido a Jesús de Nazaret ni aunque se hubieran cruzado con él por la calle.

Pero...

Los autores de la Biblia fueron grandes creyentes y grandes historiadores. Recogieron los relatos que habían llegado hasta ellos y sus amigos de boca de sus mayores – quienes, a su vez, los habían oído a sus mayores–, hasta que finalmente surgió una

recopilación escrita.

Y no todos los autores de la Biblia fueron incluidos en el documento final.

Ya habían surgido las “iglesias” en torno a las enseñanzas de Jesús; y –como sucede siempre y dondequiera que la gente se agrupe en torno a una idea poderosa– hubo ciertos individuos en el seno de dichas iglesias, o enclaves, que determinaron qué partes de la historia de Jesús debían mencionarse y cómo. Este proceso de selección y corrección continuó durante toda la recopilación, redacción y publicación de los evangelios y de la Biblia.

Incluso varios siglos después de que se consignaran las escrituras originales, un Alto Consejo de la Iglesia determinó, una vez más, las doctrinas y verdades que debían incluirse en la Biblia oficial de entonces, y también lo que resultaría “malsano” o “prematureo” revelar a las masas.

Además, ha habido otras escrituras sagradas, cada una de ellas fruto de un momento de inspiración de hombres por lo demás corrientes, ninguno de los cuales estaba más loco que tú.

¿No estarás sugiriendo que *estos* textos podrían llegar a ser un día “sagradas escrituras”?

Hijo mío, *todo en la vida es sagrado*. Desde esta perspectiva, sí, son sagradas escrituras. Pero no quiero hacer juegos de palabras contigo, pues sé lo que quieres decir.

No, no estoy sugiriendo que este manuscrito llegará a convertirse un día en escritura sagrada. Al menos no durante algunos cientos de años, o no hasta que su lenguaje se vuelva anticuado.

Mira: el problema es que este lenguaje es demasiado coloquial, demasiado familiar, demasiado contemporáneo. La gente supone que, si Dios hablara directamente con uno, su voz no sonaría como la del vecino de al lado. La estructura del lenguaje debería tener un cierto cariz de unidad, por no decir de divinidad, una cierta dignidad, una sensación de santidad.

Como he dicho antes, esto es solo una parte del problema. La gente tiene una percepción de Dios como Alguien que “se manifiesta” de una única forma. Cualquier cosa que viole esta forma se considera blasfemia.

Como dije antes.

Como dijiste antes.

Pero vayamos al fondo de la cuestión. ¿Por qué te parece una locura que puedas mantener un diálogo con Dios? ¿Acaso no crees en la oración?

Sí, pero esto es distinto. Para mí, la oración siempre ha tenido una sola dirección. Yo pregunto, y Dios permanece inmutable.

¿Dios no ha respondido nunca a una oración?

Bueno, sí; pero, mira, nunca *verbalmente*. Bueno, me han sucedido todo *tipo* de cosas en la vida que estoy convencido que fueron una respuesta –una respuesta muy directa– a la oración. Pero Dios nunca me ha hablado.

Ya veo. Entonces, ese Dios en el que crees es un Dios que puede *hacerlo* todo,

menos precisamente hablar.

Por supuesto que Dios puede hablar, si quiere hacerlo. Es solo que no parece probable que Dios vaya a querer hablarme a mí.

He ahí la raíz de todos los problemas que experimentas en tu vida: que no te consideras a ti mismo suficientemente digno de que Dios te hable.

¡Cielo Santo! ¿Cómo puedes esperar nunca oír Mi voz, si no te crees a ti mismo lo suficientemente digno de que te hable?

Te lo aseguro: en este momento estoy haciendo un milagro; pues no solo estoy hablándote a ti, sino a cualquiera que haya encontrado este libro y esté leyendo estas palabras.

*En este momento, le estoy hablando a cada uno de ellos. Sé quién es cada uno de ellos. Sé quiénes encontrarán su camino a través de estas palabras; y sé (como con todas Mis otras comunicaciones) que algunos serán capaces de escuchar, y otros solo serán capaces de oír, pero no *entenderán nada*.*

Bien; eso plantea otra cuestión. Ya había pensado en publicar este material, tal y como está siendo escrito incluso ahora.

Sí. ¿Qué tiene eso de “malo”?

¿No me dirán que estoy creando todo esto para lucrarme? ¿Y eso no hará que todo resulte sospechoso?

¿Tu motivación para escribir algo es que puedas ganar mucho dinero?

No. No es por eso por lo que empecé a hacerlo. Inicié este diálogo sobre el papel debido a que mi mente había sido acosada por una serie de preguntas durante treinta años; y estaba hambriento –más bien *famélico*– de respuestas. La idea de que podía hacer un libro con todo esto vino más tarde.

Te la di Yo.

¿Tú?

Sí. No creerás que voy a dejar que desperdicies todas estas maravillosas preguntas y respuestas.

No había pensado en eso. Al principio, solo quería que mis preguntas fueran respondidas; que mi frustración acabara; que mi búsqueda terminara.

Bien. Entonces deja de cuestionarte tus motivos (cosa que haces incesantemente), y vamos a ello.

3

Bueno. Tengo un centenar de preguntas. Un millar. Un *millón*. Y el problema es que no sé por donde empezar.

Simplemente haz una lista con las preguntas, y empieza por *alguna*. Hazlo ahora mismo. Haz una lista con las preguntas que se te ocurran.

De acuerdo. Algunas de ellas van a parecer bastante simples, bastante plebeyas.

Deja de formular juicios contra ti mismo. Simplemente haz la lista.

De acuerdo. Bueno, aquí están las que se me ocurren ahora.

1. ¿Cuándo “despegaré” finalmente mi vida? ¿Qué necesita para “entrar en razón” y alcanzar un mínimo de éxito? ¿Terminará alguna vez esta lucha?
2. ¿Cuándo aprenderé lo bastante sobre las relaciones para que las mías vayan como la seda? ¿Hay alguna *manera de ser feliz* en las relaciones? ¿Tienen que suponer siempre un reto constante?
3. ¿Por qué parece que nunca en mi vida puedo conseguir dinero suficiente? ¿Estoy destinado a apretarme el cinturón durante el resto de mi vida? ¿Qué es lo que me impide realizar mi pleno potencial en este aspecto?
4. ¿Por qué no puedo hacer lo que realmente *quiero* hacer con mi vida y al mismo tiempo ganar lo suficiente para vivir?
5. ¿Cómo puedo resolver algunos de los problemas de salud que padezco? Ya he sido víctima de suficientes problemas crónicos en mi vida. ¿Por qué los sigo teniendo?
6. ¿Cuál es la lección kármica que se supone que debo asimilar aquí? ¿Qué intento aprender?
7. ¿Hay algo parecido a la reencarnación? ¿Cuántas vidas anteriores he tenido? ¿Qué fui en ellas? ¿Es real la “deuda kármica”?
8. A veces tengo la sensación de ser un médium. ¿Existe algo parecido a “ser un médium”? ¿Lo soy? La gente que dice que lo es, ¿”pacta con el diablo”?
9. ¿Es correcto ganar dinero haciendo el bien? Si yo decido realizar una obra de sanación en el mundo –la obra de Dios–, ¿puedo hacerlo y, a la vez, disfrutar de abundancia económica? ¿O bien ambas cosas son mutuamente excluyentes?
10. ¿Es bueno el sexo? Venga, ¿qué es lo que realmente ocurre en esta experiencia humana? ¿El objetivo del sexo es puramente la procreación, como afirman algunas religiones? ¿Es cierto que la santidad y la iluminación se obtienen mediante la negación –o transmutación– de la energía sexual? ¿Es correcto practicar el sexo sin amor? La sensación física, ¿es suficiente razón para justificarlo?

11. ¿Por qué hiciste del sexo una experiencia humana tan buena, tan impresionante y tan poderosa, si todo lo que debemos hacer es apartarnos de él todo lo que podamos? ¿Qué pasa? En este sentido, ¿por qué todas las cosas divertidas son “inmorales, ilegales, o engordan”?

12. ¿Hay seres vivos en otros planetas? ¿Nos han visitado? ¿Nos están observando? ¿Veremos alguna evidencia –irrefutable e indiscutible– de vida extraterrestre durante nuestra vida? ¿Cada forma de vida tiene su propio Dios? ¿Y tú eres el Dios de todas ellas?

13. ¿Se realizará alguna vez la utopía en el planeta Tierra? ¿Se mostrará alguna vez Dios a las gentes de la Tierra, como prometió? ¿Habrá algo parecido a la Segunda Venida? ¿Habrá alguna vez un Fin del Mundo, o un apocalipsis, tal como lo profetiza la Biblia? ¿Hay una religión que sea la verdadera? Y si es así, ¿cuál?

Estas son solo algunas de mis preguntas. Como he dicho, tengo centenares más. Algunas de ellas me resultan embarazosas, me parecen propias de alguien inmaduro. Pero, por favor, contéstamelas una por una, y “hablemos” de ellas.

Bueno. Estamos empezando. No te disculpes por estas preguntas. Son preguntas que los hombres y las mujeres se han estado formulando durante cientos de años. Si fueran tan tontas, no serían formuladas una generación tras otra. Así que vayamos a la primera.

He establecido Leyes en el universo que te permiten tener –crear– exactamente lo que quieras. Dichas Leyes no pueden ser violadas, ni pueden ser ignoradas. Estás obedeciendo esas Leyes ahora mismo, incluso mientras escribes esto. No puedes dejar de cumplirlas, pues así funcionan las cosas. No puedes apartarte de ellas; no puedes actuar al margen de ellas.

Cada minuto de tu vida has estado actuando *dentro* de ellas; y todo lo que has experimentado lo has creado tú de este modo.

Formas sociedad con Dios. Compartimos una alianza eterna. Mi compromiso con respecto a ti consiste en darte siempre lo que me pidas. Tú compromiso consiste en pedírmelo; en entender el proceso de la petición y la concesión. Ya te he explicado antes este proceso. Lo haré de nuevo, para que lo entiendas de una manera clara.

Eres un ser triple. Te compones de *cuerpo, mente y espíritu*. También puedes denominarlo lo *físico*, lo *no-físico* y lo *meta-físico*. *Esta es la Santa Trinidad, y se la ha llamado de muchas maneras.*

Lo mismo que tú eres, también Yo lo soy. Me manifiesto como Tres-En-Uno. Algunos de vuestros teólogos lo han llamado Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Vuestros psiquiatras han reconocido también este triunvirato, y lo han llamado “consciente”, “subconsciente” y “superconsciente”.

Vuestros filósofos lo han llamado el “ello”, el “yo” y el “superyo”.

La ciencia lo llama “energía”, “materia” y “antimateria”.

Los poetas hablan de “mente”, “corazón” y “alma”. Los pensadores de la Nueva Era aluden a “cuerpo”, “mente” y “espíritu”.

Vuestro tiempo se divide en “pasado”, “presente” y “futuro”. ¿No podría ser lo mismo que “subconsciente”, “consciente” y “superconsciente”?

El espacio se divide igualmente en tres categorías: “aquí”, “allí” y “el espacio intermedio”.

Lo difícil, lo escurridizo, es definir y describir ese “espacio intermedio”. En el momento en que empiezas a definirlo o describirlo, el espacio que describes se convierte en

“aquí” o “allí”. Sin embargo, sabemos que este “espacio intermedio” existe. Es lo que mantiene al “aquí” y al “allí” en su sitio; del mismo modo que el eterno ahora mantiene al “antes” y al “después” en su sitio.

Estos tres aspectos de tu ser son, en realidad, tres energías. Podrías llamarlas *pensamiento, palabra y acción*. Las tres reunidas producen un *resultado*, que es aquello que, en vuestro lenguaje y según vuestros conocimientos, se denomina “sentimiento”, o “experiencia”.

Tu alma (subconsciente, ello, espíritu, pasado, etc.) es la *suma total de todos los sentimientos que has tenido (creado)*. Tu discernimiento de algunos de ellos se denomina “recuerdo”. Cuando tienes un recuerdo, se habla de re-membrar. Es decir, juntar de nuevo. Reunir de nuevo las partes.

Cuando reúnas de nuevo todas tus partes, habrás re-membrado Quien Tú Realmente Eres.

El proceso de creación se inicia con el pensamiento –una idea, concepto o imagen mental. Todo lo que ves fue alguna vez la idea de alguien. Nada existe en vuestro mundo que no haya existido antes como pensamiento puro.

Eso es cierto también respecto al universo.

El *pensamiento* es el primer nivel de la creación.

A continuación viene la *palabra*. Todo lo que se dice es pensamiento expresado. Es creador, y emite energía creadora al universo. Las palabras son más dinámicas (por tanto, algunas pueden ser más creadoras) que el pensamiento, puesto que las palabras constituyen un nivel de vibración distinto al del pensamiento. Trastornan (cambian, alteran, afectan) al universo, causando un gran impacto.

Las palabras constituyen el segundo nivel de la creación.

A continuación viene la *acción*.

Las acciones son palabras en movimiento. Las palabras son pensamientos expresados. Los pensamientos son ideas organizadas. Las ideas son energías reunidas. Las energías son fuerzas liberadas. Las fuerzas son elementos existentes. Los elementos son partículas de Dios, porciones del Todo, la sustancia de todo.

El principio es Dios. El final es la acción. La acción es Dios creando, o Dios experimentando.

Tu pensamiento acerca de ti mismo es que no eres lo bastante bueno, lo bastante maravilloso, lo bastante puro, como para ser una parte de Dios, para formar sociedad con Dios. Has negado durante tanto tiempo Quién Eres, que lo has *olvidado*.

Esto no ha ocurrido por azar, no es casualidad. Forma parte de un plan divino, puesto que no podrías afirmar, crear ni experimentar Quien Eres, si ya lo fueras. Primero era necesario que rompieras (negaras, olvidaras) tu vínculo conmigo, para poder experimentarlo en toda su plenitud al recrearlo plenamente, convocándolo (ya que tu más grandioso deseo – y Mi más grandioso deseo– era que te experimentaras a ti mismo como la parte de Mí que eres). Así pues, estás en proceso de experimentarte a ti mismo creándote a ti mismo de nuevo en cada momento. Al igual que Yo lo estoy; a través de ti.

¿Entiendes la colaboración? ¿Captas sus implicaciones? Se trata de una sagrada colaboración –en realidad, de una sagrada comunión.

Entonces, tu vida “despegará” cuando decidas que lo haga. Hasta ahora no lo has decidido. Te has entretenido, lo has aplazado, has protestado. Ahora es el momento de que proclames y produzcas lo prometido. Para hacerlo, debes creer en la promesa, y vivirla. *Debes vivir la promesa de Dios.*

La promesa de Dios es que tú eres Su hijo, Su descendencia, Su semejante, Su igual.

Ah... pero aquí es donde el asunto se complica. Puedes aceptar lo de “Su hijo”, “descendencia” y ser “semejante”, pero retrocedes ante la idea de ser llamado “Su igual”. Aceptar eso es demasiado, es demasiado grandioso, demasiado asombroso; conlleva demasiada *responsabilidad*, puesto que si eres igual a Dios, eso significa que *a ti* no se te está haciendo nada, y todo está creado *por ti*. *Ya no puede haber más víctimas ni malvados*, sino solo resultados de vuestro pensamiento con respecto a algo.

Te lo aseguro: todo lo que ves en tu mundo es el resultado de tu idea sobre ello.

¿Quieres que tu vida “despegue” realmente? Entonces, cambia tu idea sobre ella, sobre ti. Piensa, actúa y habla como el *Dios que Eres*.

Por supuesto que eso te alejará de muchos –de la mayoría– de tus semejantes. Te llamarán loco. Te acusarán de blasfemo. Finalmente se hartarán de ti, y tratarán de crucificarte.

Actuarán así, no porque piensen que tú vives en un mundo producto de tus propias ilusiones (la mayoría de los hombres son lo bastante amables como para permitirte tus diversiones privadas), sino porque, antes o después, otros se sentirán atraídos por tu verdad, por las promesas que esta encierra para *ellos*.

Y es en este momento cuando intervendrán tus semejantes, porque será en este momento cuando empezarás a representar una amenaza para ellos, ya que tu sencilla verdad, sencillamente vivida, ofrecerá más belleza, más bienestar, más paz, más alegría y más amor hacia uno mismo y hacia los demás que todo lo que tus colegas terrenales pudieran idear.

Y adoptar esa verdad supondría el fin de sus costumbres. Significaría el fin del odio y del temor, de la guerra y de la intolerancia. Supondría acabar con todas las condenas y asesinatos que se han cometido en *Mi nombre*; supondría dejar de fundamentar el derecho en la fuerza; abandonar “la ley del más fuerte”; dejar de practicar la honra y la lealtad por temor; supondría el fin del mundo tal como lo conocéis –y como vosotros lo habéis creado hasta ahora.

De modo que prepárate, alma amable, puesto que serás vilipendiada y despreciada, insultada y abandonada, y finalmente te acusarán, te juzgarán y te condenarán –todo ello a su manera– desde el momento en que aceptes y adoptes tu sagrada causa: la constatación y la realización del Yo, del Ser.

Entonces, ¿por qué hacerlo?

Porque ha dejado de preocuparte la aceptación o aprobación del mundo. Ha dejado de satisfacerte lo que esta te ha aportado. Ha dejado de complacerte lo que les ha dado a otros. Quieres que cese el dolor, que cese el sufrimiento, que termine la ilusión. Estás harto de este mundo tal como es actualmente. Aspiras a un mundo nuevo.

Deja de aspirar a él. Ahora, convócalo.

¿Puedes ayudarme a entender mejor cómo hacerlo?

Sí. Fíjate primero en tu Más Alto Pensamiento sobre ti mismo. Imagina cómo serías si vivieras ese pensamiento cada día. Imagina lo que pensarías, harías y dirías, y cómo responderías a lo que los demás hicieran o dijeran.

¿Ves alguna diferencia entre esta proyección y lo que piensas, haces y dices ahora?

Sí. Veo una gran diferencia.

Bien. Debes verla, puesto que sabemos que en este momento no estás viviendo tu visión más elevada de ti mismo. Ahora bien, una vez vistas las diferencias entre donde estás y dónde quieres estar, empieza a cambiar –a cambiar conscientemente– tus pensamientos, tus palabras y tus acciones, para que cuadren con tu más magnífica visión.

Esto requerirá un esfuerzo físico y mental tremendo. Implicará un control constante, momento a momento, de cada pensamiento, palabra y acto. Implicará una continua –y consciente– toma de decisiones. Todo el proceso constituye un enorme desplazamiento hacia la consciencia. Lo que descubrirás si afrontas este reto es que *te has pasado la mitad de tu vida inconsciente*. Es decir, ignorante a nivel consciente de lo que estás eligiendo en cuanto a pensamientos, palabras y actos hasta que has experimentado sus consecuencias; y entonces, cuando has experimentado dichos resultados, has negado que tus pensamientos, palabras y actos tuvieran algo que ver con ellos.

Se trata de una invitación a abandonar esa vida inconsciente. Es un reto al que tu alma te ha llamado desde el principio de los tiempos.

Ese continuo control mental parece que haya de ser terriblemente agotador.

Puede serlo, hasta que se convierta en una segunda naturaleza. En realidad, es tu segunda naturaleza. Tu primera naturaleza consiste en amar incondicionalmente. Tu segunda naturaleza consiste en decidir expresar conscientemente tu primera naturaleza, tu verdadera naturaleza.

Perdona, pero esa especie de control constante sobre lo que pienso, digo y hago, ¿no me convertirá en una persona “sosa”?

En absoluto. Distinta sí; “sosa” no. ¿Era “soso” Jesús? No creo que lo fuera. ¿Resultaba aburrido estar junto a Buda? La gente se congregaba a su alrededor, suplicaba poder hallarse en su presencia. Nadie que haya llegado a ser un Maestro es aburrido. Quizás sea poco corriente; quizás sea extraordinario, pero nunca “soso”.

Así pues: ¿quieres que tu vida “despegue”? *Empieza de una vez a imaginártela del modo como quieras que sea, y trata de alcanzarlo. Revisa cada pensamiento, palabra y obra que no se muestren en armonía con esa idea, y sal de ellos.*

Cuando tengas un pensamiento que no cuadre con tu más alta visión, *cámbialo por otro nuevo*, inmediatamente. Cuando digas algo que no se ajuste a tu más grandiosa idea, toma nota de no volver a decir nada semejante otra vez. Cuando hagas algo que no cuadre con tu mejor intención, decide que esa sea la última vez que lo haces. Y siempre que puedas, haz el bien sin mirar a quién.

Ya he oído eso antes, y siempre he estado en contra, pues me parece poco honesto. Quiero decir que, si estás enfermo, no puedes admitirlo. Si estás sin blanca, no puedes decirlo. Si estás muy enfadado, no puedes demostrarlo. Eso me recuerda el chiste de las tres personas que van al infierno: un católico, un judío y un filósofo de la Nueva Era. El diablo le dice al católico, burlonamente: “¿qué? ¿Cómo va el calor?”. Y el católico le responde compungido: “me lo tomo como un sacrificio y lo estoy ofreciendo”. A continuación, le pregunta al judío: “¿y qué otra cosa podía esperar, sino otro infierno?”. Finalmente, el diablo se dirige al filósofo de la Nueva Era: “¿qué tal el calor?”; a lo que este responde, sudando: “¿calor? ¿qué calor?”.

Es un buen chiste. Pero no estoy hablando de ignorar el problema, o de pretender que

no existe. Estoy hablando de observar la circunstancia, y luego formular tu más alta verdad respecto a ella.

Y si estás sin blanca, pues estás sin blanca. Es absurdo mentir acerca de eso y tratar de inventarse un cuento para no admitirlo. Pero es tu pensamiento acerca de ello –“estar sin blanca es malo”, “estar sin blanca es horrible”, “soy una mala persona, puesto que la buena gente que trabaja duro y realmente se esfuerza nunca está sin blanca”, etc.– lo que determina cómo experimentas la “situación-de-estar-sin-blanca”. Son tus palabras acerca de ello –“estoy sin blanca”, “no tengo ni un céntimo”, “no tengo dinero”– las que dictaminan cuánto tiempo seguirás estando sin blanca. Son tus actos en relación a esta situación – compadeciéndote a ti mismo, dejándote abatir, no tratando de buscar una salida... porque, de todos modos, ¿para qué?– los que, a la larga, crean tu realidad.

Lo primero que has de entender respecto al universo es que ninguna circunstancia es “buena” o “mala”. Simplemente *es*. De modo que deja de hacer juicios de valor.

Lo segundo que has de saber es que todas las circunstancias son transitorias. Nada se mantiene igual, nada permanece estático. De qué manera cambie, es algo que depende de ti.

Perdona, pero voy a interrumpirte de nuevo. ¿Y la persona que cae enferma, pero cuya fe mueve montañas, y –por tanto– piensa, dice y *confía en* que va a ponerse mejor... pero se muere seis meses después? ¿Cómo encaja *eso* con todo eso del pensamiento positivo y la acción afirmativa?

Eso está bien. Me planteas preguntas difíciles. No te tomas mis palabras a la ligera, y las cuestionas. Más adelante dejarás de cuestionar tanto, porque al final verás que tú y Yo podríamos estar discutiendo interminablemente, hasta que no quede otra cosa que hacer que “intentarlo o rechazarlo”. Pero este momento aún no ha llegado. Así pues, sigamos con el diálogo; sigamos hablando.

Una persona que tiene una “fe que mueve montañas” y muere seis meses después, ha movido montañas durante seis meses. Puede que eso haya sido suficiente para ella. Puede que haya decidido, en la última hora del último día: “bueno, ya tengo suficiente; estoy dispuesta a pasar a otra aventura”. Puede que no te hayas percatado de su decisión porque es posible que no te lo haya dicho. Lo cierto es que puede haber tomado esta decisión bastante antes –días o semanas antes– y no haberte dicho nada.

Habéis creado una sociedad en la que no se ve bien que alguien se quiera morir; no se ve bien que alguien esté a buenas con la muerte. Como tú no quieres morir, no puedes imaginar que *nadie* lo quiera, independientemente de su situación o sus circunstancias.

Sin embargo, hay muchas situaciones en las que la muerte es preferible a la vida, y sé que puedes imaginártelas si piensas en ello un poco. Sin embargo, esas verdades no se te ocurren –no resultan tan obvias– cuando te encuentras ante alguien que decide morir. Y la persona agonizante se da cuenta. Puede percibir el nivel de aceptación que tiene su decisión entre los que le rodean.

¿Te has fijado alguna vez en cuánta gente espera a que la habitación en la que se encuentra se halle vacía para morir? Algunos incluso les han dicho a sus seres queridos: “vete tranquilo; ve a comer algo”, o bien: “ve ya a dormir, estoy bien; nos veremos mañana”. Y luego, cuando sus fieles custodios los han abandonado, lo mismo hace el alma con el cuerpo del custodiado.

Si les dijeran a sus amigos y parientes allí reunidos: “simplemente quiero morir”, ellos le responderían: “¡oh, venga ya!, ¡no digas eso!”; o bien: “¡no hables de ese modo!”; o bien: “¡resiste!”; o bien: “¡por favor, no me dejes!”.

Todo el estamento médico en su conjunto ha sido formado para mantener a la gente

con vida, pero no para proporcionarle los medios para que pueda morir con dignidad.

Fíjate en que para un médico o una enfermera la muerte es un fracaso. Para un amigo o un pariente, es un desastre. Solo para el alma la muerte es un alivio, una liberación.

El mayor regalo que se puede hacer a los moribundos es dejarles morir en paz; no pensar que deben “resistir”, o seguir sufriendo, o preocuparse por *ti* en el paso más crucial de sus vidas.

Esto es lo que ha ocurrido muy a menudo en el caso del hombre que dice que va a vivir, cree que va a vivir, e incluso reza para vivir: que en realidad, en el nivel del alma, ya ha “cambiado de opinión”. Ha llegado el momento de descartar el cuerpo para que el alma pueda ser libre de pasar a otras ocupaciones. Cuando el alma toma esta decisión, el cuerpo no puede hacer nada para cambiarla. Nada que la mente piense puede alterarla. En el momento de la muerte es cuando descubrimos quién lleva la voz cantante en el triunvirato cuerpo-mente-alma.

Durante toda tu vida crees que tú eres tu cuerpo. Alguna vez piensas que eres tu mente. Pero es en el momento de tu muerte cuando descubres Quién Eres Realmente.

Ahora bien, también ocurre a veces que el cuerpo y la mente simplemente no escuchan al alma. Eso crea también la situación que describes. Lo que más difícil le resulta hacer a la gente es escuchar a su alma (fíjate qué pocos lo hacen).

Sucede a menudo, pues, que el alma decide que ya es el momento de abandonar el cuerpo. El cuerpo y la mente –siempre sirvientes del alma– lo saben, y se inicia el proceso de liberación. Pero la mente (el yo) no quiere aceptarlo. Después de todo, eso supone el fin de su existencia. Entonces, la mente le ordena al cuerpo que se resista frente a la muerte, lo que este hace con mucho gusto, pues tampoco quiere morir. El cuerpo y la mente (ego) reciben un gran estímulo y grandes elogios por ello del mundo exterior, el mundo de su creación. Así, la estrategia es validada.

Ahora bien, en este momento todo depende de hasta qué punto el alma quiera salir. Si no siente una gran urgencia, puede decir: “está bien, tú ganas; me quedaré un poco más contigo”. Pero si el alma tiene muy claro que permanecer junto al cuerpo no sirve para sus más elevados propósitos –que no hay ninguna manera de que pueda seguir *evolucionando* a través de su cuerpo–, entonces lo abandonará y nada podrá detenerla –ni nada debería intentarlo.

El alma tiene muy claro que su objetivo es evolucionar. Ese es su único objetivo, el propósito *esencial*. No le preocupan los éxitos del cuerpo o el desarrollo de la mente. Todo eso no tiene sentido para el alma.

El alma tiene claro también que abandonar el cuerpo no supone ninguna tragedia. En muchos casos, la tragedia consiste *en* permanecer en el cuerpo. Así pues, has de entender que el alma ve la cuestión de su muerte como algo diferente. Por supuesto, también ve la “cuestión de la vida” de modo distinto; y ese es el origen de gran parte de la frustración y ansiedad que uno siente durante su vida. La frustración y la ansiedad provienen de no escuchar a la propia alma.

¿Cómo puedo escuchar a mi alma? Si a la hora de la verdad el alma es la jefa, ¿cómo puedo estar seguro de que recibo las órdenes de la oficina central?

Lo primero que puedes hacer es tener claro qué es lo que intenta hacer el alma, y dejar de formular juicios sobre ello.

¿Formulo juicios sobre mi alma?

Constantemente. Ya te he mostrado cómo te juzgas a ti mismo si quieres morir. También te juzgas a ti mismo si quieres vivir –si quieres *vivir* realmente. Te juzgas a ti mismo si quieres reír, si quieres llorar, si quieres ganar, si quieres perder... si quieres experimentar alegría y amor –especialmente te juzgas por esto último.

¿Eso hago?

De algún sitio has sacado la idea de que *negarte* a ti mismo la alegría es un acto piadoso, que *no* celebrar la vida es un acto divino. La negación –te has dicho a ti mismo– es bondadosa.

¿Me estás diciendo que es mala?

No es ni buena ni mala; es simplemente negación. Si te sientes bien tras negarte a ti mismo, entonces en tu mundo es buena. Si te sientes mal, entonces es mala. La mayor parte de las veces, no lo decides tú. Te niegas a ti mismo esto o aquello porque te dices a ti mismo que debes negártelo. Luego, cuando te *sientes* mal, te dices que era bueno hacerlo así, pero te preguntas por qué te *sientes* así.

Entonces, lo primero que has de hacer es dejar de formular estos juicios contra ti mismo. Descubre cuál es el deseo del alma, y síguelo. Acompaña al alma.

El alma busca el más alto sentimiento de amor que puedas imaginar. Ese es el deseo del alma. Este es su propósito. El alma es el sentimiento, no el conocimiento, sino el sentimiento. Ya posee el conocimiento, pero este es conceptual, mientras que el sentimiento es experiencial. El alma quiere sentirse a sí misma, y, por tanto, conocerse a sí misma, *en su propia experiencia*.

El sentimiento más elevado es la experiencia de la unidad con Todo Lo Que Es. Este es el gran retorno a la Verdad por el que el alma suspira. Este es el sentimiento del amor perfecto.

El amor perfecto consiste en percibir lo perfecto que es el color blanco. Muchos piensan que el blanco es la *ausencia* de color. No es así. Es la inclusión de todos los colores. El blanco es *todos los colores que existen*, combinados.

Del mismo modo, el amor no es la ausencia de toda emoción (odio, cólera, lujuria, envidia, codicia), sino la suma de todo sentimiento. Es la suma total. El total combinado. El todo.

Así, para que el alma pueda experimentar el amor perfecto, debe experimentar *todos los sentimientos humanos*.

¿Cómo podría tener compasión de algo que no entiendo? ¿Cómo puedo perdonar en otro lo que nunca he experimentado en Mí mismo? Con ello podemos ver tanto la simplicidad como la imponente magnitud del viaje del alma. Podemos entender por fin qué es lo que trama:

El propósito del alma humana consiste en experimentar todo eso, de modo que pueda ser todo eso.

¿Cómo puede estar arriba, si nunca ha estado abajo? ¿Cómo puede estar a la izquierda, si nunca ha estado a la derecha? ¿Cómo puede tener calor, si no conoce el frío? ¿Cómo puede conocer el bien, si niega el mal? Obviamente, el alma no puede elegir ser algo *si no hay nada entre lo que elegir*. Para experimentar su grandeza, el alma debe *saber lo que la grandeza es*. Y esto no lo puede hacer si no hay *nada más* que grandeza. Así, el alma se

da cuenta de que la grandeza únicamente existe en el espacio de aquello que *no* es grandioso. Por tanto, el alma no condena nunca aquello que no es grandioso, sino que lo bendice, viendo *en* ello una *parte de sí misma* que *debe existir* para que otra parte de sí misma se manifieste.

La tarea del alma, por supuesto, consiste en hacer que escojáis la grandeza –que seleccionéis lo mejor de Quienes Sois–, sin condenar aquello que no seleccionáis.

Se trata de una gran tarea, que requiere de muchas vidas, puesto que estáis habituados a aventurar juicios, a llamar a algo “equivocado” o “malo”, o “insuficiente”, en vez de bendecir aquello que no elegís.

En realidad, hacéis algo peor que condenarlo: tratáis de dañar aquello que no elegís; tratáis de destruirlo. Si hay alguna persona, lugar o cosa con los que no estéis de acuerdo, los atacáis. Si hay algún pensamiento que os contradice, lo ridiculizáis. Si hay alguna idea distinta de la vuestra, la rechazáis. En esto os equivocáis, puesto que creáis solo la mitad del universo. Y ni siquiera podréis entender nunca *vuestra* mitad en tanto que rechazáis completamente la otra.

Todo esto es muy profundo, y te lo agradezco. Nadie me había dicho nunca estas cosas. Al menos, no con tanta sencillez. E intento entenderlas. En realidad, las entiendo. Pero algunas resultan difíciles de afrontar. Por ejemplo, parece que quieres decir que debemos amar lo “equivocado” para que podamos conocer lo “correcto”. ¿Estás diciendo que debemos abrazar al diablo, por así decirlo?

¿De que otro modo podríais reconciliaros con él? Por supuesto que no existe un diablo real, pero te estoy respondiendo en el idioma que has elegido.

La reconciliación es el proceso de aceptarlo todo, y luego elegir lo mejor. ¿Lo entiendes? No puedes *elegir* ser Dios si no hay nada más *entre* lo que elegir.

¡Eh, espera! ¿Cuándo hemos dicho nada sobre “elegir *ser* Dios”?

El sentimiento más elevado es el amor perfecto. ¿De acuerdo?

Sí, debe serlo.

¿Y puedes encontrar una mejor descripción de Dios?

No, no puedo.

Bien. Tu alma aspira al sentimiento más elevado. Aspira a experimentar –a *ser*– el amor perfecto.

Es amor perfecto, y *lo sabe*. Pero desea hacer algo *más* que *saberlo*. Desea *serlo en su experiencia*.

¡Evidentemente, estáis tratando de ser Dios! ¿Qué otra cosa ibais a tener entre manos?

No lo sé. No estoy seguro. Supongo que nunca me lo había planteado. Me parece como si tuviera algo de blasfemo.

¿No es interesante el hecho que no te parezca blasfemo tratar de ser como el demonio, y en cambio te parezca ofensivo aspirar a ser como Dios?

¡Eh, espera un momento! ¿Quién quiere ser como el demonio?

¡Tú! ¡*Todos* vosotros! Incluso habéis creado religiones que afirman que habéis nacido en pecado, que sois *pecadores de nacimiento*, para convenceros a vosotros mismos de vuestra propia maldad. Sin embargo, si os dijera que habéis nacido de Dios, que nacéis como puros Dioses y Diosas –*puro amor*–, me rechazaríais.

Os pasáis toda la vida convenciéndoos de que sois malos, y no solo de eso, sino de que aquello que deseáis es malo. El sexo es malo, el dinero es malo, la alegría es mala, el poder es malo, tener mucho es malo –mucho de lo que sea. Algunas de vuestras religiones incluso mantienen la creencia de que *bailar* es malo, la *música* es mala, celebrar la *vida* es malo. Pronto aceptaréis que sonreír es malo, que reír es malo, que *amar* es malo.

No, no, amigo mío; puede que haya muchas cosas que no tienes claras, pero hay una que sí la tienes: tú eres *malo*, y la mayor parte de lo que deseas es malo. Una vez formulado este juicio sobre ti mismo, has decidido que tu tarea consiste en ser *mejor*.

De acuerdo, pero ten en cuenta que en cualquier caso el punto de destino es el mismo como resultado, y lo único que sucede es que hay un camino más corto, un atajo, una vía más rápida.

¿Cuál?

La aceptación inmediata de Quien Tú Eres y de lo Que Tú Eres, y la manifestación de ello.

Eso es lo que hizo Jesús. Es el camino de Buda, de Krishna, el camino de todos los Maestros que han habitado en este planeta.

Y de igual modo, todos los Maestros han dejado el mismo mensaje: lo que yo soy, tú lo eres; lo que yo puedo hacer, tú lo puedes hacer; todo esto, y *más*, también lo harás tú.

Pero no les habéis escuchado. En cambio, habéis elegido el camino, mucho más difícil, de creer que *uno es el demonio*, de imaginar que *uno es el mal*.

Decís que es difícil seguir el camino de Cristo, practicar las enseñanzas de Buda, albergar la luz de Krishna, ser un Maestro. Pero te aseguro que es mucho más difícil negar Quien Tú Eres que aceptarlo.

Eres bondad, misericordia, compasión y conocimiento. Eres paz, luz y alegría. Eres perdón y paciencia, fuerza y valor, ayuda cuando hay necesidad, consuelo cuando hay dolor, curación cuando hay herida, enseñanza cuando hay ignorancia. Eres la sabiduría más profunda y la más alta verdad; la paz más magnífica y el más grandioso amor. *Eres* todas esas cosas. Y en determinados momentos de tu vida tú te has *reconocido* a ti mismo como siendo todas ellas.

Elige ya reconocerte a ti mismo siendo esas cosas en todo momento.

4

¡Vaya! ¡La verdad es que me inspiras!

Bueno. Si Dios no puede inspirarte, ya me dirás quién demonios va a hacerlo.

¿Siempre eres así de impertinente?

No he pretendido que fuera una impertinencia. Léelo de nuevo.

¡Ah! Ahora lo veo.

Exacto. Sin embargo, estaría bien que fuera impertinente, ¿no?

No sé. Estoy acostumbrado a que mi Dios sea un poco más serio.

Bueno, pues hazme un favor, no intentes contenerme. Y, por cierto: hazte el mismo favor a ti.

Lo único que ocurre es que tengo un gran sentido del humor. Te diría que tú también deberías tenerlo a la hora de considerar todo lo que has hecho en la vida, ¿no? Quiero decir que a veces simplemente tengo que reírme de ello.

Pero está todo bien, no obstante, pues como ya te dije sé que al final todo acabará bien.

¿Qué quieres decir con eso?

Quiero decir que no puedes perder la partida. No puedes fracasar. No entra en el plan. No hay modo de no llegar a donde vas. No hay modo de que te pierdas y no llegues a tu destino. Si Dios es tu objetivo, estás de suerte, pues *Dios es tan grande que no puedes perderte*.

Esa es la gran preocupación, por supuesto. La gran preocupación es que, de un modo u otro, la liemos y no lleguemos a verte ni a estar contigo nunca.

¿Quieres decir “ir al cielo”?

Sí. A todos nos da miedo ir al infierno.

De modo que por eso os habéis colocado allí de entrada: para evitar *ir* allí; mmmm... Una estrategia interesante.

¿Lo ves? ¡Vuelves a ser impertinente!

Qué quieres que haga, ¡todo este asunto del infierno hace que surja lo peor de Mí!

Vaya por Dios, sí que eres todo un *comediante*.

¿Has necesitado todo este tiempo para *descubrirlo*? ¿Te has fijado en el mundo últimamente?

Eso me hace pensar en otra pregunta. ¿Por qué no *arreglas* el mundo, en vez de permitir que se vaya al infierno?

¿Por qué no lo haces tú?

No tengo el poder de hacerlo.

Tonterías. Tienes el poder y la capacidad de acabar con el hambre en el mundo en este mismo momento, podrías curar las enfermedades en este instante. ¿Y si te dijera que vuestro propio estamento médico *oculta métodos de sanación*, se niega a aceptar medicinas y procedimientos alternativos, porque amenazan la misma estructura de la profesión de “sanar”? ¿Y si te dijera que los gobiernos no *quieren* acabar con el hambre en el mundo? ¿Me creerías?

Este asunto me ha traído de cabeza. Sé que ese es el punto de vista populista, pero no puedo creer que realmente sea así. Ningún médico niega una curación. Nadie quiere ver morir a sus compatriotas.

Ningún médico *individual*; es cierto. Ningún compatriota *particular*; es correcto. Pero cuando hablamos del estamento médico y del estamento político, hablamos de algo institucionalizado, y son las instituciones las que hacen eso, a veces de manera muy sutil, a veces incluso inconscientemente. Pero es inevitable... ya que, para dichas instituciones, se trata de una cuestión de supervivencia.

Y así, por ponerte solo un ejemplo muy sencillo y evidente, los médicos occidentales rechazan la eficacia curativa de los orientales porque de aceptarla tendrían que admitir que determinadas modalidades alternativas pueden proporcionar una cierta sanación, y eso supondría desgarrar el propio tejido de la institución tal como se ha estructurado a sí misma.

Esto no es malévolo, pero es insidioso. El estamento no lo hace porque sea malo; lo hace porque tiene miedo.

Todo ataque es una petición de ayuda.

Eso lo he leído en un *Un curso de milagros*.

Yo lo puse allí.

¡Chico, tienes una respuesta para todo!

Eso me recuerda que no hemos hecho más que empezar con tus preguntas. Estábamos hablando de cómo hacer que tu vida marche, de cómo hacer que “despegue”. Estaba hablando del proceso de creación.

Sí, y yo no dejaba de interrumpirte.

Eso está bien, pero volvamos a ello, pues no nos interesa perder el hilo de algo muy importante.

La vida es una creación, no un descubrimiento.

No vives cada día para *descubrir* lo que te deparará ese día, sino para crearlo. Estás creando tu realidad cada minuto, probablemente sin saberlo.

He aquí la razón de que sea así, y cómo funciona:

1. Yo os he creado a imagen y semejanza de Dios.
 2. Dios es el creador.
 3. Sois tres en uno. Puedes llamar a esos tres aspectos del ser como quieras: Padre, Hijo y Espíritu Santo; mente, cuerpo y espíritu; superconsciente, consciente y subconsciente.
 4. El proceso de creación procede de estas tres partes de vuestro cuerpo. Dicho de otro modo, creáis a los tres niveles. Las herramientas de creación son: el pensamiento, la palabra y la obra.
 5. Toda creación se inicia con el pensamiento (“Procede del Padre”). Toda creación pasa después a la palabra (“Pedid y se os dará, hablad y se os hará”). Toda creación se completa en la obra (“Y el verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”).
 6. Aquello que pensáis pero no decís crea a un nivel. Aquello que pensáis y decís crea a otro nivel. Aquello que pensáis, decís y hacéis se hace manifiesto en vuestra realidad.
 7. Pensar, decir y hacer algo, si no creéis verdaderamente en ello, es imposible. Por tanto, el proceso de creación debe incluir la creencia, o el conocimiento. Esto es fe absoluta. Esta *más allá* de “esperar” que sea así. Es el *reconocimiento de una certeza* (“Por vuestra fe seréis sanados”). En consecuencia, la parte activa de la creación incluye el conocimiento. Se trata de una claridad esencial, una certeza total, una completa *aceptación de la realidad* de algo.
 8. Este lugar de conocimiento es un espacio de una intensa e increíble gratitud. Es un *agradecimiento por adelantado*. Y quizás esta sea la clave más importante de la creación: estar agradecido *antes de*, y por, la creación. Esta actitud de darla ya por hecha no es algo simplemente a consentir, sino algo que hay que alentar. Es un *signo seguro de la cualidad de la maestría*. Todos los Maestros *saben por adelantado que la obra se ha realizado*.
 9. Celebra y disfruta de todo lo que creas y has creado. Rechazar cualquier parte de ello significa rechazarte a ti mismo. Sea lo que sea lo que se presente como parte de tu creación, poséelo, reivindícalo, bendícelo, agradéclo. Procura no condenarlo (“¡maldita sea!”), puesto que condenarlo significa condenarte a ti mismo.
 10. Si hay algún aspecto de tu creación del cual veas que no disfrutas, bendícelo y simplemente cámbialo. Elige de nuevo. Provoca una nueva realidad. Piensa una nueva idea. Pronuncia una nueva palabra. Haz algo nuevo. Hazlo con magnificencia, y el resto del mundo te seguirá. Pídelo, exígelo, di: “Yo soy el Camino y la Vida. Sígueme”.
- Así es como se manifiesta la voluntad de Dios “en la Tierra como en el Cielo”.*

Si es tan sencillo como eso, si todo lo que necesitamos son esas diez etapas, ¿por qué no es así para la mayoría de nosotros?

Sí es así, y para todos vosotros. Algunos utilizáis el “sistema” conscientemente, con pleno discernimiento, y otros lo estáis utilizando inconscientemente, sin ni siquiera saber lo que estáis haciendo.

Algunos de vosotros camináis despiertos, y otros sonámbulos. Pero *todos* vosotros estáis creando vuestra realidad –*creando*, no *descubriendo*–, utilizando el poder que os he dado y el proceso que acabo de describir.

Así pues, me has preguntado cuándo “despegará” tu vida, y te he dado la respuesta. Harás que tu vida “despegue” cuando, primero, logres pensar en ella con suma

claridad. Piensa en lo que quieres ser, hacer y tener. Piensa en ello a menudo, hasta que lo veas muy claro. Entonces, cuando logres dicha claridad, *no pienses en nada más*. No imagines otras posibilidades.

Retira todos los pensamientos negativos de tus construcciones mentales. Suelta todo pesimismo. Libera todas las dudas. Rechaza todos los miedos. Disciplina tu mente para que se mantenga firme en el pensamiento creador original.

Cuando tus pensamientos sean claros y firmes, empieza a hablar de ellos como verdades. Grítalos fuerte. Utiliza el gran mandato que hace surgir el poder creador: yo soy. Haz declaraciones que contengan “yo soy” a los demás. “Yo soy” constituye la más poderosa afirmación creadora del universo. Sea lo que sea lo que pienses, sea lo que sea lo que digas, dichas experiencias se pondrán en movimiento tras las palabras “yo soy”; eso hará que surjan, eso las llevará hacia ti.

No hay ningún otro modo de que el universo pueda funcionar. Ninguna otra ruta que pueda tomar. El universo responde al “yo soy” como un genio en una botella.

Dices “libera toda duda; rechaza todo temor; descarta todo pesimismo”, como si dijeras “póngame una barra de pan”. Pero todo esto resulta más fácil de decir que de hacer. “Retira todos los pensamientos negativos de tus construcciones mentales” podría ser también “sube al Everest antes de almorzar”. Se trata de una orden excesivamente grande.

Canalizar tus pensamientos, ejerciendo un control sobre ellos, no es tan difícil como parece. (En este sentido, tampoco lo es subir al Everest.) Es cuestión de disciplina. Es cuestión de proponérselo.

El primer paso consiste en aprender a vigilar tus pensamientos; a *pensar sobre* lo que estás pensando.

Cuando te sorprendas a ti mismo teniendo pensamientos negativos –pensamientos que nieguen tu más alta idea de ti mismo– ¡*vuelve a pensar!* Quiero que lo hagas muy *literalmente*. Si piensas que estás abatido, hecho polvo, y que de ahí no puede salir nada bueno, recapacita, *piensa de nuevo*. Si piensas que el mundo es un lugar malo, lleno de acontecimientos negativos, *piensa de nuevo*. Si piensas que tu vida se rompe en pedazos, y te parece que nunca la podrás recomponer, *piensa de nuevo*, piensa otra cosa.

Puedes entrenarte en hacer esto. (¡Fíjate en lo bien entrenados que estáis en no hacerlo!)

Gracias. Nunca nadie me había expuesto el proceso de una manera tan clara. Quisiera que fuera tan fácil de hacer como de decir; pero, al menos, creo que ahora lo entiendo con claridad.

Bueno. Si necesitas un repaso, disponemos de varias vidas.

5

¿Cuál es el auténtico camino hacia Dios? ¿La renuncia, como creen los yoguis? ¿Y el llamado sufrimiento? ¿Es el sufrimiento y el servicio la vía para llegar a Dios, como afirman muchos ascetas? ¿Ganaremos el cielo si “somos buenos”, como enseñan tantas religiones? ¿O bien somos libres de actuar como queramos, de violar o ignorar cualquier norma, de dejar de lado todas las enseñanzas tradicionales, de sumergirse en la satisfacción inmoderada de todos los deseos, para así hallar el nirvana, como afirman muchos filósofos de la Nueva Era? ¿Cuál es el camino: unos patrones morales estrictos, o haz-lo-que-te-dé-la-gana? ¿Los valores tradicionales, o improvisar sobre la marcha? ¿Los Diez Mandamientos, o las Siete etapas de la Iluminación?

Tienes la necesidad imperiosa de que sea un camino u otro, ¿no? ¿No podrían ser todos ellos?

No lo sé. Es lo que pregunto.

Te contestaré, pues, del modo que mejor puedas entenderlo; aunque déjame que te diga que la respuesta está dentro de ti. Se lo digo a todos aquellos que escuchan Mis palabras y buscan Mi Verdad.

A todo corazón que se pregunte seriamente cuál es el camino hacia Dios, se le muestra. A todos les es dada una Verdad sincera. Ven a Mí por el camino de tu corazón, no a través del viaje de tu mente. Nunca me encontrarás en tu mente.

Para conocer realmente a Dios, has de perder la cabeza.

Pero tu pregunta requiere una respuesta, y no quiero alejarme de la cuestión. Empezaré con una afirmación que te asustará, y que quizá hiera la sensibilidad de mucha gente. *No existen los Diez Mandamientos, ni nada parecido.*

¡Dios mío! ¿No?

No. ¿Quién habría de mandarlos? ¿Yo? ¿Y para qué se necesitarían tales mandamientos? Cualquier cosa que yo quiera, es. *N'est ce pas?* Entonces, ¿para qué hace falta mandar nada?

Y, si yo hubiera promulgado mandamientos, ¿no se cumplirían automáticamente? ¿Cómo podría Yo desear tan torpemente que algo existiera, ordenándolo, para luego quedarme de brazos cruzados observando que no ocurre así?

¿Qué clase de rey haría eso? ¿Qué clase de gobernante?

Y no obstante te aseguro que Yo tampoco soy ni rey ni gobernante. Soy simple y asombrosamente, el Creador. Pero el Creador no gobierna, sino que sencillamente crea; crea y sigue creando.

Yo os he creado a vosotros –y os he bendecido– a imagen y semejanza mía. Y os he hecho ciertas promesas y he establecido ciertos compromisos con vosotros. Os he dicho, en un lenguaje sencillo, qué pasará con vosotros cuando seáis uno conmigo.

Tú eres un buscador sincero, como lo fue Moisés. También él, como sabes, se presentó ante Mí pidiéndome respuestas. “¡Oh, Dios de Mis Padres –clamaba–, Dios mío, dignate a mostrarte a mí. Dame una señal que yo pueda mostrar a mi pueblo! ¿Cómo

podemos saber que somos los elegidos?”.

Y Yo acudí a Moisés, tal como ahora he acudido a ti, con una divina alianza –una eterna promesa–, un compromiso cierto y seguro. “¿Cómo puedo estar seguro?”, preguntaba Moisés quejumbrosamente. “Porque Yo te lo he dicho –le respondí. Tienes la palabra de Dios”.

Y la palabra de Dios no era un mandamiento, sino una alianza. Estos son, pues, los...

DIEZ COMPROMISOS

Vas a *reconocer* que has emprendido el camino hacia Dios, y vas a *reconocer* que has encontrado a Dios, porque se darán estas señales, estas indicaciones, estos *cambios* en ti:

1. Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma. Y no tendrás otro Dios que Yo. Dejarás de rendir culto al amor humano, o al éxito, al dinero o al poder, ni a ningún símbolo de estos. Apartarás de ti esas cosas como un niño abandona sus juguetes. No porque sean indignas, sino porque *se te habrán quedado pequeñas*.

Y *reconocerás* que has emprendido el camino hacia Dios porque:

2. No usarás el nombre de Dios en vano, ni me invocarás para frivolidades.

Comprenderás el *poder* de las palabras y de los pensamientos, y no *pensarás* en invocar el nombre de Dios de una manera impía. No utilizarás Mi nombre en vano porque *no puedes*, puesto que Mi nombre –el Gran “Yo Soy”– *nunca* es usado en vano (es decir, sin resultado), *ni se puede usar jamás en vano*. Y cuando hayas encontrado a Dios, *lo reconocerás*.

Y te daré también estas otras señales:

3. Te acordarás de reservarme un día, al que llamarás santo. Esto es para no quedarte mucho tiempo en tu ilusión, y así poder recordarte a ti mismo quién y qué eres. Y, luego, pronto llamarás a *cada* día Domingo, y a *cada* momento santo.

4. Honrarás a tu padre y a tu madre; y reconocerás que eres el Hijo de Dios cuando honres a tu Padre/Madre Dios en todo lo que digas, hagas o pienses. Y en la medida en que honres a tu Padre/Madre Dios, y a tu Padre y a tu Madre en la Tierra (pues ellos te han dado *vida*), así también honrarás *a todo el mundo*.

5. *Reconoces* que has encontrado a Dios cuando observas que no asesinarías (es decir, que no matarías deliberadamente y sin causa), pues, aunque sepas que en ningún caso puedes *acabar* con otra vida (toda vida es eterna), no querrás poner fin a ninguna encarnación concreta, ni cambiar ninguna energía vital de una forma a otra, sin la más sagrada justificación. Tu nuevo respeto por la vida hará que respetes *todas* las formas de vida –incluyendo las plantas y animales–, y solo las alterarás si es en aras de un bien mayor.

Y también te enviaré estas otras señales, para que sepas que te hallas en el camino:

6. No mancharás la pureza del amor con la deshonestidad y el engaño, puesto eso es adulterio. Te prometo que cuando hayas encontrado a Dios, *no incurrirás en este adulterio*.

7. No tomarás lo que no sea tuyo, ni cometerás fraude ni estafa, ni harás daño a otro para poseer algo, puesto que eso sería robar. Te prometo que, cuando hayas encontrado a Dios, no robarás.

Ni tampoco...

8. ...dirás algo que no sea verdad; y, por tanto, no levantarás falso testimonio.

Ni tampoco...

9. ...codiciarás a la esposa de tu prójimo; ya que, ¿por qué ibas a querer a la esposa de tu *prójimo*, si sabes que *todas las demás* son tu “esposa”?

Ni tampoco...

10. ...codiciarás los bienes de tu prójimo; ya que, ¿por qué ibas a querer los bienes de

tu *prójimo*, si sabes que *todos* los bienes pueden ser tuyos, y que todos tus bienes le pertenecen al mundo?

Sabrás que has encontrado el camino hacia Dios cuando veas estas señales, pues te prometo que nadie que busque sinceramente a Dios hará estas cosas durante mucho tiempo; sería imposible que continuara teniendo estas conductas.

Estas son vuestras *libertades*, no vuestras *restricciones*; estos son mis *compromisos*, no mis *mandamientos*; puesto que Dios no manda sobre lo que ha creado, sino que simplemente le dice a sus hijos: así es como reconoceréis que estáis viniendo a casa.

Moisés preguntaba sinceramente: “¿cómo puedo saberlo? Dame una señal”. Formulaba la misma pregunta que tú planteas ahora. La misma cuestión que plantea todo el mundo, en cualquier lugar, desde el principio de los tiempos. Mi respuesta es igualmente eterna. Pero nunca ha sido, y nunca será, un mandamiento. ¿A quién iba a mandar? ¿Y a quién iba a castigar si mis mandamientos no se cumplían?

Solo a Mí mismo.

Entonces, no tengo que cumplir los Diez Mandamientos para ir al cielo...

No existe ese “ir al cielo” ni nada semejante. Solo existe un reconocimiento de que ya estás allí. Solo es aceptación, comprensión, y no un trabajo o un esfuerzo para merecerlo.

No puedes ir a un sitio si ya estás en él. Para hacerlo, tendrías que abandonar el sitio donde estás, y eso frustraría todo el propósito del viaje.

La ironía es que la mayoría de las personas cree que deben abandonar el sitio donde están para alcanzar el lugar adonde quieren ir. Así, abandonan el cielo con el fin de alcanzar el cielo, cosa que hacen pasando por el infierno.

La iluminación consiste en entender que no hay ningún sitio adonde haya que ir, nada que se tenga que hacer, ni nada que se tenga que ser, excepto precisamente quien uno está siendo en este momento.

Estáis de viaje a ninguna parte.

El cielo –como lo llamáis– no está en ninguna parte. El cielo está aquí, y ahora.

¡Todo el mundo dice lo mismo! ¡Al final me volveré loco! Si “el cielo está aquí y ahora”, ¿cómo es que no lo veo? ¿Por qué no lo percibo? ¿Y por qué el mundo es así de desastroso?

Entiendo tu frustración. Es casi tan frustrante tratar de entender todo esto como tratar de *hacer* que alguien lo entienda.

¡Eh! ¡Espera un momento! ¿Intentas decirme que Dios puede sentir frustración?

¿Quién crees que *inventó* la frustración? ¿Imaginas acaso que vosotros podéis experimentar algo que Yo no pueda?

Te lo aseguro: cualquier experiencia que vosotros tengáis, Yo la tengo. ¿No ves que me estoy experimentando a Mí mismo *a través* de vosotros? ¿Para qué otra cosa crees que es todo esto?

De no ser por vosotros, Yo no podría conocerme a Mí mismo. Yo os *creé* de modo que pudiera conocer Quién Soy.

Ahora bien, no quisiera destruir *todas* vuestras ilusiones sobre Mí de golpe; así, te diré que en mi forma más sublime, lo que vosotros llamáis “Dios”, no experimento

frustración.

¡Vaya! ¡Eso está mejor! Por un momento, me habías asustado.

Pero no es por que no pueda, sino sencillamente porque no quiero. Por cierto que tú podrías tomar la misma decisión.

Bueno, frustrado o no, aún me pregunto cómo puede ser que el cielo esté aquí, y yo no lo experimente.

No puedes experimentar lo que no sabes. Y no sabes que estás en el “cielo” aquí y ahora porque no lo has experimentado. Y es que para ti es un círculo vicioso. No puedes – todavía no has encontrado la manera de– experimentar lo que no sabes, y no puedes saber lo que no has experimentado.

Lo que te invita a hacer la iluminación es a saber algo que no has experimentado y, así, a experimentarlo. El conocimiento abre la puerta a la experiencia, y tú crees que es al revés.

En realidad, sabes muchas más cosas de las que has experimentado. Pero simplemente no sabes que las conoces.

Por ejemplo, sabes que hay un Dios. Pero puede que no sepas que lo sabes, y, de este modo, *te quedas esperando* la experiencia. Y constantemente *la estás teniendo*. Pero la estás teniendo sin saberlo, que es como no tenerla en absoluto.

¡Chico, estamos moviéndonos en círculo!

Efectivamente. Tal vez, en lugar de movernos en círculo, deberíamos ser el propio círculo. Y no sería un círculo vicioso, sino un círculo sublime.

¿La renuncia forma parte de la auténtica vida espiritual?

Sí, puesto que al final todo Espíritu renuncia a lo que no es real, y nada de lo que alcanzas en la vida es real, salvo tu conversación conmigo. *Sin embargo, no se requiere una renuncia en el sentido clásico de negación de sí mismo.*

Un auténtico Maestro no se “priva” de nada. Un auténtico Maestro simplemente prescinde de ello, como haría con cualquier cosa que hubiera dejado de tener utilidad para él.

Hay quienes dicen que debes vencer tus deseos. Yo te digo simplemente que los cambies. Lo primero supone una rigurosa disciplina; lo segundo, un divertido ejercicio.

Hay quienes dicen que, para conocer a Dios, debes superar todas las pasiones terrenales. Sin embargo, es suficiente con entenderlas y aceptarlas. *Aquello a lo que te resistas, persistirá; aquello que mires, desaparecerá.*

Quienes procuran tan insistentemente superar todas las pasiones terrenales, a menudo ponen en ello más empeño del que uno podría imaginar, con lo cual eso mismo se convierte en su pasión. Tienen una “pasión por Dios”; pasión por conocerlo. Pero una pasión siempre es una pasión, y cambiar una por otra no sirve para que desaparezca.

Por tanto, no juzgues aquello con lo que te sientes apasionado. Simplemente obsérvalo, y luego mira a ver si te sirve en función de quién y qué deseas ser.

Recuerda que estás constantemente en el acto de crearte a ti mismo. En cada

momento estás decidiendo quién y qué quieres ser. Y en gran parte lo estás decidiendo a través de las elecciones que haces con respecto a lo que te apasiona –ya sean cosas, situaciones o personas.

Con frecuencia, una persona de la que dirías que sigue un camino espiritual *parece como* si hubiera renunciado a toda pasión terrenal, a todo deseo humano. Lo que ha hecho es entenderlo, ver la ilusión, y prescindir de las pasiones que no le sirven; pero amando siempre la ilusión que le ha llevado hasta allí: la posibilidad de ser plenamente feliz.

La pasión es el gusto de transformar el ser en acción. Alimenta con combustible al motor de la creación. Intercambia conceptos por experiencia.

La pasión es el fuego que nos lleva a expresar quienes realmente somos. Nunca niegues la pasión, pues eso equivale a negar Quien Tú Eres y Quien Realmente Quieres Ser.

El renunciante nunca niega la pasión –simplemente se niega a apegarse a los resultados. La pasión es amor por el hacer. El hacer es el *ser*, experimentado. No obstante, ¿qué es lo que a menudo se crea como parte del hacer?: las *expectativas*.

Vivir tu vida sin *expectativas* –sin la necesidad de obtener unos resultados determinados: eso es la libertad. Eso es la santidad. Así es como Yo vivo.

¿Tú te preocupas por los resultados?

En absoluto. Mi alegría reside en la creación, no en sus consecuencias. La renuncia *no* es una decisión de negar la acción; es una decisión de negar la necesidad de obtener un determinado *resultado*. Hay una gran diferencia.

¿Podrías explicarme lo que quieres decir cuando afirmas: “la pasión es amor convertido en acción”?

El ser es el más elevado estado de la existencia, su esencia más pura. Es el aspecto de Dios como “ahora y no ahora”, “todo y no todo”, “siempre y nunca”.

El ser puro es la más pura divinidad, siendo Dios.

Sin embargo, nunca ha sido suficiente para nosotros simplemente *ser*. Siempre hemos anhelado *experimentar* Quienes Somos, y eso requiere de un aspecto totalmente distinto de la divinidad: hacer.

Digamos que vosotros sois, en el núcleo de vuestro maravilloso Yo, ese aspecto de la divinidad llamado “amor”. (Por cierto: esa es la Verdad acerca de vosotros.)

Ahora bien: una cosa es ser amor, y otra muy distinta *hacer algo amoroso*. *El alma anhela hacer algo con lo que es, a fin de poder conocerse a sí misma en su propia experiencia. Así que tratará de realizar su más elevada idea por medio de la acción.*

Este impulso a hacer esto es lo que se llama “pasión”. Mata la pasión, y matarás a Dios. La pasión es Dios que quiere decir “hola”.

Pero es que, una vez que Dios (o Dios-en-vosotros) hace ese acto amoroso, Dios ya se ha realizado a Sí Mismo, se ha constatado, y no necesita nada más.

El hombre, por su parte, a menudo siente que necesita que se le *devuelva algo a cambio de lo que ha invertido*. Si vamos a amar a alguien, está bien, pero mejor si también somos amados... y cosas por el estilo.

Eso no es pasión. Eso son *expectativas*.

Esta es la principal fuente de la infelicidad humana. Esto es lo que separa al hombre de Dios.

El renunciante aspira a poner fin a dicha separación por medio de la experiencia que algunos místicos orientales han llamado *samadhi*. Es decir, la unicidad y unión con Dios;

una fusión con y en la divinidad.

El renunciante, por tanto, *renuncia a los resultados*; pero nunca, *jamás*, renuncia a la pasión. En realidad, el Maestro sabe intuitivamente que la pasión es el camino, es la vía de la Auto-realización –de la realización y la constatación del Yo, del Ser.

Incluso en una perspectiva terrenal se puede afirmar con bastante exactitud que, si uno no siente pasión por nada, no tiene vida en absoluto.

Antes has dicho: “Aquello a lo que te resistas, persistirá; aquello que mires, desaparecerá”. ¿Puedes explicármelo?

No puedes resistirte a algo si no le das realidad. El acto de resistirse a una cosa es el acto de otorgarle vida. Cuando te resistes a una energía, reconoces que está ahí. Cuanto más te resistas a algo, más real lo harás –*sea lo que sea* aquello a lo que te resistas.

Aquello ante lo que abres los ojos para contemplarlo, desaparece; es decir, *dejará de tener su forma ilusoria*.

Si miras algo –si realmente lo *miras*–, verás *a su través*, y, atravesando cualquier ilusión que te muestre, ante tu visión solo aparecerá la realidad última. Frente a la realidad última, tu insignificante ilusión no tiene ningún poder. No puede seguir manteniendo su poder debilitador sobre ti. Verás su *verdad*, y la verdad te hará libre.

Pero, ¿qué ocurre si no *quieres* que desaparezca lo que estás mirando?

¡*Debes* quererlo siempre! No hay nada que conservar en vuestra realidad. Pero cuando *sí* *escojas* la ilusión de tu vida antes que la realidad última, puedes simplemente *recrearla* –tal como la creaste en un principio. De este modo, puedes tener en tu vida aquello que *elijas tener*, y puedes eliminar de tu vida lo que ya no desees experimentar.

Pero nunca te resistas *a nada*. Si piensas que por medio de tu resistencia lo eliminarás, piensa otra vez. Lo único que harás es colocarla con más firmeza en su lugar. ¿No te he dicho ya que *todo pensamiento es creador*?

¿Incluso un pensamiento que diga que no quiero algo?

Si no lo quieres, ¿por qué piensas en ello? No le des una segunda oportunidad. Pero si *necesitas* pensar en ello –es decir, si no puedes *dejar* de pensar en ello–, entonces no te resistas. En vez de eso, contempla *directamente* lo que sea –*acepta* tu realidad como creación tuya– y luego elige conservarla o no, según desees.

¿De qué dependería esa decisión?

De Quién y Qué piensas que Eres. Y de Quién y Qué decides Ser.

De esto es de lo que depende *toda* decisión, cualquier decisión que hayas tomado en tu vida y puedas tomar *en el futuro*.

Entonces, una vida de renuncia, ¿es un camino equivocado?

No exactamente. El término “renuncia” tiene un significado equívoco. En realidad, no puedes *renunciar a nada*, pues aquello a lo que te resistas, *persistirá*. El auténtico renunciante no renuncia a nada; simplemente *escoge de forma distinta*. Se trata de un

movimiento hacia algo, no de apartarse de algo.

No puedes alejarte de algo, pues te perseguirá y volverá una y otra vez. Por tanto, no te resistas a la tentación; simplemente, apártate de ella. Acércate a Mí y apártate de cualquier cosa distinta de Mí.

Pero reconoce esto: no existen los caminos *equivocados*, puesto que en este viaje no puedes “no llegar” adonde estás yendo.

Es simplemente una cuestión de velocidad, sencillamente una cuestión de *cuándo* llegarás; pero también eso es una ilusión, ya que no existe el “cuándo”, como tampoco existen el “antes” o el “después”. Solo existe el ahora; un eterno momento del siempre, en el que te experimentas a ti mismo.

Entonces, ¿qué sentido tiene? Si no hay modo de *no* “llegar ahí”, ¿qué sentido tiene la vida? ¿Por qué deberíamos preocuparnos por nada de lo que hagamos?

Bueno, por supuesto, deber, no *debéis*; pero *haríais bien* estando atentos.

Simplemente, observad quiénes y qué sois, hacéis y tenéis, y mirad a ver si eso os sirve.

El sentido de la vida no es ir a un lugar; es darse cuenta de que ya estáis allí, y siempre habéis estado. Estáis, constantemente y para siempre, en el momento de la creación pura. El sentido de la vida es, pues, crear quiénes y qué sois, y luego experimentarlo.

6

¿Y qué ocurre con el sufrimiento? ¿Es el sufrimiento el camino hacia Dios? Algunos dicen que es el *único camino*...

A mí no me gusta el sufrimiento, y si alguien dice lo contrario es que no Me conoce. El sufrimiento es un aspecto innecesario de la experiencia humana. No solo es innecesario; es también insensato, desagradable y peligroso para tu salud.

Entonces, ¿por qué hay tanto sufrimiento? ¿Por qué Tú, si *eres* Dios, no le pones *fin*, ya que tanto te desagrada?

Ya le he puesto fin. Pero sencillamente os negáis a utilizar las herramientas que os he dado para hacerlo.

Y es que el sufrimiento no tiene nada que ver con los acontecimientos, sino con la reacción que se tiene ante ellos.

Lo que sucede es meramente lo que sucede. Pero lo que se piensa de ello es otra cuestión.

Yo os he dado las herramientas con las que responder y reaccionar ante los acontecimientos de modo que el dolor disminuya –de hecho, que *desaparezca*–, pero no las habéis utilizado.

Perdona, pero, ¿por qué no eliminas los *acontecimientos*?

Una buena pregunta. Desgraciadamente, Yo no los controlo en absoluto.

¿Qué *no los controlas* en absoluto?

Por supuesto que no. Los acontecimientos son sucesos en el tiempo y el espacio que vosotros producís por vuestra propia elección, y Yo nunca interferiré en vuestras decisiones. Hacerlo equivaldría a ignorar la propia razón de haberos creado. Pero todo esto ya lo he explicado antes.

Algunos acontecimientos los producís intencionadamente, y otros los atraéis más o menos inconscientemente. Algunos de ellos los atribuí al “destino” –los grandes desastres naturales se hallan entre los que incluí en esta categoría.

Sin embargo, el “destino” no es más que el conjunto de todos los pensamientos; en otras palabras, la consciencia del planeta.

La “consciencia colectiva”...

Precisamente. Eso es.

Hay quienes dicen que el mundo tiene los días contados. Nuestra ecología está agonizando. Nuestro planeta se encamina hacia un gran desastre geofísico: terremotos; volcanes; quizás incluso un cambio en la inclinación del eje terrestre. Y hay otros que afirman que la consciencia colectiva puede cambiar todo eso, y que podemos salvar a la Tierra con nuestros pensamientos...

... con los pensamientos convertidos en acción. Si un número suficiente de personas cree que se debe hacer algo en auxilio del medio ambiente, salvaréis la Tierra. Pero debéis apresuraros, pues se ha hecho ya mucho daño y durante mucho tiempo. Y se requerirá un gran cambio de actitud.

¿Quieres decir que, si no lo hacemos, veremos cómo la Tierra es destruida, junto con sus habitantes?

Yo he hecho las leyes del universo físico lo bastante claras como para que cualquiera pueda entenderlas. Hay leyes de causa y efecto que vuestros científicos, vuestros físicos, y, a través de ellos, vuestros líderes mundiales, tienen lo suficientemente claras. No es necesario esbozar aquí dichas leyes una vez más.

Volvamos al sufrimiento. ¿De dónde hemos sacado la idea de que el sufrimiento es *bueno*, de que el santo “sufre en silencio”?

El santo, en efecto, “sufre en silencio”, pero eso no significa que el sufrimiento sea bueno. Los aprendices de Maestro sufren en silencio porque entienden que el sufrimiento no forma parte de los métodos de Dios, no es la manera de Dios, sino más bien un signo certero de que todavía les queda algo que *aprender* de esos métodos, algo que recordar en su camino.

El auténtico Maestro no sufre en silencio en absoluto, sino solo parece estar sufriendo sin quejarse. La razón de que el auténtico Maestro no se queje es que *no está sufriendo*, sino simplemente experimentando una serie de circunstancias que *vosotros* tildaríais de insoportables.

Un Maestro practicante no habla de sufrimiento, sencillamente porque *entiende claramente el poder de la Palabra*; por tanto, simplemente decide *no decir ni una palabra sobre ello*.

Hacemos real aquello a lo que prestamos atención, y el Maestro lo sabe. El Maestro se coloca a sí mismo en un lugar donde puede escoger *a voluntad* si otorgará o no otorgará realidad a algo.

Todos vosotros lo habéis hecho de vez en cuando. No hay nadie que no haya hecho desaparecer un dolor de cabeza, o al que una visita al dentista le haya resultado menos dolorosa, *gracias a una decisión que tomó al respecto*.

Un Maestro simplemente toma la misma decisión sobre asuntos más amplios.

Pero, ¿por qué sufrimos? ¿Por qué tenemos siquiera la posibilidad de sufrir?

No podéis conocer, ni llegar a ser, aquello que sois, en ausencia de aquello que no sois, tal y como ya te he explicado.

Sigo sin entender por qué tenemos la idea de que el sufrimiento es bueno.

Es de sabios insistir en esta pregunta. La sabiduría original en torno a la cuestión de sufrir en silencio se ha pervertido de tal modo, que actualmente muchos creen (y varias religiones realmente *enseñan*) que el sufrimiento es bueno y la alegría mala. Por tanto, habéis decidido que si alguien tiene cáncer y no se lo dice a nadie, es un santo; y en cambio, si alguien posee una sexualidad vigorosa (por elegir un tema explosivo) y lo celebra

abiertamente, es una pecadora.

¡Chico, realmente has elegido un tema explosivo! Además, has cambiado hábilmente el pronombre de masculino a femenino. ¿Con qué idea lo has hecho?

Con la de mostrarte tus prejuicios. No te gusta pensar en mujeres *con* una sexualidad vigorosa, y mucho menos en que lo celebren abiertamente.

Preferiríais ver a un hombre agonizando sin un gemido en el campo de batalla que a una mujer haciendo el amor con muchos gemidos en la calle.

¿Tú no?

Yo no tengo ningún juicio respecto a lo uno o a lo otro. Pero vosotros tenéis toda una serie de juicios; y me gustaría sugerirte que son vuestros juicios los que impiden vuestra alegría, y vuestras expectativas las que os hacen infelices.

Todo esto a la vez es lo que provoca vuestro mal-estar, y, en consecuencia, lo que da origen a vuestro sufrimiento.

¿Cómo sé que lo que dices es cierto? ¿Cómo sé siquiera que es Dios quien me habla, y no mi propia imaginación hiperactiva?

Eso ya lo has preguntado antes. Y mi respuesta es la misma. ¿Qué diferencia hay? Aunque todo lo que te he dicho fuera “equivocado”, estuviera “mal”, ¿se te ocurre un modo mejor de vivir?

No.

¡Entonces, lo “equivocado” es *correcto*, y lo “correcto” está *equivocado*, está *mal*!

No obstante, para ayudarte en tu dilema, déjame que te diga algo: no te creas *nada* de lo que te digo. Simplemente, *vívelo, experimentalo*. Luego vive cualquier otro paradigma que quieras construir. Después, ten en cuenta tu *experiencia* a la hora de encontrar tu verdad.

Un día, si tienes mucho valor, experimentarás un mundo en el que hacer el amor *será* considerado mejor que hacer la guerra. Y ese día te regocijarás.

7

¡La vida causa tanto espanto!, ¡y es tan confusa! Quisiera que las cosas fueran más claras.

La vida no tiene nada de espantoso si no te preocupas por los resultados.

Quieres decir, si no deseas nada...

Exacto. Elige, pero no desees.

Eso resulta muy fácil para aquellas personas que no tienen a nadie que dependa de ellas. Pero, ¿qué pasa si se tiene esposa e hijos?

El camino del cabeza de familia siempre ha sido un camino muy estimulante; quizás *el* más estimulante. Como tú dices, resulta muy fácil “no desear nada” cuando solo te has de preocupar por ti mismo. Cuando tienes a otras personas a las que quieres, es natural desear solo lo mejor para ellas.

Resulta doloroso no poder darles todo lo que quisieras que tuvieran: un hogar agradable, ropa decente, comida suficiente... Me siento como si hubiera estado luchando durante veinte años solo para vivir siempre haciendo equilibrios, y al final, para nada.

¿Te refieres a la riqueza material?

Me refiero a algunas de las cosas básicas que un hombre querría dar a sus hijos. Me refiero a algunas de las cosas sencillas que un hombre querría poder dar a su mujer.

Ya veo. Consideras que tu tarea en la vida es proporcionarles todas esas cosas. ¿Imaginas que es eso en lo que consiste tu vida?

No estoy seguro de haberlo planteado así. No es que mi vida *consista* en eso, pero ciertamente estaría bien que, al menos, eso fuera un *subproducto*.

Bien. Entonces, volvamos a ello. ¿En qué crees que *sí* consiste tu vida?

Esa es una buena pregunta. A lo largo de los años he tenido distintas respuestas a ella.

¿Cuál es tu respuesta en este momento?

Me parece que tengo dos respuestas a la pregunta: la que me *gustaría* tener, y la respuesta que estoy considerando.

¿Cuál es la que te *gustaría* tener?

Me gustaría creer que mi vida consiste en la evolución de mi alma. Me gustaría creer que mi vida consiste en expresar y experimentar la parte de mí que más amo; la parte de mí que es compasión y paciencia, entrega y ayuda; la parte de mí que es conocimiento y sabiduría, perdón y... amor.

¡Suenan como si hubieras estado leyendo este libro!

Sí, y, desde luego, es un libro maravilloso a nivel esotérico; pero estoy tratando de comprender cómo “practicarlo”. La respuesta a tu pregunta acerca de en qué creo que realmente consiste mi vida es que consiste en sobrevivir día a día.

¡Ah! ¿Y crees que una cosa excluye la otra? Veamos... ¿Crees que lo esotérico excluye la supervivencia?

La verdad es que me gustaría hacer algo más que sobrevivir. He estado *sobreviviendo* todos estos años; y considero que todavía lo estoy. Pero quisiera que la *lucha* por la vida terminara. Considero que ir tirando día a día es también una lucha. Quisiera hacer algo más que sobrevivir. Quisiera *prosperar*.

¿Y a qué llamarías “prosperar”?

A tener lo suficiente como para no tener que preocuparme sobre cómo voy a conseguir mi próximo ingreso; a que no me suponga una tensión y un esfuerzo el simple hecho de pagar el alquiler o la factura del teléfono. Quiero decir, y lamento ser tan trivial, que aquí estamos hablando de la *vida real*, y no del romántico cuadro de la vida que estás pintando aquí, al estilo de los cuentos de hadas.

¿Podría ser que esté notando un cierto enfado?

No tanto enfado como frustración. He estado en el juego espiritual durante más de 20 años, y mira lo que he conseguido: ¡un cheque del asilo de pobres! Acabo de perder mi trabajo, y parece que el flujo de dinero en efectivo ha cesado *de nuevo*. Estoy realmente cansado de luchar. Tengo 49 años, y me gustaría tener algo de *seguridad* en la vida para *poder* dedicar más tiempo a “la esencia de Dios”, a la “evolución” del alma, etc. Ahí es donde está mi corazón, pero no es adonde mi vida me permite dirigirme...

Bueno, te has expresado aquí de forma muy auténtica, y además sospecho que al compartir esa experiencia estás hablando en nombre de toda una serie de personas.

Voy a responder a tu verdad frase por frase, de modo que podamos rastrear con facilidad la respuesta y examinarla detalladamente.

Tú no has estado en “el juego espiritual” durante 20 años, sino que apenas has estado rozando sus orillas. (Por cierto, esto no es un reproche, sino únicamente la afirmación de una verdad.) Te concederé que durante dos décadas has estado *contemplándolo*; *coqueteando* con él; *experimentándolo* de vez en cuando... pero Yo no he percibido tu auténtico –tu más auténtico– *compromiso* en el juego hasta hace muy poco.

Que quede claro que “*estar en el juego espiritual*” significa *dedicar toda tu mente, todo tu cuerpo, toda tu alma, al proceso de crearte a Ti Mismo a imagen y semejanza de Dios*.

Este es el proceso de Auto-realización sobre el que han escrito los místicos orientales. Y es el proceso de salvación que ha ocupado muchas páginas en la teología occidental.

Se trata de un acto de suprema consciencia realizado día a día, hora a hora, momento a momento. Es una elección, y una re-elección, a cada instante. Es una creación continua, una creación *consciente*; una creación con un *propósito*. Se trata de utilizar las herramientas

de la creación de las que hemos hablado, y de utilizarlas con discernimiento y una sublime intención.

Eso es “participar en el juego espiritual”. Entonces, ¿cuánto tiempo llevas dedicado a ello?

Ni siquiera he empezado.

Tampoco te vayas de un extremo al otro, y no seas tan duro contigo mismo. Tú sí que *has estado* dedicado a este proceso, y en realidad estás más metido en él de lo que piensas. Pero no has estado durante 20 años, ni nada parecido. Sin embargo, lo cierto es que no es importante cuánto tiempo lleves. ¿Lo estás *ahora*? Esto es todo lo que importa.

Vayamos a tu afirmación. Dices que “mire lo que has conseguido”, y te describes a ti mismo a punto de ir a parar al “asilo de pobres”. Pero te miro, y lo que veo es otra cosa muy distinta. ¡Veo a una persona que está a punto de ir a parar a una espléndida casa! Crees que estás a una factura de distancia del olvido, y Yo veo que estás a una factura del Nirvana. Aunque, por supuesto, todo depende en gran medida de cuál creas que es tu “paga”, y a qué fin encamines tu labor.

Si el objetivo de tu vida es adquirir lo que tú llamas “seguridad”, veo y entiendo por qué sientes que estás “a una factura del asilo de pobres”. Sin embargo, incluso esta afirmación está sujeta a rectificación, puesto que con Mi “paga” *todo* lo bueno vendrá a ti – incluyendo la experiencia de sentir seguridad en el mundo.

Mi “paga” –el pago que obtienes cuando “trabajas para” Mí– proporciona mucho más que bienestar espiritual. También puedes obtener bienestar *físico*. Pero lo irónico del asunto es que, una vez que experimentas la clase de bienestar espiritual que Mi pago proporciona, te das cuenta de que lo último que te preocupa es el bienestar físico.

Incluso el bienestar físico de los miembros de tu familia deja de preocuparte, ya que, una vez que alcanzas un determinado nivel de consciencia de Dios, entiendes que no eres responsable de ninguna otra alma humana, y que, si bien es digno de encomio querer que todas las almas gocen de bienestar, cada una de ellas debe elegir –*está eligiendo*– su propio destino en cada momento.

Es obvio que maltratar o destruir deliberadamente a otra persona no es precisamente la acción más elevada. Es obvio que resulta igualmente inapropiado descuidar las necesidades de quienes has hecho que dependen de ti.

Tu tarea consiste en hacer que sean *independientes*; en enseñarles –del modo más rápido y completo posible– *cómo arreglárselas sin ti*. No eres una bendición para ellos mientras te necesiten para sobrevivir, sino solo, y realmente, en el momento en que se den cuenta de que no te necesitan.

En el mismo sentido, el momento más importante para Dios será aquel en que os deis cuenta de que *no necesitáis a ningún Dios*.

Sí, ya lo sé... esta es la antítesis de todo lo que siempre os han enseñado. Pero vuestros maestros os han hablado de un Dios colérico y envidioso, de un Dios que necesita que le necesiten. Y eso no es un Dios en absoluto, sino un neurótico sustituto de lo que sería una deidad.

Un auténtico Maestro no es aquel que tiene más discípulos, sino aquel que crea más Maestros.

Un auténtico líder no es aquel que cuenta con más seguidores, sino aquel que crea más líderes.

Un auténtico rey no es aquel que tiene más súbditos, sino aquel que hace que la

mayoría de ellos accedan a la realeza.

Un auténtico profesor no es aquel que posee más conocimiento, sino aquel que logra que la mayoría de sus semejantes alcancen el conocimiento.

Y un auténtico Dios no es Aquel que cuenta con el mayor número de siervos, sino el que sirve al mayor número posible de ellos, convirtiéndoles así, en Dioses.

Pues este es el propósito y la gloria de Dios: que sus súbditos dejen de serlo, y que todos reconozcan a Dios no como lo inalcanzable, sino como lo inevitable.

Quisiera que entendieras esto: vuestro destino feliz es *inevitable*. No podéis *no* ser “salvados”. El único infierno que hay consiste en ignorar esto.

Así pues, con vuestros padres, esposas y personas queridas, debéis tratar de no hacer de vuestro amor un pegamento que adhiera, sino más bien un imán que primero atrae, pero que luego se gira y repele, para que aquellos a quienes atrae no empiecen a creer que necesitan estar pegados a vosotros para sobrevivir. Nada puede estar más lejos de la verdad. Nada puede resultar más perjudicial para los demás.

Deja que tu amor *impulse* a tus seres queridos hacia el mundo, y hacia una experiencia plena de quiénes son. Si haces esto, habrás amado verdaderamente.

Ser un cabeza de familia supone un gran reto. Hay muchas distracciones, muchas preocupaciones mundanas, y ninguna de ellas perturba a un asceta. A este le llevan su pan y su agua, le dan la humilde estera en la que acostarse, y puede dedicar todas sus horas al rezo, a la meditación y a la contemplación de lo divino. ¡Qué fácil resulta contemplar lo divino en estas circunstancias! ¡Qué tarea tan sencilla! ¡Ah, pero dale esposa e hijos! Contempla lo divino en un bebé al que hay que cambiar a las 3 de la madrugada. Contempla lo divino en una factura que hay que pagar a primeros de mes. Reconoce la mano de Dios en la enfermedad que contrae la esposa, en el trabajo que acabas de perder, en la fiebre de tu hijo, en el dolor de tus padres. Ahora es cuando hablamos de santidad.

Entiendo tu fatiga. Sé que estás cansado de luchar. Pero te aseguro una cosa: cuando Me sigues a Mí, la lucha desaparece. Vive en tu espacio divino, y todos y cada uno de los acontecimientos serán bendiciones.

¿Cómo puedo conseguir mi espacio divino cuando acabo de perder mi trabajo, hay que pagar el alquiler, los chicos necesitan ir al dentista, y permanecer en mi elevado y filosófico espacio parece el modo menos adecuado de resolver todo esto?

No me abandones cuando más Me necesitas. Esta es la hora de tu mayor prueba. Este es el momento de tu mayor oportunidad. Se trata de la oportunidad de demostrarte a ti mismo lo que aquí se ha escrito.

Cuando te digo “no me abandones”, parezco ese Dios necesitado y neurótico del que hemos hablado. Pero no lo soy. Puedes “abandonarme” si quieres. No me importa, y no cambiará nada entre nosotros. Simplemente te lo digo como una respuesta a tus preguntas. Cuando las cosas se ponen mal es cuando más a menudo olvidáis *Quiénes Sois* y las *herramientas* que os he dado para que creáis la vida que elegiríais.

Ahora es, más que nunca, el momento de entrar en tu espacio divino. En primer lugar, te proporcionará una gran paz de espíritu, y de un espíritu sosegado surgen grandes ideas, y dichas ideas pueden convertirse en soluciones para los mayores problemas que te imagines que tienes.

En segundo lugar, tu espacio divino es el lugar donde te Auto-realizas, y ese es el propósito –el *único* propósito– de tu alma.

Cuando te hallas en tu espacio divino, sabes y comprendes que todo lo que estás

experimentando en ese momento es transitorio. Te aseguro que el Cielo y la Tierra pasarán, pero *tú* no pasarás. Esta perspectiva eterna te ayuda a ver las cosas en su verdadera dimensión.

Puedes definir las condiciones y circunstancias presentes como lo que realmente son: transitorias y temporales. De este modo puedes utilizarlas como herramientas –puesto que de eso se trata: de herramientas transitorias y temporales– en la creación de la experiencia presente.

Simplemente, ¿quién piensas realmente que eres? En relación a la experiencia llamada “perder el trabajo”, ¿quién piensas que eres? Y, lo que quizás viene más al caso, ¿quién piensas que soy Yo? ¿Imaginas acaso que se trata de un problema demasiado grande como para que Yo pueda resolverlo? ¿Para salir de este aprieto se requiere de un milagro demasiado grande como para que Yo pueda realizarlo? Entiendo que puedas pensar que es demasiado grande como para que tú puedas realizarlo, incluso con todas las herramientas que te he dado; ¿pero realmente piensas que lo es para Mí?

Intelectualmente sé que no es una tarea demasiado grande para Dios. Pero emocionalmente supongo que no puedo estar seguro, y la cuestión no sería tanto la de si *puedes*, como la de si en realidad *quieres*.

Ya veo. Entonces es una cuestión de fe.

Sí.

No pones en cuestión Mi capacidad de hacerlo; simplemente dudas de Mi deseo.

Ves, todavía me identifico con esa teología que afirma que en alguna parte puede haber una lección para mí. Pero no estoy seguro todavía de que *me toque* tener la solución. Tal vez de lo que sí estoy seguro es de que *me toca* tener el problema. Quizás se trata de una de esas “pruebas” de las que mi teología me sigue hablando. Así que estoy preocupado de que este problema pueda *no* ser resuelto; me preocupa que sea uno de esos problemas con los que Tú me vas a dejar aquí colgado...

Quizás este sea un buen momento para revisar una vez más el modo en que interactuamos tú y Yo, ya que tú crees que se trata de Mi deseo, y Yo te estoy diciendo que se trata del *tuyo*.

Yo *quiero* para ti lo que tú quieras para ti –nada más y nada menos. Yo no me siento aquí en mi trono para juzgar, petición tras petición, si debo conceder algo o no.

Mi ley es la ley de causa y efecto, no la del “ya veremos”. No hay *nada* que no puedas tener si decides tenerlo. Te lo habré dado incluso antes de que me lo pidas. ¿Lo crees?

No. Lo siento. He visto demasiadas oraciones sin respuesta.

No lo sientas. Quédate siempre con la verdad, la verdad de tu experiencia. Lo entiendo. Lo respeto. Y me parece bien.

De acuerdo, ya que no creo que yo vaya a obtener cualquier cosa que pida. Mi vida no ha constituido precisamente un testimonio que atestigüe en ese sentido. En realidad, raramente obtengo lo que pido. Y cuando lo obtengo, me considero un maldito afortunado.

He aquí una interesante combinación de palabras. Al parecer tienes dos opciones. En tu vida puedes ser o bien “un maldito afortunado”, o bien “un bendito afortunado”. Yo preferiría que fueras un bendito afortunado; pero, por supuesto, nunca interferiré en tus decisiones.

Te lo aseguro: tú *siempre* obtienes lo que creas, y siempre *estás creando*.

Yo no juzgo las creaciones que tú haces aparecer; simplemente te capacito para que hagas aparecer más, y más, y más... Si no te gusta lo que acabas de crear, elige de nuevo. Mi tarea, como Dios, consiste en *darte siempre esa oportunidad*.

Ahora me dices que no siempre has obtenido lo que querías. Pero te diré que siempre has obtenido lo que has convocado.

Tu vida es siempre el resultado de tus pensamientos acerca de ella, incluyendo tu pensamiento –obviamente creador– de que rara vez obtienes lo que quieres.

Ahora, en este caso concreto, te ves a ti mismo como víctima de la situación al haber perdido tu trabajo. Pero lo cierto es que ya no querías ese trabajo. Dejaste de levantarte por la mañana con esperanza, y empezaste a levantarte con miedo. Dejaste de estar contento con tu trabajo y empezaste a sentir resentimiento. Incluso empezaste a fantasear con la idea de *hacer algo diferente*.

¿Crees que todo eso no significa nada? No comprendes bien tu poder. Te lo aseguro: *Tu Vida se origina y se desarrolla a partir de tus intenciones para con ella.*

Entonces, ¿cuál es tu intención ahora? ¿Tienes la intención de demostrar tu teoría de que la vida rara vez te da lo que quieres? ¿O de demostrar Quién Eres Realmente y Quién Soy Yo?

Me siento desazonado, castigado, desconcertado.

¿Y de qué te sirve? ¿Por qué no reconoces simplemente la verdad cuando la escuchas, y te diriges hacia ella? No hay ninguna necesidad de que te recrimines a ti mismo. Sencillamente observa lo que has estado eligiendo, y elige de nuevo.

Pero, ¿por qué siempre estoy tan predispuesto a escoger lo negativo, y luego a recriminarme a mí mismo por ello?

¿Y qué otra cosa podías esperar? Desde tus primeros años te han dicho que eres “malo”. Aceptaste que habías nacido en “pecado”. Sentirse culpable es una *respuesta aprendida*. Te han dicho que te tienes que sentir culpable por cosas que hiciste, antes siquiera de que pudieras hacer nada. Te han enseñado a avergonzarte de no haber nacido perfecto.

Este supuesto estado de imperfección en el que decís que habéis venido a este mundo es lo que vuestros teóricos religiosos tienen el descaro de llamar “pecado original”. Y sí, es un pecado original; pero no vuestro. Es el primer pecado perpetrado sobre vosotros por un mundo que no sabe nada de Dios desde el momento en que piensa que Dios *querría –o podría– crear algo imperfecto*.

Algunas de vuestras religiones han elaborado auténticas teologías en torno a esta equivocación. Pues eso es lo que es: literalmente una *equivocación, un concepto erróneo, puesto que todo aquello que concibo –y todo aquello a lo que doy vida– es perfecto, un perfecto reflejo de la propia perfección, hecho a imagen y semejanza de Mí*.

Sin embargo, con el fin de justificar la idea de un Dios punitivo, vuestras religiones

necesitan crear algo por lo que Yo tengo que estar enfadado. Así, incluso aquellas personas que llevan una vida ejemplar necesitan ser salvadas de algún modo. Si no necesitan ser salvadas de sí mismas, entonces necesitan ser salvadas de su propia *imperfección innata*. Entonces –afirman tales religiones–, es mejor que hagáis algo al respecto, y rápido, o iréis directamente al infierno.

Y todo eso que hay que hacer, al final no puede hacer nada para conseguir aplacar a un Dios extraño, colérico y vengativo, pero sí que da origen a unas *religiones* extrañas, coléricas y vengativas. Y así es como las religiones se perpetúan a sí mismas. Y así es como el poder sigue estando concentrado en manos de unos pocos, en vez de ser una experiencia al alcance de muchos.

Por supuesto, constantemente elegís el pensamiento menor, la idea más pequeña, el más minúsculo concepto de vosotros mismos y de vuestro poder, por no hablar del concepto de Mí y de Mi poder. Es lo que os han *enseñado*.

¡Dios mío!, ¿y cómo puedo contrarrestar esas enseñanzas?

Esa es una buena pregunta, ¡y se la has planteado a la persona adecuada!

Puedes contrarrestarlas leyendo y releendo este libro. Léelo una y otra vez. Hasta que entiendas cada párrafo. Hasta familiarizarte con cada palabra. Cuando puedas citar sus pasajes a otros, cuando puedas traer sus frases a tu mente en tus horas más oscuras, entonces, habrás “contrarrestado las enseñanzas”.

Pero hay todavía muchas cosas que quiero preguntarte; hay aún muchas cosas que quiero saber.

¡Claro! Empezaste con una lista de preguntas muy larga. ¿Volvemos a ella?

8

¿Cuándo aprenderé lo suficiente sobre las relaciones como para que las mías vayan sobre ruedas?
 ¿Hay alguna manera de *ser* feliz en las relaciones? ¿Acaso deben suponer una constante prueba?

No tienes nada que aprender sobre las relaciones. Solo tienes que mostrar lo que ya sabes. *Hay* una manera de ser feliz en las relaciones, y consiste en utilizarlas para el fin que les es propio, y no para el que tú les has designado.

Las relaciones son un desafío constante; te invitan constantemente a crear, a expresar y a experimentar las más elevadas facetas de ti mismo, las mayores visiones de ti mismo, las más magníficas *versiones* de ti mismo. En ninguna otra parte puedes hacer esto de un modo más inmediato, efectivo e inmaculado que en las relaciones. En realidad, si no fuera por ellas, *no podrías hacerlo en absoluto*.

Solo a través de tus relaciones con otras personas, lugares y acontecimientos puedes siquiera existir (como una cantidad cognoscible, como *algo* identificable) en el universo. Recuérdalo: en ausencia de algo *más*, tú *no* eres. Solo eres lo que eres en relación a otra cosa que no es. Así es en el mundo de lo relativo, a diferencia del mundo de lo absoluto, en el que Yo habito.

Cuando entiendes esto con claridad, cuando lo comprendes en profundidad, entonces bendices intuitivamente todas y cada una de tus experiencias, todo encuentro humano, y especialmente las relaciones personales humanas, pues las ves como algo constructivo en su más alto sentido. Ves que pueden utilizarse, que deben utilizarse, que se utilizan (lo quieras o no), para *construir* Quien Tú Realmente Eres.

Esa construcción puede ser una magnífica creación de tu propio designio consciente, o una configuración estrictamente casual. Puedes elegir ser una persona que sea producto simplemente de lo que haya acontecido, o de lo que tú hayas elegido *ser* y *hacer* en función de lo que haya acontecido. En esta segunda experiencia es como el Yo se constata y se hace real.

Bendice, por tanto, *toda* relación, y considera cada una de ellas como especial y constitutiva de Quien Tú Realmente Eres –y de quien ahora eliges ser.

Ahora bien, tu pregunta alude a las relaciones humanas individuales de tipo romántico, cosa que entiendo. De modo que permíteme referirme, específicamente y por extenso, a las relaciones amorosas humanas, ¡ese asunto que sigue teniéndote tan preocupado!

Cuando las relaciones amorosas humanas fracasan (en realidad, las relaciones nunca fracasan, excepto en el sentido estrictamente humano de que no producen el resultado que quieres), es porque se habían iniciado por una razón equivocada.

(Por supuesto, “equivocado” es un término relativo que significa algo opuesto a lo que es “correcto”, sea lo que sea. Resultaría más exacto decir, en vuestro lenguaje, que “las relaciones fracasan –cambian– más a menudo cuando se han iniciado por razones que no son totalmente beneficiosas o que no conducen a su supervivencia”.)

La mayoría de la gente inicia las relaciones con las miras puestas en lo que puede sacar de ellas.

El objetivo de una relación es decidir qué parte de ti mismo quisieras ver “mostrada”; no qué parte de la otra persona puedes capturar y conservar.

Solo puede haber un objetivo para las relaciones, y para toda la *vida*: ser y decidir Quiénes Sois Realmente.

Resulta muy romántico decir que tú no eras “nada” hasta que llegó esa otra persona tan especial; pero no es cierto. Y, lo que es peor, conlleva aplicar una increíble presión sobre esa persona, forzándole a ser toda una serie de cosas que no es.

Al no querer “desengañarte”, “decepcionarte”, ella trata con gran esfuerzo de ser y de hacer esas cosas, hasta que ya no puede más. Ya no puede encajar en el retrato que te has forjado de él o de ella. Ya no puede desempeñar el papel que le has asignado. Entonces, surge el resentimiento, y después, la ira.

Finalmente, para salvarse a sí misma (y a la relación), esa otra persona especial empieza a recuperar su auténtico yo, actuando más de acuerdo con Quien Realmente Es. Y en ese momento es más o menos cuando dices que “realmente, ha cambiado”.

Resulta muy romántico decir que, ahora que esa otra persona especial ha entrado en tu vida, te sientes completo. *Pero el objetivo de la relación no es tener a otra persona que te complete, sino tener a otra persona con la que compartir tu completitud.*

He aquí la paradoja de todas las relaciones humanas: no necesitáis a una determinada persona para experimentar plenamente Quiénes Sois, y *a la vez...* sin otro, no sois nada.

Aquí radica a la vez el misterio y el prodigio, la frustración y la alegría de la experiencia humana. Se requiere un profundo entendimiento y una voluntad total para poder vivir en esta paradoja de un modo que tenga sentido. Y observo que muy pocas personas lo hacen.

La mayoría de vosotros iniciáis vuestras relaciones en los primeros años de madurez con esperanza, plenos de energía sexual, un corazón abierto de par en par, y el alma alegre e ilusionada.

En algún momento entre los 40 y los 60 años (y para la mayoría más pronto que tarde), renunciáis a vuestro más magnífico sueño, abandonáis vuestra más alta esperanza, y os conformáis con vuestras menores expectativas; o con nada en absoluto.

El problema es tan sumamente básico, tan sumamente sencillo... y, sin embargo, es tan trágicamente malinterpretado...: vuestro más magnífico sueño, vuestra más elevada idea y vuestra más acariciada esperanza se había referido a vuestro amado *otro*, en vez de a vuestro amado *Yo*. La prueba por la que pasaban vuestras relaciones se basaba en ver hasta qué punto el otro estaba a la altura de *vuestras* ideas, y en ver en qué medida considerabais que vosotros os ajustabais a las *suyas*. Sin embargo, la única prueba auténtica tiene que ver con comprobar hasta qué punto vosotros os ajustáis a vuestras ideas.

Las relaciones son *sagradas* porque proporcionan la más grandiosa oportunidad en la vida –en realidad, la única– de crear y producir la *experiencia* de tu más elevado concepto de ti Mismo, de tu Ser. Las relaciones fracasan cuando las consideras la más grandiosa oportunidad de crear y producir la experiencia de tu más elevado concepto elaborado sobre el *otro*.

Si dejas que, en una relación con otra persona, cada uno se preocupe de Sí mismo: de lo que Uno mismo es, hace y tiene; de lo que Uno mismo quiere, pide, obtiene; de lo que Uno mismo busca, crea, experimenta... entonces todas las relaciones servirán magníficamente a este propósito –y a quienes participan en ellas.

Deja que en la relación con otra persona cada uno se preocupe no del otro, sino solo y únicamente de Sí Mismo.

Parece una enseñanza extraña, ya que os han dicho que en la forma más elevada de relación uno se preocupa solamente por el otro. Pero te aseguro que es el hecho de centrarte en el otro –de *obsesionarte* con el otro– lo que hace que las relaciones fracasen.

¿Qué está siendo el otro? ¿Qué hace? ¿Qué tiene? ¿Qué dice, quiere o pide? ¿Qué piensa, espera o planea?

El Maestro entiende que no *importa* lo que el otro sea, haga, tenga, diga, quiera o pida. No *importa* lo que el otro piense, espere o planee. Solo importa lo que *tú* estés haciendo *en relación* a eso.

La persona que más ama es la persona que está más centrada en Sí Misma.

Esa es una enseñanza radical...

No si la observas con atención. Si no te amas a Ti Mismo, no puedes amar a otro. Mucha gente comete el error de tratar de amarse a Sí Mismo a través de amar a otro. Por supuesto, no se dan cuenta de lo que hacen. No se trata de un esfuerzo consciente, sino de algo que se da en la mente, a un nivel muy profundo, en lo que llamáis el subconsciente.

Piensan: “si puedo amar a otros, ellos me amarán a mí. Entonces, seré alguien digno de ser amado, y, por tanto, Yo podré amarme a mí mismo”.

El reverso de esto es que muchas personas se odian a sí mismas porque piensan que no hay nadie que les quiera. Se trata de una enfermedad; es el verdadero “mal de amores”, pues lo cierto es que sí hay otras personas que les quieren, pero no importa. No importa cuánta gente manifieste su amor hacia ellos; nunca es suficiente.

En primer lugar, no creen en ti. Piensan que tratas de manipularles, que tratas de sacar algo de ellos. (¿Cómo podrías quererlos por lo que realmente *son*? No, debe haber un error. ¡Seguro que quieres algo! Entonces, ¿qué es lo que quieres?)

Se ponen a tratar de entender cómo alguien puede realmente quererles. Entonces, no te creen, y emprenden una campaña para hacer que se lo demuestres. Tienes que demostrarles que les quieres. Y, para hacerlo, pueden pedirte que empieces a cambiar tu conducta.

En segundo lugar, si finalmente aceptan que pueden creer que les quieres, inmediatamente empiezan a preocuparse acerca de cuánto tiempo lograrán *conservar* tu amor. Así, con el fin de conservarlo, empiezan a cambiar *su* conducta.

De este modo, dos personas se pierden a sí mismas –literalmente– en la relación. Inician la relación esperando encontrarse a sí mismas, y, en lugar de ello, se pierden a sí mismas.

Esta pérdida del Yo en una relación es lo que provoca la mayor parte de la amargura en estos acoplamientos.

Dos personas se unen para compartir su vida, esperando que el todo sea más que la suma de las partes, y se encuentran con que es menos. Se sienten menos que cuando estaban solos. Menos capaces, menos hábiles, menos apasionantes, menos atractivos, menos alegres, menos contentos...

Y ello es así porque *son* menos. Han renunciado a la mayor parte de lo que son con el fin de tener –y seguir en– la relación.

Las relaciones nunca han tenido por qué ser así. Pero así es como las han experimentado la mayoría de las personas que conoces.

¿Por qué? ¿Por qué?

Porque la gente ha perdido el contacto (si es que alguna vez lo *tuvo*) con el *propósito* de las relaciones.

Cuando has dejado de ver a los otros como almas sagradas en un viaje sagrado, no puedes ver el propósito, la razón, que se oculta tras toda relación.

El alma ha venido al cuerpo, y el cuerpo ha venido a la vida, con el propósito de

evolucionar. Estáis en *evolución*; estáis en *devenir*. Y estáis utilizando vuestras relaciones con *cualquier cosa* para decidir *qué* queréis devenir.

Esa es la tarea que habéis venido a realizar aquí. Esa es la alegría de crearse a Sí Mismo. O de conocerse a Sí Mismo. O de llegar a ser, conscientemente, lo que uno quiere ser. Eso es lo que significa ser consciente de Uno Mismo.

Has traído a tu Yo al mundo relativo para poder disponer de las herramientas con las que conocer y experimentar Quien Tú Realmente Eres. Y Quien Tú Eres, es lo que creas y recreas en relación con todo lo demás.

Vuestras relaciones personales constituyen el elemento más importante en este proceso. Por tanto, vuestras relaciones personales son “tierra santa”. Prácticamente no tienen nada que ver con el otro, y no obstante, puesto que involucran a otro, tienen *todo* que ver con el otro.

Esta es la divina dicotomía. Este es el círculo perfecto. Así, no constituye una enseñanza tan radical afirmar: “bienaventurados los que se centran en Sí Mismos, porque ellos conocerán a Dios”. Puede que no sea un mal objetivo en tu vida conocer la parte más elevada de Ti Mismo, y permanecer *centrado* en ella.

Tu primera relación, pues, debe ser contigo mismo. Debes aprender primero a honrarte, cuidarte y amarte a Ti Mismo.

Debes verte primero a Ti Mismo como estimable para poder ver al otro como tal.

Debes verte primero a Ti Mismo como bienaventurado para poder ver al otro como tal.

Debes verte primero a Ti Mismo como santo para poder reconocer la santidad en el otro.

Si colocas el carro delante de los bueyes –como muchas religiones te piden que hagas–, y reconoces al otro como santo antes de reconocerte a ti mismo como tal, un día te resentirás. Si hay algo que ninguno de vosotros puede tolerar es que alguien sea *más santo que vosotros*. Sin embargo, vuestras religiones os enseñan a considerar a los demás más santos que vosotros. Y eso es lo que hacéis, aunque solo durante algún tiempo, pues luego los crucificáis.

Habéis crucificado (de una manera u otra) a todos mis Maestros, no solo a Uno. Y lo habéis hecho no porque fueran más santos que vosotros, sino porque los habéis hecho pasar por tal cosa.

Todos mis Maestros han traído el mismo mensaje. No “yo soy más santo que tú”, sino “tú eres tan santo como yo”.

Este es el mensaje que no habéis sido capaces de escuchar; esta es la verdad que no habéis sido capaces de aceptar. Y esta es la razón por la que nunca os podéis enamorar realmente, puramente, de otra persona, pues nunca os habéis enamorado realmente, puramente, de Vosotros Mismos.

Así, deja que te diga algo: céntrate ahora y siempre en Ti Mismo. Observa lo que *tú* eres, haces y tienes en cualquier momento dado, y no lo que pasa con otro.

No encontrarás tu salvación en la acción del otro, sino en tu re–acción.

Así lo haré; pero, de alguna manera, eso suena como si no debiéramos preocuparnos de lo que los otros nos hacen en las relaciones. Pueden hacer cualquier cosa, y, mientras conservemos nuestro equilibrio, nos mantengamos centrados en Nosotros Mismos y todo eso tan bonito, nada nos afectará. Pero lo que hacen los demás *sí* nos afecta. A veces, sus actos *sí* nos hacen daño. Y cuando el dolor aparece en las relaciones con otra persona es cuando yo no sé qué hacer. Está muy bien decir: “quédate al margen; haz que no te afecte en absoluto”, pero eso resulta más fácil de decir que de hacer. A mí *sí* me hacen daño las palabras y las acciones de las personas con quienes tengo relaciones.

Llegará el día en que no te lo harán. Y será el día en que te des cuenta –y actualices– el auténtico significado de las relaciones con los demás; su auténtica razón.

Si reaccionas del modo en que lo haces, es porque has olvidado esto. Pero eso está bien, forma parte del proceso de crecimiento; forma parte de la evolución. Es la Obra del Alma la que construyes en la relación con los demás; se trata de un grandioso conocimiento, de un grandioso recuerdo. Hasta que recuerdes eso –y recuerdes también cómo *utilizar* la relación como una herramienta en la creación de Ti Mismo–, debes trabajar en el nivel en el que estés –el nivel de comprensión, el nivel de voluntad, el nivel de remembranza.

Así, hay una serie de cosas que puedes hacer cuando reaccionas con dolor ante lo que otra persona es, dice o hace. La primera es admitir con franqueza qué es exactamente lo que sientes, tanto a ti mismo como a la otra persona. Muchos de vosotros tenéis miedo de hacer esto, pues pensáis que vais a “quedar mal”. En alguna parte, en lo más profundo de vosotros, os dais cuenta de que probablemente es ridículo “pensar así”. Probablemente os resulta mezquino, pues sois “mejores que eso”. Pero no os podéis aliviar, os *seguís sintiendo así*.

Solo hay una cosa que puedes hacer al respecto. Debes honrar tus sentimientos, puesto que honrar tus sentimientos significa honrarte a Ti Mismo. Y debes amar a tu prójimo como a ti mismo. ¿Cómo puedes aspirar a entender y honrar los sentimientos de otra persona si no puedes honrar los que albergas dentro de Ti Mismo?

La primera pregunta en cualquier proceso de interacción con otra persona es: ¿Quién Soy ahora, y Quién Quiero Ser, en relación a esto?

A menudo no recordáis Quiénes Sois, y no sabéis Quiénes Queréis Ser, hasta que *probáis* algunos modos de ser. Por eso es tan importante honrar vuestros sentimientos más auténticos.

Si vuestro primer sentimiento es negativo, el simple hecho de *tener* dicho sentimiento a menudo es suficiente para apartarse de él. En el momento en que estáis coléricos, o molestos, o disgustados, o furiosos, y al adueñaros de ese sentimiento de querer “devolver el daño”, es cuando podéis repudiar esos sentimientos primarios en tanto que “no forman parte de Quiénes Queréis Ser”.

El Maestro es aquel que ha vivido las suficientes de tales experiencias como para saber por adelantado cuál es su elección definitiva. No necesita “probar” nada.

Ya ha llevado antes esa ropa y sabe que *no le queda bien*; no es “la suya”. Y, puesto que la vida de un Maestro está dedicada a la constante actualización y constatación del Yo, *tal y como uno mismo sabe que es*, nunca albergará esos sentimientos “que no le quedan bien”.

He aquí por que los Maestros se muestran imperturbables frente a lo que los demás llamarían “calamidades”. Un Maestro bendice la calamidad, pues sabe que a partir de la semilla del desastre (y de toda experiencia) el Yo crece. Y el segundo objetivo de la vida de un Maestro es siempre *crecer*, ya que, una vez que se ha constatado plenamente a Sí Mismo, no tiene *otra cosa que hacer sino ser más que eso*.

Es en esta etapa cuando uno pasa de la obra del alma a la obra de Dios, ¡pues eso es lo que me corresponde a *Mí!*

Supondré, a efectos de nuestro análisis, que de momento estás en la obra del alma. Estás todavía tratando de constatar y de actualizar Quien Realmente Eres, haciendo que sea real. La vida (Yo) te dará abundantes oportunidades para crearlo (recuerda que la vida no es un proceso de descubrimiento, sino de creación).

Puedes crear Quien Tú Realmente Eres una y otra vez. En realidad, lo estás haciendo, cada día. Sin embargo, tal y como ahora son las cosas, no siempre responderás de la misma

manera. Frente a una experiencia externa idéntica puede que un día decidas ser paciente, amable y cariñoso respecto a ella; y otro día puede que decidas enfadarte, ser desagradable y estar triste.

El Maestro es aquel que *siempre responde de la misma manera*; y esa manera es siempre la *opción más elevada*.

En esto, el Maestro es inmediatamente previsible; por el contrario, el discípulo es totalmente imprevisible. Se puede comprobar si alguien se encuentra en el camino hacia la maestría simplemente observando con qué grado de previsibilidad escoge la opción más elevada en respuesta o como reacción a una determinada situación.

Y por supuesto, eso nos lleva a una cuestión: *¿cuál es la opción más elevada?*

Se trata de una pregunta sobre la que han dado vueltas las filosofías y las teologías del hombre desde el principio de los tiempos. Si la pregunta te interesa realmente, es que ya estás *en tu camino hacia la maestría*, ya que lo cierto es que a la mayoría de las personas les interesa otra pregunta totalmente distinta: no cuál es la opción más elevada, sino cuál es la opción más beneficiosa; o bien, cómo puedo reducir mis pérdidas al mínimo.

Cuando se vive la vida desde el punto de vista del control de las pérdidas y la optimización de los beneficios, se pierde el *auténtico* beneficio de la vida. Se pierde la oportunidad, se pierde la posibilidad. Y ello porque una vida vivida de ese modo es una vida vivida con temor; y esa vida afirma una mentira sobre vosotros.

Puesto que no sois temor, sois amor. El amor que no necesita protección no puede perderse. Pero nunca lo sabréis por *experiencia* propia si seguís respondiendo a la segunda pregunta, y no a la primera; ya que solo una persona que piensa que hay algo que *ganar o que perder* se plantea la segunda pregunta. Y solo una persona que contempla la vida de un modo distinto, que se ve a Sí Misma como un ser elevado, que entiende que lo importante no es ganar o perder, sino únicamente amar o dejar de amar, solo esa persona se plantea la primera pregunta.

Quien se hace la segunda pregunta afirma: “yo soy mi cuerpo”; quien se hace la primera, “yo soy mi alma”.

Quién tenga oídos para oír, que oiga; pues te aseguro que en el momento crítico de toda relación humana, solo hay una pregunta.

¿Qué haría el amor ahora?

Ninguna otra cuestión es importante; ninguna otra cuestión es significativa; ninguna otra cuestión tiene la menor importancia para vuestra alma.

Llegamos ahora a un punto de muy delicada interpretación, ya que este principio de la acción basada en el amor ha sido muy mal interpretado, y esta mala interpretación ha dado origen a resentimientos y enfados, lo cual, a su vez, ha hecho que muchos se desvíen del camino.

Durante siglos, os han enseñado que la acción basada en el amor se deriva de la decisión de ser, hacer y tener cualquier cosa que produzca el mayor bien a otro.

Pero te aseguro que la elección más elevada es la que produce el mayor bien *para ti mismo*.

Al igual que toda verdad espiritual profunda, esta afirmación se presta inmediatamente a ser malinterpretada. El misterio se aclara un poco en el momento en que se decide cuál es el mayor “bien” que podría hacerse uno a sí mismo. Y cuando se ha elegido la opción absolutamente más elevada, el misterio desaparece, el círculo se completa, y el mayor bien para uno mismo se convierte en el mayor bien para el otro.

Entender esto puede llevar varias vidas, e incluso varias más para ponerlo en práctica, ya que esta verdad gira en torno a otra aún mayor: lo que te haces a Ti Mismo, se lo haces al otro; lo que haces a otro, te lo haces a Ti Mismo.

Y esto es así porque tú y el otro sois uno solo.

Y esto es así porque...

...no hay nada más que Uno: Tú.

Todos los Maestros que han transitado por vuestro planeta lo han enseñado (“en verdad, en verdad os digo, que lo que hacéis a uno de mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hacéis”). Sin embargo, para la mayoría de las personas se ha quedado simplemente en una gran verdad esotérica con *escasa aplicación práctica*. Y en realidad se trata de la verdad “esotérica” con mayor aplicación práctica de todos los tiempos.

En las relaciones con los demás es importante recordar esta verdad, pues sin ella, las relaciones os resultarán más difíciles.

Volvamos a las aplicaciones prácticas de este saber, y dejemos por el momento su aspecto puramente espiritual y esotérico.

Muy a menudo, con la anterior interpretación, la gente –bienintencionada, y en muchos casos muy religiosa– hacía en sus relaciones lo que consideraba que sería lo mejor para la otra persona. Lamentablemente, lo que todo esto produjo en muchos casos (en la *mayoría* de los casos) es un continuo abuso o maltrato de parte de la otra persona; y continuas disfunciones en las relaciones.

Finalmente, la persona que trataba de “hacer lo correcto” para con el otro –perdonar en seguida, mostrar compasión, hacer continuamente la vista gorda ante determinados problemas y comportamientos– se convertía en una persona resentida, colérica y desconfiada, incluso respecto a Dios. Pues, ¿cómo puede un Dios justo pedir ese sufrimiento, esa tristeza y ese sacrificio interminables, aunque sea en nombre del amor?

La respuesta es que Dios no pide eso. Dios pide únicamente que te *incluyas a ti mismo* entre aquellos a quienes amas.

Pero Dios aún va más lejos. Dios propone –y aconseja– que te incluyas el primero. Y lo hago reconociendo plenamente que algunos de vosotros llamarán a esto blasfemia, y, en consecuencia, no lo considerarán Mi palabra, y que otros harán algo que quizás sea peor: *aceptar* que es mi palabra, y malinterpretarla o distorsionarla para sus propios fines, para justificar actos impíos.

Te lo aseguro: ponerte a ti mismo en primer lugar, en su más elevado sentido, nunca lleva a realizar un acto impío.

Por tanto, si te has sorprendido a ti mismo cometiendo un acto impío como resultado de haber hecho lo que es mejor para ti, la confusión no está en haberte puesto a ti mismo en primer lugar, sino en no haber entendido bien qué es lo mejor para ti.

Por supuesto, determinar qué es lo mejor para ti requerirá que determines también qué es lo que pretendes hacer. Se trata de un paso importante que mucha gente ignora. ¿Qué “tramas”? ¿Cuál es tu propósito en la vida? Sin responder previamente a esta pregunta, la cuestión de qué es lo “mejor” para ti en unas circunstancias dadas seguirá siendo un misterio.

Desde un punto de vista práctico –prescindiendo de nuevo de lo esotérico–, si buscas lo mejor para ti en aquellas situaciones en las que se abusa de ti o eres maltratado, como mínimo lograrás que cese el maltrato. Y eso será bueno para ti y para la persona que maltrata, ya que también ella es maltratada en tanto que se le permita continuar con su maltrato.

Eso no favorece, sino que perjudica, a la persona que maltrata; ya que, si ve que se

acepta su maltrato, ¿qué habrá aprendido? Pero si ve que su maltrato deja de ser aceptado, ¿no se le habrá permitido descubrir algo?

Por tanto, tratar a los demás con amor no significa necesariamente permitir que hagan lo que quieran. Los padres lo aprenden muy pronto con respecto a sus hijos. Pero los adultos no lo aprenden con la misma rapidez con respecto a otros adultos. Ni las naciones con respecto a las demás naciones.

No se debe permitir que proliferen los déspotas, sino que hay que poner fin a su despotismo. Así lo exigen el amor hacia Uno Mismo, y el amor *hacia el déspota*.

Esta es la respuesta a tu pregunta: “si el amor es todo lo que hay, ¿cómo podría jamás el hombre justificar la guerra?”.

A veces el hombre debe ir a la guerra para realizar la más grandiosa afirmación de quién es realmente: aquel que abomina la guerra.

Hay ocasiones en que para poder *ser* Quien Realmente Eres debes renunciar a ser Quien Realmente Eres.

Hay Maestros que lo han enseñado así: no puedes *tenerlo* todo hasta que no estás dispuesto a *renunciar a todo*.

De este modo, para poder “tenerte” a ti mismo como un hombre de paz, puede que tengas que renunciar a la idea de ti mismo como un hombre que nunca va a la guerra. La Historia ha requerido de los hombres decisiones de este tipo.

Lo mismo vale para la mayoría de los individuos y la mayoría de las relaciones personales. Más de una vez, la vida puede requerir que demuestres Quien Tú Eres manifestando un aspecto de Quien No Eres.

Esto no resulta tan difícil de entender si has vivido unos cuantos años; pero para la juventud idealista puede parecer el colmo de la contradicción. En un examen más maduro se aproxima más a la dicotomía divina.

Esto tampoco quiere decir que si te hacen daño en el contexto de las relaciones humanas, tú tengas que “devolver el daño” (ni tampoco en el contexto de las relaciones entre naciones).

Significa sencillamente que *permitir* que el otro te haga daño continuamente, puede que no sea el mejor acto de amor por tu parte –ni hacia ti mismo ni hacia el otro.

Esto debería acabar con determinadas teorías pacifistas según las cuales el amor más elevado impide cualquier respuesta enérgica ante lo que uno considera malo.

Una vez más, el discurso adquiere ahora un cariz esotérico, puesto que ningún análisis serio de tal información puede ignorar la palabra “malo”, y los juicios de valor que invita a formular. En realidad, no hay nada malo; únicamente fenómenos y experiencias objetivos. Sin embargo, vuestro propio objetivo en la vida requiere que seleccionéis, de entre la creciente serie de interminables fenómenos, unos cuantos dispersos a los que llamáis “malos”; ya que, si no lo hicierais, no podríais llamaros a vosotros mismos “buenos”, ni tampoco a ninguna otra cosa –y por tanto no podríais conoceros, o crearos, a vosotros Mismos.

Os definís a vosotros mismos mediante aquello a lo que llamáis “malo” –y mediante lo que llamáis “bueno”.

El mayor mal consistiría, pues, en no declarar malo nada en absoluto.

En esta vida, existís en el mundo de lo relativo, donde una cosa puede existir únicamente en tanto que se relaciona con otra. Este es al mismo tiempo el objetivo y la función de la relación: proporcionar un ámbito de experiencia en el que podáis encontraros a vosotros mismos, definiros a vosotros mismos y –si así lo decidís– recrear constantemente Quienes Sois.

Decidir ser como Dios no significa que decidas ser un mártir. Y, desde luego, no significa que decidas ser una víctima.

En vuestro camino hacia la maestría –una vez eliminada toda posibilidad de dolor, daño y pérdida– sería bueno reconocer que el dolor, el daño y la pérdida forman parte de vuestra experiencia, y decidir Quiénes Sois en relación con todo ello.

Sí, es cierto que lo que los demás piensen, digan o hagan, a veces te *hará* daño – hasta que deje de hacértelo. Y lo que te llevará desde esta situación hasta aquella es una honestidad total –estar dispuesto a afirmar, reconocer y declarar exactamente cómo te sientes con respecto a cualquier cosa. Di tu verdad, con amabilidad, pero completamente. Vive tu verdad, gentilmente, pero de modo pleno y consecuente. Cambia tu verdad, con facilidad y con rapidez, cuando tu experiencia te aporte una nueva luz.

Nadie en su sano juicio –y Dios menos que nadie– te diría, cuando experimentas dolor en una relación: “aléjate de ella, haz que no signifique nada”. Si estás experimentando *dolor ahora*, ya es demasiado tarde para hacer que no signifique nada. Ahora tu tarea consiste en decidir lo que *sí* significa, y manifestarlo, puesto que al hacerlo así, eliges y te conviertes en Quien Tú Pretendes Ser.

Así que *no* tengo que ser una sufrida esposa o un despreciado marido, o la víctima de mis relaciones, para que estas sean santas, o para hacerme grato a los ojos de Dios... ¡Santo Cielo!

¡Pues claro que no!

Y no tengo que aguantar agresiones a mi dignidad, asaltos a mi orgullo, perjuicios a mi psique ni heridas a mi corazón para poder decir que “di lo mejor de mí” en una relación, o que “cumplí con mi deber” o “con mi obligación” ante los ojos de Dios y de los hombres...

Ni por un momento.

Entonces, te ruego que me digas: ¿qué promesas debo hacer en una relación?, ¿qué acuerdos debo cumplir? ¿Qué obligaciones comporta una relación? ¿Qué pautas debo buscar?

La respuesta a esto es la respuesta que no puedes escuchar, puesto que te deja sin ninguna pauta y vuelve nulo y sin efecto cualquier acuerdo en el momento mismo de tomarlo. La respuesta es: no tienes ninguna obligación. Ni respecto a las relaciones, ni respecto a nada en la vida.

¿Ninguna obligación?

Ninguna obligación. Ni tampoco ninguna restricción o limitación, ninguna pauta ni ninguna regla. Ni estás obligado por ninguna circunstancia ni situación, ni por ningún código de leyes. Ni eres merecedor de castigo por ninguna ofensa, ni eres *capaz* de cometerla, puesto que no hay nada “ofensivo” a los ojos de Dios.

Ya he oído esto antes, esa especie de religión de “no hay ninguna regla”. Eso es la anarquía espiritual. No veo cómo podría funcionar.

No hay manera de que *no* pueda funcionar si estás dedicado a la tarea de crear tu Yo. Si, por el contrario, te imaginas que estás dedicado a la tarea de tratar de ser lo que algún

otro quiere que seas, la ausencia de reglas o pautas pondrá ciertamente las cosas más difíciles.

Pero la mente pensante se ve obligada a preguntar: “si Dios quiere que Yo sea de una determinada manera, ¿por qué no me *creó desde el primer momento de esa manera*? ¿Por qué toda esta lucha por mi parte para “superarme” a fin de poder convertirme en lo que Dios quiere que sea? Esto es lo que exige saber la mente meticulosa; y con razón, pues se trata de una pregunta oportuna.

Los teóricos de la religión os harían creer que Yo os he creado como alguien que es menos que Quien Yo Soy para que podáis tener la oportunidad de *llegar a ser* como Quien Yo Soy, superando todas las desventajas, esforzándoos contra ellas, y –añadiría Yo– contra *todas las tendencias naturales que se supone que os he dado*.

Entre estas supuestas tendencias naturales está la tendencia al pecado. Se os ha enseñado que habéis *nacido* en pecado, que *moriréis* en pecado, y que el pecado es vuestra *naturaleza*.

Incluso una de vuestras religiones enseña que *no podéis hacer nada al respecto*. vuestras acciones resultan irrelevantes y sin sentido. Es una arrogancia pensar que, debido a alguna acción vuestra, podríais “ir al cielo”. Solo hay *una* manera de alcanzar el cielo (la salvación), y no es a través de vuestra iniciativa, sino por la gracia que Dios os concede a través de la aceptación de Su Hijo como intermediario tuyo.

Una vez hecho esto, estáis “salvados”. Y mientras no se haga, nada de lo que podáis hacer –ni la vida que viváis, ni las decisiones que toméis, ni ninguna iniciativa de vuestra voluntad al esforzarse por mejorar o por ser dignos– tiene ningún efecto ni ejerce la menor influencia. Sois *incapaces* de haceros dignos, puesto que sois intrínsecamente indignos. Fuisteis *creados* así.

¿Por qué? Solo Dios lo sabe. Quizás cometió un error. Quizás no le salió bien. Es posible que quisiera poder rehacerlo todo de nuevo. Pero es así, qué le vamos a hacer...

Te estás burlando de mí...

No. Vosotros os estáis burlando de *Mí*. Decís que Yo, Dios, creé seres intrínsecamente imperfectos, y luego les pedí que fueran perfectos bajo la amenaza de condenarles.

También estáis diciendo que, en algún momento tras varios miles de años de experiencia del mundo, Me aplaqué; y decís que a partir de entonces ya no teníais necesariamente que ser buenos, sino que simplemente habíais de sentirnos malos cuando no estabais siendo buenos, y aceptar como vuestro salvador al Único Ser que *siempre* podía ser perfecto, satisfaciendo de este modo mi hambre de perfección. Decís que Mi Hijo –al que llamáis el Único Perfecto– os ha salvado de vuestra propia imperfección, la imperfección que Yo os *di*.

En otras palabras, el Hijo de Dios os ha salvado de *lo que hizo su Padre*.

Así es como vosotros –muchos de vosotros– decís que Yo lo he establecido.

¿Y ahora quién se está burlando de quién?

Es la segunda vez en este libro que parece lanzar un ataque frontal al fundamentalismo cristiano. Estoy sorprendido.

Tú has elegido la palabra “ataque”. Yo simplemente he abordado la cuestión. Y la cuestión, por cierto, no es el “fundamentalismo cristiano”, como tú dices. Es toda la

naturaleza de Dios, y de la relación de Dios con el hombre.

La cuestión ha surgido porque estábamos tratando del asunto de las obligaciones –en las relaciones y en la propia vida.

No puedes creer en una relación libre de obligaciones porque no puedes aceptar quién y qué eres realmente. A una vida de completa libertad tú la llamas “anarquía espiritual”. Y yo la llamo la gran promesa de Dios.

Solo en el contexto de esta promesa puede completarse el magnífico plan de Dios.

No tienes *ninguna* obligación en tus relaciones. Tienes únicamente oportunidades.

Las oportunidades, no las obligaciones, constituyen la piedra angular de la religión, la base de toda espiritualidad. En tanto que lo veas de la otra manera, no lo entenderás.

La relación –vuestras relaciones con todas las cosas– se creó como una herramienta perfecta para el trabajo del alma. He ahí por qué todas las relaciones humanas son “tierra santa”. He ahí por qué toda relación personal es sagrada.

En esto muchas iglesias tienen razón. El matrimonio es un sacramento. Pero no debido a sus obligaciones sagradas, sino más bien porque constituye una oportunidad inigualable.

En las relaciones nunca hagas nada porque lo percibas como una obligación. Hagas lo que hagas, hazlo a partir de la percepción de la gloriosa oportunidad que las relaciones te proporcionan para decidir, y ser, Quien Tú Realmente Eres.

Puedo entender esto y, sin embargo, una y otra vez, en mis relaciones me he dado por vencido cuando las cosas se han puesto difíciles. El resultado es que he tenido un rosario de relaciones, mientras que cuando era un chiquillo pensaba que tendría solo una. Parece que no sepa qué es conservar una relación. ¿Crees que alguna vez aprenderé? ¿Qué he de hacer para que eso suceda?

Haces que parezca que conservar una relación significa que esta ha sido un éxito. Procura no confundir la duración con el trabajo bien hecho. Recuerda que tu tarea en este planeta no consiste en ver cuánto tiempo puedes mantener una relación, sino en decidir, y experimentar, Quien Tú Realmente Eres.

Esto no es un argumento a favor de las relaciones de *breve* duración; pero tampoco hay necesidad de que sean de larga duración.

Sin embargo, aunque no hay tal necesidad, se pueden decir muchas cosas de ellas: las relaciones de larga duración proporcionan notables oportunidades para el crecimiento mutuo, la expresión mutua y la mutua satisfacción; y en ello radica su propia recompensa.

¡Lo sé, lo sé! Quiero decir, que siempre lo he sospechado. Y entonces, ¿cómo puedo conseguirlo?

En primer lugar, debes estar seguro de que inicias la relación por los motivos correctos (utilizo la palabra “correctos” como un término relativo; serían “correctos” con respecto a un objetivo más amplio que tengas en tu vida).

Como ya he señalado antes, la mayoría de la gente inicia las relaciones por los motivos “equivocados”: poner fin a su soledad, llenar un vacío, conseguir amor o tener a alguien a quien amar –y estos son algunos de los *mejores* motivos. Otros lo hacen para tranquilizar su ego, acabar con sus depresiones, mejorar su vida sexual, recuperarse de una relación anterior, o –lo creas o no– para aliviar su aburrimiento.

Ninguno de estos motivos funcionará, y a menos que con el tiempo tenga lugar algún cambio dramático, la relación no irá bien.

Yo no he iniciado mis relaciones por ninguno de esos motivos.

Permíteme dudarlo. No creo que sepas por qué has iniciado tus relaciones. No creo que pensaras en ello. No creo que iniciaras tus relaciones con un propósito consciente. Creo que las iniciaste porque te “enamoraste”.

Exacto.

Y no creo que te detuvieras a examinar por qué estabas “enamorado”. ¿A qué respondías? ¿Qué necesidad, o conjunto de necesidades, satisfacías?

Para la mayoría de la gente, el amor es una reacción para la satisfacción de una necesidad.

Todo el mundo tiene necesidades. Tú necesitas una cosa, y el otro otra. Y cada cual ve en el otro una posibilidad de *satisfacer* esa necesidad. De modo que se establece un acuerdo –tácito– para realizar un intercambio. Yo te doy lo que tengo si tú me das lo que tienes.

Se trata de una transacción. Pero no decís la verdad al respecto. No decís: “¡cuánto intercambio contigo!”, sino: “¡cuánto te quiero!”, y luego viene el desengaño.

Ya habías señalado eso antes.

Sí, y tú has *hecho* eso antes; y no una, sino varias veces.

A veces este libro parece estar yendo en círculos, tocando los mismos puntos una y otra vez.

En cierto modo, como la vida misma.

¡Touché!

El método aquí es que tú formulas preguntas, y Yo simplemente las contesto. Si formulas la misma pregunta de tres modos diferentes, me veo obligado a seguir respondiendo a ella.

Quizás es que tengo la esperanza de que salgas con una respuesta distinta. Cuando hablas de las relaciones le quitas mucho romanticismo. ¿Qué tiene de *malo* enamorarse perdidamente sin haber *pensado* en ello?

Nada. Enamórate de tantas personas como quieras, si ese es tu deseo. Pero si vas a establecer con ellas unas relaciones para toda la vida, tal vez quieras añadir un poco de pensamiento.

Por otra parte, si disfrutas pasando de unas relaciones a otras –o, lo que es peor, manteniéndolas porque crees que “tienes que hacerlo” y, por tanto, viviendo una vida de callada desesperación–, si disfrutas repitiendo estas pautas de tu pasado, sigue haciendo lo que has hecho hasta ahora.

¡De acuerdo, de acuerdo! Mensaje recibido. Chico, eres implacable, ¿sabes?

Ese es el problema de la verdad. La *verdad* es implacable. No te dejará tranquilo. Se

acercará sigilosamente a ti desde cualquier parte, mostrándote lo que realmente es. Puede llegar a ser fastidiosa.

De acuerdo. Entonces, quiero encontrar las herramientas para lograr una relación duradera; y dices que iniciar la relación más intencionadamente es una de ellas.

Sí. Debes asegurarte de que tú y tu pareja estáis de acuerdo en el propósito.

Si ambos estáis de acuerdo a un nivel consciente de que el objetivo de vuestra relación consiste en crear una oportunidad, no una obligación; una oportunidad de crecimiento, de autoexpresión plena, de elevar vuestras vidas a su más alto potencial, de sanar cualquier falso pensamiento o idea que hayáis tenido de vosotros mismos, y de la unión final con Dios a través de la comunión de vuestras dos almas; si asumes este compromiso, en vez de los que has asumido hasta ahora, la relación se habrá iniciado con muy buen pie, habrá tenido un muy buen principio.

Sin embargo, eso no garantiza el éxito.

Si quieres garantías en la vida, entonces no quieres la vida. Quieres ensayar un guión que ya haya sido escrito.

Por su propia naturaleza, la vida no puede tener garantías; de ser así, todo su propósito se vería frustrado.

Está bien de acuerdo. Supongamos que he iniciado mi relación con este “muy buen principio”. ¿Cómo puedo mantenerla?

Reconoce y comprende que habrá desafíos y momentos difíciles.

No trates de evitarlos. Dale la bienvenida, agrádeclos, considéralos como unos magníficos regalos de Dios; oportunidades gloriosas de hacer lo que has venido a hacer en la relación –y en la vida.

En esos momentos, esfuérzate en no ver a tu pareja como el enemigo, como la oposición.

En realidad, procura no ver a nadie, ni a nada, como el enemigo, o como el problema. Cultiva la técnica de contemplar todos los problemas como oportunidades; oportunidades de...

... lo sé, lo sé: “de ser, y decidir, Quien Realmente Eres”.

¡Exacto! ¡Lo estás captando! ¡Lo estás captando!

Sin embargo, todo eso me sugiere una vida bastante aburrida.

Entonces es que tienes puesta la mira muy baja. Ensancha tu horizonte. Aumenta la profundidad de tu visión. Trata de ver más en ti de lo que crees que se puede ver. Trata también de ver más en tu pareja.

Nunca podrá perjudicar a tus relaciones –ni a nadie– el hecho de que veas en los otros más de lo que te muestran, puesto que hay más, mucho más. Solo su miedo les impide mostrártelo. Si los demás notan que tú ves más en ellos, no temerán mostrarte lo que tú, evidentemente, ya veías.

Las personas tienden a cumplir las expectativas que los demás tenemos acerca de ellas.

Algo parecido, aunque no me gusta usar para esto la palabra “expectativas”. Las expectativas *arruinan* las relaciones. Digamos que las personas tienden a ver en sí mismas lo que los demás vemos en ellas. Cuanto más grandiosa sea nuestra visión, más grandiosa será su voluntad de manifestar la parte de ellos que *les hemos mostrado*.

¿No es así como funcionan todas las relaciones auténticamente dichosas? ¿No forma esto parte del proceso de sanación –el proceso por el cual permitimos a las personas “desprenderse” de cualquier falso pensamiento que hayan tenido acerca de sí mismas?

¿No es esto acaso lo que Yo estoy haciendo *ahora*, en este libro, contigo?

Sí.

Y esa es la obra de Dios. La obra del alma es despertarte a ti. La obra de Dios es despertar a todos los *demás*.

Y lo hacemos en la medida en que vemos a los otros como Quiénes Son, en la medida en que les recordamos Quiénes Son.

Podéis hacerlo de dos maneras: recordándoles Quiénes Son (lo que resulta muy difícil, puesto que no os creerán), y recordando Quiénes Sois Vosotros (mucho más fácil, puesto que no necesitáis de *su* creencia; os basta con la vuestra); al manifestar esto último constantemente, al final recordáis a los demás Quiénes Son, pues se verán a sí mismos en vosotros.

Muchos Maestros han sido enviados a la Tierra para manifestar la Verdad Eterna. Otros, como Juan el Bautista, han venido en calidad de mensajeros, describiendo la Verdad con vivos colores, hablando de Dios con inconfundible claridad.

Estos mensajeros tan especiales han sido dotados de extraordinaria perspicacia y de un poder muy especial para ver y acoger la Verdad Eterna, además de la capacidad de comunicar conceptos complejos de manera que las masas puedan entenderlos.

Tú eres uno de esos mensajeros.

¿Yo?

Sí. ¿Lo crees?

¡Es algo tan difícil de aceptar! Quiero decir, que todos queremos ser especiales...

... todos *sois* especiales...

... y aquí interviene el ego –al menos a *mí* me sucede–, y trata de hacernos sentir de algún modo “elegidos” para una tarea extraordinaria. Todo el rato tengo que luchar contra este ego, y tratar de depurar una y otra vez cada uno de mis pensamientos, palabras y obras, de modo que pueda apartar el autoengrandecimiento de mi mente. De modo que resulta muy difícil escuchar lo que dices, puesto que soy consciente de que ello afecta a mi ego, y me he pasado toda la vida luchando contra él.

Sé que lo has hecho.
Y a veces con no demasiado éxito.

Me disgusta tener que estar de acuerdo en eso.

Sin embargo, siempre que has acudido a Dios, has dejado a tu ego de lado. Más de una noche has rogado y suplicado claridad e implorado inspiración al cielo, y no para poder enriquecerte o verte colmado de honores, sino desde la profunda pureza de un simple anhelo por *conocer*.

Sí.

Y me has prometido, una y otra vez, que en caso de que se te muestre el conocimiento, te pasarías el resto de tu vida –todos los momentos de lucidez– compartiendo la Verdad Eterna con los demás... no por la necesidad de gloria, sino debido al profundo deseo de tu corazón de poner fin al dolor y al sufrimiento de los demás; de llevarles el júbilo y la alegría, de ayudarles y sanarles; de despertar de nuevo en ellos el sentimiento de unión con Dios que tú siempre has experimentado.

Sí, es cierto.

De modo que te he elegido para que seas Mi mensajero. A ti, y a muchos otros. Por ahora, en el futuro más inmediato, el mundo requerirá de muchas trompetas para que la llamada suene con potencia. El mundo necesitará muchas voces para declarar la palabra de la verdad y la reconciliación a tantos millones. El mundo necesitará muchos corazones unidos en la obra del alma y preparados para realizar la obra de Dios.

¿Puedes afirmar honestamente que no eres consciente de esto?

No.

¿Puedes negar honestamente que es por eso por lo que has venido?

No.

¿Estás dispuesto, pues, a decidir y declarar por medio de este libro tu propia Verdad Eterna, y a anunciar con claridad la gloria de la Mía?

¿Debo incluir estos últimos cambios en el libro?

No *tienes que* hacer nada. Recuerda que en nuestras relaciones no tienes ninguna obligación, solo oportunidades. ¿Acaso no es esta la oportunidad que habías estado esperando toda la vida? ¿Acaso no te has consagrado a esta misión –y a la preparación necesaria para realizarla– desde los *primeros momentos de tu juventud*?

Sí.

Entonces, no hagas lo que estás obligado a hacer, sino lo que tengas oportunidad de hacer. En cuanto a poner todo esto en nuestro libro, ¿por qué no ibas a hacerlo? ¿Crees acaso

que quiero que seas un mensajero en secreto?

No, supongo que no.

Se necesita mucho valor para declararse uno mismo un hombre de Dios. ¿Entiendes que el mundo te aceptará más fácilmente como cualquier otra cosa antes que como un hombre de Dios, un auténtico *mensajero*? Cada uno de mis mensajeros ha sido humillado. Lejos de alcanzar la gloria, no han alcanzado sino la congoja en su corazón.

¿Estás dispuesto? ¿Aceptará tu corazón la congoja por proclamar la verdad sobre Mí? ¿Estás dispuesto a aguantar la burla de los demás seres humanos? ¿Estás preparado para renunciar a la gloria en la Tierra a cambio de plena realización de la mayor gloria del alma?

De repente, Dios, haces que todo esto parezca bastante difícil.

¿Querrías que te bromeara sobre esto?

Bueno, podríamos quitarle un poco de hierro, darle un poco de brillo.

¡Ey, que Yo estoy aquí para la *iluminación*, es decir, la *abrillantación*! ¿Por qué no terminamos este capítulo con un chiste?

¡Buena idea! ¿Sabes alguno?

No; pero tú sí. Explica aquel de la niña que está dibujando un retrato...

¡Ah, sí, ese! De acuerdo. Allá va: una madre entra un día en la cocina, y encuentra a su hija pequeña sentada a la mesa, rodeada de lápices de colores, profundamente concentrada en un dibujo que está realizando.

- “Hija, ¿qué haces con tanto interés?”, pregunta la madre.

- “Es un retrato de Dios, mamá”, responde la niña con ojos brillantes.

- “¡Oh, cariño, qué encantador! –dice la madre, tratando de ser útil–, pero, ¿sabes?, nadie sabe realmente cómo es Dios.”

- “Bueno –protesta la pequeña– ¡pero déjame terminarlo...!”.

Es un bonito chiste. ¿Sabes qué es lo más bonito? ¡Que la niña no tenía ninguna duda de que sabía exactamente cómo dibujarme!

Cierto.

Ahora te contaré Yo una historia, y con ella podremos dar por terminado este capítulo.

De acuerdo.

Había una vez un hombre que un buen día se dio cuenta de que estaba dedicando una serie de horas cada semana a escribir un libro. Día tras día, corría a coger su lápiz y su cuaderno –a veces en mitad de la noche– para plasmar cada nueva inspiración. Finalmente, alguien le preguntó qué se traía entre manos.

- “¡Oh, bueno! –respondió–, estoy poniendo por escrito una larga conversación que estoy manteniendo con Dios”.
- “¡Qué encantador! –le respondió su amigo, con indulgencia– pero, ¿sabes?, nadie sabe realmente con certeza lo que diría Dios”.
- “Bueno –sonrió el hombre– ¡pero déjame terminarlo...!”.

9

Podrías pensar que todo este asunto de “ser Quien Realmente Eres” es fácil, pero es el mayor reto que afrontarás en toda tu vida. En realidad, puede que nunca lo consigas. Muy poca gente lo logra –no en una sola vida, ni en muchas.

Entonces, ¿para qué intentarlo? ¿Para qué complicarse la vida? ¿Qué falta hace? ¿Por qué no vivir sencillamente la vida como si fuera lo que, en cualquier caso, aparentemente es: un simple ejercicio sin sentido que no conduce a nada en particular; un juego que no puedes perder juegues como juegues; un proceso que al final a todo el mundo le lleva al mismo resultado? Dices que no hay infierno, que no hay castigo, que no hay modo de perder; entonces, ¿para qué molestarse en ganar? ¿Qué incentivo hay, puesto que resulta tan difícil ir adonde dices que tratamos de ir? ¿Por qué no tomamos tranquilamente nuestro tiempo y descansamos de todo eso de la esencia de Dios y de “ser Quien Realmente Eres”?

¡Vaya! Estamos frustrados, ¿no?...

Bueno. Estoy cansado de intentarlo, intentarlo e intentarlo, solo para que ahora vengas y me digas lo difícil que va a ser todo, y que, en cualquier caso, solo uno entre un millón lo consigue.

Sí, sé que lo estás. Déjame ver si puedo ayudarte. En primer lugar, me gustaría señalar que ya te *has* tomado “tranquilamente tu tiempo” respecto a este asunto, ¿o acaso crees que este es tu primer intento?

No tengo ni idea.

¿No te parece como si ya hubieras estado aquí antes?

De vez en cuando.

Bueno, pues has estado. Muchas veces.

¿Cuántas?

Muchas.

¿Se supone que eso va a estimularme?

Se supone que va a inspirarte.

¿Cómo?

En primer lugar, hace que la preocupación se aleje de ti. Aporta el elemento de “no poder fracasar” del que antes hablabas. Te reafirma al asegurarte que la intención aquí *no* es que tú fracasases; y que tendrás *tantas oportunidades como quieras y necesites*. Puedes volver una vez, y otra, y otra. Si das el siguiente paso, si evolucionas al siguiente nivel, será porque *quieres*, no porque *tengas que hacerlo*.

¡No tienes que *hacer nada*! Si disfrutas de la vida en el nivel actual, si sientes que para ti es el nivel último, ¡puedes tener esta experiencia una y otra vez! ¡En realidad, la has tenido una y otra vez, precisamente por esta razón ! Tú *amas* el drama, te *gusta* el drama. *Te gusta* el dolor. ¡Te gusta “no saber”, el misterio, el suspense! ¡Te gusta todo eso! ¡Y por ello es por lo que estas *aquí*!

¿Te burlas de mí?

¿Me burlaría de ti en un asunto como este?

No lo sé. No sé de qué se burla Dios.

No de esto. Esto está demasiado cerca de la Verdad; está demasiado cerca del Conocimiento Último. Nunca me burlo de “cómo es”. Demasiadas personas han elucubrado acerca de ello. Yo no estoy aquí para provocarte más confusión, sino para ayudarte a tener las cosas más claras.

¡Y tan claras! ¿Me estás diciendo que estoy aquí porque quiero estar?

Por supuesto.

¿Elegí estar?

Sí.

¿Y he hecho esta elección muchas veces?

Muchas.

¿Cuántas?

Volvemos al asunto. ¿Quieres un cálculo exacto?

Dame solo una cantidad aproximada. ¿Hablamos de puñados o de docenas?

De centenares.

¿Centenares? ¿He vivido centenares de vidas?

Sí.

¿Y esto es todo lo que he conseguido?

En realidad, has avanzado bastante.

¿Ah, sí?

Absolutamente, así es, en vidas anteriores de hecho has matado a gente.

¿Y qué hay de malo en eso? Tú mismo has dicho que a veces la guerra es necesaria para acabar con el mal.

Vamos a tener que desarrollar más esa afirmación, pues veo que puede utilizarse mal –como lo estás haciendo ahora– para tratar de defender toda clase de argumentos o de hacer pasar por razonables toda clase de locuras.

Según las normas más elevadas que he observado que los humanos han concebido, nunca se puede justificar el asesinato como medio de expresar ira, manifestar hostilidad, “corregir el error” o castigar a un infractor. La afirmación de que a veces la guerra es necesaria para acabar con el mal sigue siendo cierta –porque vosotros lo habéis establecido así. Vosotros habéis determinado, en la creación del Yo, del Ser, que el respeto de toda vida humana es, y debe ser, el valor principal y más elevado. Me complace vuestra decisión, ya que Yo no he creado la vida para que sea destruida.

Es el respeto por la *vida* lo que hace que a veces la guerra resulte necesaria, ya que es precisamente a través de la guerra contra el mal más inmediato, a través de la defensa contra lo que amenaza de forma inmediata a la vida de *otro*, como declararéis Quiénes Sois respecto a ello.

Tenéis derecho, desde el punto de vista de la ley moral más elevada –siendo en realidad una obligación bajo esa ley– a detener una agresión contra cualquier persona, o contra vosotros mismos.

Esto no significa que el asesinato como castigo resulte apropiado, ni tampoco como desquite, ni como un medio para resolver diferencias insignificantes.

En tu pasado, has matado en duelos por el amor de una *mujer*, y lo has hecho para *defender tu honor*, cuando precisamente perdías todo honor al matar. Es absurdo utilizar la fuerza de la muerte como resolución de *disputas*. *Todavía* hoy, muchos humanos utilizan la fuerza –la fuerza del asesinato– para resolver disputas ridículas.

Y llegando a las cimas más altas de la hipocresía, algunos humanos incluso matan *en nombre de Dios*; y esa es la mayor blasfemia, pues ello no se aviene con Quiénes Sois.

¡Ah, entonces el asesinato *sí tiene* algo de malo... !

Volvamos a ello. *Nada* tiene nada de “malo”. “Malo”, “equivocado”, “incorrecto”, son términos relativos que indican lo opuesto a lo que llamáis “bueno” o “correcto”.

Pero, ¿qué es lo “correcto”? ¿Se puede ser realmente objetivo en estas cuestiones? ¿O bien “correcto” e “incorrecto” son simplemente descripciones con las que recubris las circunstancias o los acontecimientos, y que surgen de vuestras decisiones con respecto a ellos?

Y, dime, te lo ruego, ¿en qué *basáis* vuestras decisiones? ¿En vuestra propia *experiencia*? No. En la mayoría de los casos, habéis decidido aceptar la decisión de algún *otro*, de alguien que llegó antes que vosotros, y que se supone que sabía más. Muy pocas de vuestras decisiones cotidianas respecto a lo que resulta “correcto” o “incorrecto” las habéis tomado *vosotros mismos*, en base a *vuestro propio* entendimiento.

Esto resulta especialmente cierto en los asuntos importantes. En realidad, cuanto más importante sea el asunto, menos probable es que escuchéis a vuestra propia experiencia y más dispuestos estaréis a hacer vuestras las decisiones de otros.

Ello explica por qué prácticamente habéis renunciado totalmente al control de ciertas áreas de vuestra vida, y sobre ciertas cuestiones que surgen en el seno de la experiencia

humana.

A menudo, dichas áreas y cuestiones incluyen los temas más *vitales* para vuestra alma: la naturaleza de Dios; la naturaleza de la auténtica moralidad; la cuestión de la realidad última; las cuestiones de la vida y la muerte en torno a la guerra, la medicina, el aborto o la eutanasia; el fondo de la cuestión de los valores, las estructuras y los juicios. Os habéis desentendido de la mayoría de estos temas, delegándolos a otros. No queréis tomar vuestras propias decisiones al respecto.

“¡Que decida otro! ¡Yo os sigo! –exclamáis– ¡Que sea otro quien me diga lo que es correcto y lo que no lo es!” .

Por cierto: he ahí por qué las religiones humanas son tan populares. Apenas importa de qué sistema de creencias se trate mientras sea firme, consistente, claro en cuanto a lo que espera de sus seguidores, y rígido. Dadas esas características, se puede encontrar gente que crea en casi todo. Se pueden atribuir –y se le han atribuido– a Dios conductas y creencias muy extrañas. Es el camino de Dios, dicen. Es la palabra de Dios.

Y habrá quienes lo *acepten*, con mucho *gusto*.

Porque, como ves, *elimina la necesidad de pensar*.

Ahora bien: pensemos en el asesinato. ¿Puede haber una razón justificable para matar a alguien? Piensa en ello. Encontrarás que no necesitas que ninguna autoridad externa te dé la pauta, que ninguna fuente superior te proporcione las respuestas. Si piensas en ello, si observas lo que sientes al respecto, las respuestas te resultarán evidentes y actuarás de acuerdo con ellas. Esto se llama actuar según la propia autoridad.

Cuando actúas según la autoridad de los demás es cuando vienen los problemas.
¿Deben los Estados y naciones utilizar el asesinato para lograr sus objetivos políticos?
¿Deben las religiones utilizar el asesinato para hacer cumplir sus imperativos teológicos?
¿Deben las sociedades utilizar el asesinato como respuesta ante aquellos que violan los códigos de conducta?

¿Constituye el asesinato un remedio político apropiado, un instrumento para crear convicción espiritual, un modo de resolver los problemas sociales?

Ahora bien: ¿puedes matar en el caso de que alguien trate de matarte a *ti*? ¿Matarías para defender la vida de alguien a quien amas? ¿Y la de alguien a quien ni siquiera conoces?

¿Constituye el asesinato una forma apropiada de *defensa* frente a aquellos que, de no impedirselo de algún modo, matarían?

¿Hay alguna diferencia entre matar y asesinar a sangre fría?

El Estado quiere que creáis que el asesinato resulta perfectamente defendible cuando responde a una necesidad puramente política. En realidad, el Estado *necesita* que lo creáis para poder existir como entidad de poder.

Las religiones quieren que creáis que el asesinato resulta perfectamente defendible para extender y mantener el conocimiento de, y la adhesión a, su verdad particular. En realidad, las religiones *exigen* que lo creáis así para poder existir como entidad de poder.

La sociedad quiere que creáis que el asesinato resulta perfectamente defendible para castigar a aquellos que cometen determinados delitos (que han ido variando a lo largo del tiempo). En realidad, la sociedad debe hacer que creáis eso para poder existir como entidad de poder.

¿Crees que estas posturas son correctas? ¿Has aceptado la palabra de otro? ¿Qué tiene que decir aquí tu Ser?

No hay nada “correcto” o “incorrecto” en esas cuestiones.

Pero con vuestras decisiones dibujáis un retrato de Quiénes Sois.

En realidad, las decisiones de vuestros Estados y naciones ya han dibujado tales

retratos.

A través de sus decisiones, vuestras religiones han dejado unas huellas duraderas y permanentes. También vuestras sociedades, mediante sus decisiones, han creado sus propios autorretratos.

¿Os complacen tales retratos? ¿Son esas las huellas que deseáis dejar? ¿Representan esos retratos a Quienes Vosotros Sois?

Ten cuidado con estas preguntas, pueden requerir que pienses.

Pensar es difícil. Hacer juicios de valor es difícil. Te coloca en una situación de pura creación, puesto que muchas veces tendrás que decir: “no lo sé; simplemente, no lo sé”. Sin embargo, tendrás que decidir. Y, por tanto, tendrás que elegir. Tendrás que elegir una opción arbitraria.

Esta elección –una decisión que no proviene de *ningún conocimiento personal previo*– se denomina *creación pura*. Y el individuo es consciente, profundamente consciente, de que mediante la toma de tales decisiones se crea el Yo, el Ser.

La mayoría de vosotros no estáis interesados en esta tarea tan importante. La mayoría preferís dejarla para los demás. Y así la mayoría no sois auto-creados, sino criaturas del hábito, de la costumbre, criaturas creadas por otros.

Entonces, cuando los demás os han dicho lo que debéis sentir, y esto va directamente en contra de lo que vosotros sentís, experimentáis un profundo conflicto interior. Algo dentro de vosotros os dice que lo que otros os han dicho no coincide con Quienes Vosotros Sois. ¿Adónde acudir, pues? ¿Qué hacer?

A quienes primero acudís es a vuestros religiosos, a las personas que situáis en primer lugar. Acudís a vuestros curas, rabinos, ministros, y pastores, que os dicen que *dejéis de escucharos* a vosotros Mismos. Los peores de entre ellos tratarán de ahuyentar en vosotros lo que intuitivamente sabéis.

Os hablarán del diablo, de Satanás, de todos los demonios y espíritus del mal, del infierno y de la condenación, y de cualquier cosa espantosa que *ellos* crean que os convencerá de que todo lo que intuitivamente pensáis y sentís está equivocado, y que el único lugar en el que hallaréis consuelo es en *su* pensamiento, *sus* ideas, *su* teología, *sus* definiciones acerca de lo correcto y lo equivocado, y *su* concepto sobre Quiénes Sois Vosotros.

Lo más seductor del asunto es que todo lo que tenéis que hacer para lograr su instantánea aprobación es *estar de acuerdo*. Aceptadlo, y obtendréis su aprobación al momento. Algunos incluso cantarán, chillarán y bailarán, agitando los brazos y exclamando: ¡Aleluya!

Es difícil resistirse a esas manifestaciones de aprobación, de regocijo porque habéis visto la luz, ¡porque habéis sido *salvados*!

Pero tal aprobación y tales demostraciones rara vez se ven acompañadas de una decisión interna. Tales celebraciones rara vez se ven acompañadas de la decisión de seguir una verdad personal. En realidad, sucede todo lo contrario. No solo es posible que los demás no lo celebren, sino que de hecho quizá te quieran poner en ridículo. ¿Cómo, que piensas *por ti mismo*? ¿Decides *por ti mismo*? ¿Aplicas tus propios criterios, tus propias opiniones, tus propios valores? Pero bueno, ¿tú quién te crees que eres?

Y en realidad, *esa es precisamente la cuestión a la que estás respondiendo*.

Pero la tarea debe realizarse en gran medida a solas; sin recompensas, sin aprobaciones, quizás incluso sin que nadie lo note.

De modo que tu pregunta era muy buena. ¿Para qué seguir? ¿Para qué siquiera ponerse en camino? ¿Qué se gana emprendiendo este viaje? ¿Cuál *sería* el incentivo? ¿Cuál

es la razón, cuál el motivo?

La razón es ridículamente simple:

NO HAY NADA MÁS QUE HACER.

¿Qué significa eso?

Significa que es todo lo que hay. No hay otra cosa que hacer. En realidad, no puedes hacer otra cosa. Vas a seguir haciendo lo que haces durante el resto de tu vida, tal y como has estado haciéndolo desde tu nacimiento. La única cuestión es si lo harás consciente o inconscientemente.

Ves, no puedes *desembarcarte* del viaje. Lo emprendiste antes de nacer. Tu nacimiento fue simplemente la señal de que el viaje había empezado.

De modo que la cuestión no es: ¿para qué ponerse en camino? Ya te has puesto en camino. Lo hiciste con el primer latido de tu corazón. La cuestión es: ¿quiero recorrer este camino consciente o inconscientemente? ¿Con discernimiento o sin él? ¿Como causa de mi experiencia, o como efecto de ella?

La mayor parte de tu vida has vivido como efecto de tus experiencias. Ahora, te invito a que seas la causa de ellas. Eso es lo que se conoce como “vida consciente”. Es lo que se denomina *caminar con discernimiento*.

Ahora bien: muchos de vosotros habéis recorrido bastante distancia, como ya he dicho. Y tú no has avanzado poco. De modo que no debes pensar que, tras todas esas vidas, “solo” has llegado hasta aquí. Algunos de vosotros sois criaturas muy evolucionadas, con un sentido del Yo muy certero. Sabéis Quiénes Sois, y sabéis quiénes os gustaría llegar a ser. E incluso, más aún, sabéis el modo de pasar de lo uno a lo otro.

Es una gran señal; es una indicación segura.

¿De qué?

Del hecho de que ya os faltan muy pocas vidas.

¿Eso es bueno?

Lo es para ti en este momento. Y si es así es porque tú dices que es así. No hace mucho tiempo todo lo que querías hacer era permanecer aquí; ahora todo lo que quieres hacer es irte. Esto es una muy buena señal.

No hace mucho tiempo matabas las cosas: insectos, plantas, árboles, animales, *personas*; ahora no puedes matar ni una mosca sin saber exactamente lo que estás haciendo, y para qué. Y esto es una muy buena señal.

No hace mucho tiempo vivías la vida como si no tuviera ningún objetivo. Ahora *sabes* que no tiene ningún objetivo, salvo el que *tú le des*. Y esto es una *muy* buena señal.

No hace mucho tiempo aspirabas a ser rico y famoso. Ahora aspiras a ser, sencilla y maravillosamente, Tú Mismo.

Y no hace mucho tiempo Me *temías*. Ahora Me *amas*, lo suficiente como para considerarme como tu igual.

Y todas esas cosas son muy, pero que *muy* buenas señales.

Bueno, ¡cielos...! Haces que me sienta bien.

Debes sentirte bien. ¡Nadie que utilice la palabra “cielos” en una frase puede sentirse mal!

¡Realmente tienes sentido del humor!, ¿sabes?...

¡Yo inventé el humor!

Sí, ya me lo habías dicho. De acuerdo. Entonces, la razón para continuar es que no puedes hacer otra cosa. Esto es lo que está pasando ahora.

Exactamente.

Entonces, ¿puedo preguntarte si, al menos, será un poco más fácil?

*¡Ah, mi querido amigo! Ni te imaginas lo mucho más fácil que es para ti *ahora* que hace tres vidas.*

Sí, sí... será más fácil. Cuanto más recuerdes, más podrás experimentar y más sabrás, por así decirlo. Y cuanto más sepas, más recordarás. Se trata de un círculo. De modo que sí: cada vez es más fácil, cada vez es mejor; incluso cada vez produce mayor alegría.

*Pero recuerda: *ninguna* de esas vidas ha sido en vano. Quiero decir, que las has amado *todas*. ¡Cada minuto pasado! ¡Ah, es delicioso eso llamado “vida”! ¡Es una experiencia de “rechupete”!, ¿no?*

Bueno, sí, supongo...

*¿Supones? ¿Podría haberla hecho mucho más deliciosa? ¿Acaso no os permite experimentar *todo*: las lágrimas, la alegría, el dolor, el regocijo, la exaltación, la depresión profunda, la victoria, la derrota, el empate...? ¿Qué más se puede pedir?*

Quizás un poco menos de dolor.

Menos dolor sin más sabiduría frustraría vuestro propósito; no os permitiría experimentar la alegría infinita, que es lo Que Yo Soy.

*Sé paciente. *Estás* ganando en sabiduría. Y tus alegrías cada vez resultan más asequibles *sin* dolor. También eso es una muy buena señal.*

*Estás aprendiendo a (recordando cómo) amar sin dolor; a soltar o ceder sin dolor; a crear sin dolor; incluso a llorar sin dolor. Sí, incluso puedes *experimentar tu dolor* sin dolor, si sabes lo que quiero decir.*

Creo que lo hago. Incluso disfruto más de los dramas de mi propia vida. Puedo distanciarme y verlos tal como son. E incluso reír.

Exacto. ¿Y no llamarías a eso crecimiento?

Supongo que sí.

Entonces, sigue creciendo, hijo Mío. Sigue deviniendo. Sigue decidiendo lo que

quieres llegar a ser en la siguiente versión más elevada de Ti Mismo. Sigue trabajando en esa dirección. ¡Continúa! Lo que tenemos entre manos, tú y Yo, es la obra de Dios. ¡Continúa, pues!

10

Te amo. ¿Lo sabes?

Lo sé. Y Yo te amo a ti.

11

Me gustaría volver a mi lista de preguntas. ¡Hay tantos detalles que quisiera añadir a cada una de ellas! Podríamos escribir un libro entero solo sobre las relaciones, lo sé. Pero entonces nunca pasaríamos a mis otras preguntas.

Habrás otros momentos y otros lugares, incluso otros libros. Yo estoy contigo. Sigamos, pues. Ya volveremos sobre ello si tenemos tiempo.

De acuerdo. Entonces, mi siguiente pregunta era: ¿por qué parece que nunca en mi vida puedo conseguir el dinero suficiente? ¿Estoy destinado a estar siempre sin un duro y haciendo equilibrios? ¿Qué es lo que me impide realizar mi pleno potencial en lo que respecta al dinero?

Esta circunstancia no solo se manifiesta en tu caso, sino en el de muchísimas personas.

Todo el mundo me dice que es un problema de autoestima; de falta de autoestima. He tenido a una docena de maestros “nueva era” diciéndome que esta carencia de todo siempre es consecuencia de una falta de autoestima.

Resulta una simplificación muy conveniente. En este caso, tus maestros están equivocados. Tú no padeces una falta de autoestima. En realidad, el mayor obstáculo de tu vida ha sido el control de tu ego. ¡Algunos podrían decir que es un caso de *demasiada* autoestima !

Bueno, de nuevo me siento turbado, avergonzado y disgustado, pero tienes razón.

Sigues diciendo que te sientes turbado y disgustado cada vez que simplemente digo la verdad sobre ti. *La turbación es la respuesta de una persona que todavía tiene un ego preocupado por cómo lo ven los demás.* Invítate a ti mismo a ir más allá. Prueba una nueva respuesta. Prueba la risa.

De acuerdo.

Tu problema no es la autoestima. Has sido dotado de ella en abundancia. Como la mayor parte de la gente. Todos vosotros pensáis muy bien de vosotros mismos; como debe ser. De modo que, para la gran mayoría de la gente, el problema no es de autoestima.

¿Cuál es, entonces?

El problema consiste en no entender los principios de la abundancia; unido, normalmente, a un juicio bastante equivocado acerca de lo que es “bueno” y lo que es “malo”.

Permíteme que te ponga un ejemplo.

No faltaría más.

Tienes la idea de que el dinero es malo. Tienes también la idea de que Dios es bueno. ¡Jesús! Por tanto, en tu sistema de pensamiento Dios y el dinero no son compatibles.

Bueno, en cierto sentido supongo que es exacto. Así es como pienso.

Esto hace que las cosas se pongan muy interesantes; puesto que entonces esas ideas te hacen difícil aceptar dinero a cambio de algo bueno.

Quiero decir, que si consideras que algo es muy “bueno”, su coste en términos de dinero es *menor* para ti. Así, cuanto “mejor” es algo (es decir, cuanto más merece la pena), menos *dinero* vale.

No eres el único que piensa así. Toda tu sociedad lo piensa. Por eso los maestros ganan una miseria, y los artistas del porno una fortuna. Vuestros dirigentes ganan tan poco en comparación con las figuras del deporte, que consideran que tienen que robar para compensar la diferencia. Vuestros curas y rabinos viven a pan y agua, mientras *atiborráis* de dinero a los artistas.

Piensa en ello. Todo aquello a lo que le dais un alto valor *intrínseco* os empeñáis en que debe costar poco dinero. El investigador científico solitario que busca un remedio para el SIDA tiene que mendigar el dinero, mientras que la mujer que escribe un libro sobre cien nuevas maneras de practicar el sexo, edita cd's y crea seminarios de fin de semana sobre la materia... gana una fortuna.

Esto de tener el “mundo al revés” es algo a lo que sois muy propensos, y es consecuencia de un pensamiento equivocado.

Lo equivocado es vuestra idea sobre el dinero. Lo amáis, y sin embargo decís que es la raíz de todo mal. Lo adoráis, y no obstante lo llamáis “el vil metal”. De alguien muy rico decís que es “asquerosamente rico”. Y si alguien se hace rico haciendo cosas “buenas”, inmediatamente os resulta sospechoso. Decís que es “injusto”.

Así un médico sería mejor que no ganara *demasiado* dinero, o bien lo mejor que podría hacer es aprender a ser discreto al respecto. ¡Y no digamos una *ministra* religiosa! ¡Uf! Realmente será mejor que no gane un montón de dinero, o seguro que tendrá problemas –y eso asumiendo que permitís que una mujer sea ministra.

Como puedes ver, según *vuestro* modo de pensar, *la persona que elige la vocación más elevada debe ser la peor pagada...*

Mmmm...

Sí, ese “mmm” está bien. *Debes* pensar en ello, pues es un pensamiento equivocado.

Creía que no había nada que fuera equivocado o correcto.

No lo hay. Solo hay lo que te sirve, y lo que no te sirve. Los términos “correcto” o “equivocado” son relativos, y siempre que los utilizo lo hago en ese sentido. En este caso, en relación a lo que te sirve –en relación a lo que *tú dices que quieres*–, tus pensamientos sobre el dinero son pensamientos equivocados.

Recuerda que los pensamientos son creadores. De modo que si piensas que el dinero es malo, y sin embargo piensas que tú eres bueno... en fin, el conflicto es evidente.

Ahora bien: particularmente tú, hijo Mío, muestras en este asunto una conciencia especialmente acusada. Para la mayoría de la gente el conflicto no es, ni mucho menos, tan enorme como para ti. La mayoría hace cosas que detesta para poder vivir, de modo que no

les molesta ganar dinero con ello. “Mal por mal...”, suelen decir. Pero tú amas lo que haces con los días de tu vida. Adoras las actividades con los que los llenas.

En consecuencia, para ti, obtener grandes cantidades de dinero por lo que haces sería, según tu sistema de pensamiento, obtener “mal” por “bien”, lo cual te resulta inaceptable. Antes preferirías morir de hambre que ganar “el vil metal” por un servicio que consideras puro... como si de algún modo el servicio perdiera su pureza al ganar dinero con él.

He aquí, pues, la auténtica ambivalencia respecto al dinero. Una parte de ti lo rechaza, y una parte de ti se resiente al no tenerlo. Ahora bien, el universo no sabe qué hacer con eso, puesto que recibe de ti dos pensamientos diferentes. De modo que tu vida, en lo que respecta al dinero, va a seguir funcionando a rachas porque tú sigues funcionando a rachas en relación al dinero.

No tienes un objetivo claro; no estás realmente seguro de qué es para ti lo verdadero. Y el universo viene a ser como una gran fotocopiadora: simplemente produce una serie de copias de tus pensamientos.

Ahora bien: solo hay una manera de cambiar todo esto. Tienes que cambiar tu *pensamiento* sobre ello.

¿Cómo puedo cambiar mi manera de *pensar*? Mi manera de pensar respecto a algo es mi manera de pensar. Mis pensamientos, mis actitudes, mis ideas no se han creado en un minuto. Tengo que suponer que son el resultado de años de experiencia, de toda una vida de dificultades. Tienes razón acerca de mi modo de pensar respecto al dinero, pero, ¿cómo puedo cambiarlo?

Esta podría ser la pregunta más interesante de este libro. El método habitual de creación para la mayoría de los seres humanos es un proceso de tres etapas que comprende el pensamiento, la palabra y la obra –o acción.

Primero viene el pensamiento, la idea generadora, el concepto inicial. Luego viene la palabra. La mayoría de los pensamientos se transforman en palabras, que a menudo luego son escritas o pronunciadas. Esto proporciona energía añadida al pensamiento, lanzándolo al mundo, donde puede ser percibido por otros.

Finalmente, en algunos casos las palabras se convierten en acción, y se obtiene lo que llamáis un resultado; una manifestación en el mundo físico de lo que simplemente empezó siendo un pensamiento.

Todo lo que os afecta en vuestro mundo artificial surge de este modo, con pequeñas variaciones –utilizando los tres centros de creación.

Pero entonces surge una cuestión: ¿cómo cambiar un Pensamiento Promotor?

Esta es realmente una buena pregunta, y una muy importante, puesto que si los humanos no cambian algunos de sus Pensamientos Promotores, la humanidad podría verse destinada a extinguirse.

El modo más rápido de cambiar un pensamiento raíz, o una idea promotora, es *invertir el proceso pensamiento-palabra-obra*.

Explícamelo.

Realiza la acción sobre la que quieres tener un nuevo pensamiento. Luego pronuncia las palabras asociadas a tu nuevo pensamiento. Hazlo lo suficientemente a menudo, y enseñarás a tu mente a *pensar de una nueva manera*.

¿Enseñar a la mente? ¿Esto no es simplemente manipulación mental? ¿Eso no es control de la

mente?

¿Tienes alguna idea sobre cómo tu mente ha llegado a tener los pensamientos que *ahora* tiene? ¿Sabes que tu mundo ha manipulado a tu mente para que piense como lo hace? ¿No sería mejor que fueras tú quién manipulara tu mente, y no el mundo?

¿No sería mejor que pensaras los pensamientos que tú quieres pensar, y no los de los demás? ¿No estás mejor pertrechado con pensamientos creadores que con pensamientos reactivos?

Sin embargo, tu mente está llena de pensamiento reactivo –pensamiento que brota de la experiencia de otros. Muy pocos de tus pensamientos brotan de datos producidos por ti mismo, y aún menos de preferencias producidas por ti mismo.

Tu propio pensamiento raíz respecto al dinero es un ejemplo excelente. Tu pensamiento respecto al dinero (el dinero es malo) va directamente en contra de tu experiencia (¡es estúpido tener dinero!). De modo que tienes que mentirte a ti mismo acerca de tu experiencia con el fin de justificar tu pensamiento raíz, tu pensamiento promotor.

Dicho pensamiento se halla tan *arraigado*, que ni siquiera se te ocurre la posibilidad de que tu idea respecto al dinero *podría ser inexacta*.

De modo que lo que nos interesa es que surjan datos producidos por nosotros mismos. Y *así* es como cambiamos un pensamiento raíz, y hacemos que sea *tu* pensamiento raíz, y no el de algún otro.

Por cierto: tienes otro pensamiento raíz respecto al dinero que aún no he mencionado.

¿Cuál es?

Que no hay bastante. En realidad, tienes este mismo pensamiento raíz respecto a todo. No hay bastante dinero, no hay bastante tiempo, no hay bastante amor, no hay bastante comida, agua, compasión en el mundo... De cualquier cosa que sea buena resulta que *no hay lo suficiente*.

Esta corriente de consciencia del “nunca-hay-bastante” crea el mundo tal y como lo ves.

De acuerdo. Entonces, tengo dos pensamientos raíz –dos Pensamientos Promotores– a cambiar con respecto al dinero.

¡Bueno, dos como mínimo! Probablemente sean muchos más. Veamos... el dinero es malo... el dinero es escaso... no se puede recibir dinero por realizar la obra de Dios (en tu caso, este es importante)... el dinero nunca se da gratuitamente... el dinero no crece en los árboles (cuando en realidad sí lo hace)... el dinero corrompe...

Veo que tengo mucho que hacer.

En efecto, dado que no estás contento con tu situación económica actual. Por otra parte, es importante entender que estás descontento con tu situación económica actual *porque* estás descontento con tu situación económica actual.

A veces se me hace difícil seguirte...

A veces se me hace difícil guiarte...

Escucha: Tú eres el Dios aquí. ¿Por qué no lo haces más fácil de entender?

Ya lo he *hecho* fácil de entender.

Entonces, ¿por qué simplemente no *haces* que lo entienda, si eso es lo que realmente quieres?

Yo realmente quiero lo que tú realmente quieras; nada más y nada menos. ¿No ves que ese es el mayor regalo que te he dado? Si Yo quisiera para ti algo distinto de lo que tú quieres para ti, y luego llegara al extremo de *ser la causa de que lo tuvieras*, ¿dónde queda tu libre albedrío? ¿Cómo podrías ser un ente creador si Yo te estoy dictando lo que vas a ser, hacer y tener?

Mi gozo está en tu libertad, no en tu obediencia.

De acuerdo. ¿Decías que no estoy contento con mi situación económica porque no estoy contento con mi situación económica?

Tú eres lo que piensas que eres. Cuando el pensamiento es negativo, se trata de un círculo vicioso. Tienes que encontrar un modo de romper el círculo.

Así, una gran parte de tu experiencia actual se basa en tu pensamiento previo. El pensamiento conduce a la experiencia, que a su vez conduce al pensamiento, que a su vez conduce a la experiencia. Cuando el Pensamiento Promotor es alegre, esto puede producir una alegría constante. Cuando el Pensamiento Promotor es infernal, puede producir –y de hecho produce– un continuo infierno.

El truco consiste en cambiar el Pensamiento Promotor. Me disponía a ilustrarte acerca de cómo hacerlo.

Adelante.

Gracias.

Lo primero que hay que hacer es invertir el paradigma pensamiento-palabra-obra. ¿Recuerdas el viejo adagio: “piensa antes de actuar”?

Sí.

Bueno, pues olvídale. Si quieres cambiar un pensamiento raíz, tienes que *hacerlo antes de pensarlo*.

Por ejemplo: vas andando por la calle y te cruzas con una anciana que pide limosna. Te das cuenta de que está en los huesos y de que vive al día, sobreviviendo. Instantáneamente sabes que por poco dinero que lleves, seguramente tienes el suficiente como para poder compartirlo con ella. Tu primer impulso es darle algunas monedas. Una parte de ti incluso está dispuesta a meter la mano en el bolsillo para darle algún billete. Qué demonios, haz que sea un gran momento para ella, alégrale el día.

Entonces, aparece el pensamiento. ¿Estás loco? ¡Solo tenemos dos de esos billetes para todo el día! ¿Y tú quieres darle uno? Entonces, tu mano empieza a hurgar buscando ese billete.

Y otra vez el pensamiento: ¡eh, venga ya! ¡No tienes tanto como para ir regalándolo por ahí! ¡Por lo que más quieras, dale algunas monedas y vámonos de aquí!

Rápidamente buscas en tu otro bolsillo tratando de sacar algunas monedas. Pero con tu mano solo notas algunas de escaso valor. Te sientes turbado. ¡Tú, bien vestido y bien alimentado, solo vas a darle a está pobre mujer que nada tiene unos pocos céntimos!

Tratas en vano de encontrar al menos alguna moneda grande. ¡Ah!, aquí hay una, en el fondo del bolsillo. Pero entre tanto has pasado de largo, con una sonrisa lánguida, y ya es demasiado tarde para volver atrás. Ella no consigue nada; y tampoco tú consigues nada. En vez de la alegría de ser consciente de tu abundancia y de compartirla, ahora te sientes tan pobre como la mujer.

¿Por qué *simplemente no le diste el billete*? Tu primer impulso fue ese, pero luego se interpuso tu pensamiento.

La próxima vez, decide actuar antes de pensar. Dale el dinero. ¡Adelante! Tienes suficiente, y conseguirás más. Ese es el único pensamiento que te distingue de la mujer. Tú sabes con certeza que conseguirás más, mientras que ella no lo sabe.

Cuando quieras cambiar un pensamiento raíz, actúa de acuerdo con la nueva idea que tengas. Pero debes actuar con rapidez, o tu mente matará la idea antes de que te des cuenta. Y lo digo literalmente. La idea, la nueva verdad, morirá dentro de ti *antes de que hayas tenido la oportunidad de ser consciente de ella*.

Así pues, actúa con rapidez cuando surja la oportunidad; y, si lo haces lo bastante a menudo, tu mente pronto *captará la idea*. Y será tu nuevo pensamiento.

Creo que algo entiendo. ¿Es a esto a lo que alude el llamado Movimiento del Nuevo Pensamiento?

Si no lo es, debería serlo. El nuevo pensamiento es tu única posibilidad. Es tu única oportunidad real de evolucionar, de crecer, de convertirte de verdad en Quien Realmente Eres.

En este momento tu mente está llena de viejos pensamientos. No solo de viejos pensamientos, sino, en su mayor parte, de viejos pensamientos de algún otro. Ahora, en este momento, lo importante es cambiar tu mente a este respecto. En esto consiste la evolución.

12

¿Por qué no puedo hacer lo que realmente quiero y al mismo tiempo ganarme la vida?

¿Qué? ¿Quieres decir que realmente pretendes pasarlo bien en la vida y al mismo tiempo ganar lo suficiente para vivir? ¡Muchacho, tú estás soñando!

¿Cómo...?

¡Era broma! Estaba respondiendo como lo haría una mente estrecha. Pero fíjate que ese ha sido *tu* pensamiento al respecto.

Esa ha sido mi experiencia.

Sí. Bueno, ya hemos hablado de esto varias veces. Las personas que se ganan la vida haciendo lo que les gusta son las que se empeñan en conseguirlo. No se rinden. Nunca ceden. Desafían a la vida si no les deja hacer lo que les gusta.

Pero hay otro elemento que se debe mencionar aquí, pues se trata de un elemento que se halla ausente en el razonamiento de la mayoría de las personas cuando inician su vida laboral.

¿Cuál es?

Hay una diferencia entre ser y hacer, y la mayoría de la gente da más importancia a lo segundo.

¿Y no debería?

No es cuestión de si “debería” o “no debería”. Es una cuestión de qué eliges, y como puedes conseguirlo. Si tú eliges la paz, la alegría y el amor, no conseguirás mucho a través de lo que hagas. Si escoges la felicidad y el contento, poco de ello lograrás por la vía del hacer.

Sí eliges la unión con Dios, un conocimiento supremo, una profunda sabiduría, una compasión sin límites, una consciencia plena, realización absoluta, poco de eso lograrás como resultado de lo que hagas.

En otras palabras, si eliges la *evolución* –la evolución de tu alma–, no vas a conseguirla a través de las actividades mundanas de tu cuerpo.

Hacer es una función del cuerpo. *Ser* es una función del alma. El cuerpo siempre está haciendo *algo*. Cada minuto de cada día tiene *algo* entre manos. Nunca se detiene, nunca descansa; constantemente está *haciendo* algo.

O bien hace lo que hace a instancias del alma, o bien lo hace a pesar del alma. La calidad de tu vida depende de qué predomine en este equilibrio.

El alma siempre está *siendo*. Está siendo lo que está siendo independientemente de lo que haga el cuerpo, no *a consecuencia* de lo que haga el cuerpo.

Si piensas que tu vida se basa en el hacer, no entiendes de qué se trata.

A tu alma no le importa lo *que* hagas para ganarte la vida (y cuando tu vida termine, tampoco a ti te importará lo que hayas hecho). A tu alma solo le importa lo que estás *siendo*

mientras lo haces, *sea lo que sea* lo que estés haciendo.
Lo que el alma busca es un estado de ser, no de hacer.

¿Qué quiere ser el alma?

Yo.

¿Tú?

Sí, Yo. Tu alma es Yo, y lo sabe. Lo que hace es tratar de *experimentarlo*. Y lo que recuerda es que la mejor forma de tener esta experiencia es *no hacer nada*. No hay nada más que hacer que ser.

¿Que ser qué?

Cualquier cosa que quieras ser. Feliz. Triste. Débil. Fuerte. Alegre. Vengativo.
Perspicaz. Ciego. Bueno. Malo. Macho. Hembra.
Lo que quieras, y lo digo literalmente, lo que quieras.

Todo esto es muy profundo, ¿pero qué tiene que ver con mi ocupación? Trato de encontrar una manera de seguir vivo, de sobrevivir, de mantenerme a mí mismo y a mí familia, haciendo lo que me gustaría hacer.

Trata de ser lo que te gustaría ser.

¿Qué quieres decir?

Algunas personas ganan un montón de dinero haciendo lo que hacen; otras apenas ganan, y *hacen lo mismo*. ¿Dónde está la diferencia?

Algunas personas tienen más capacidad que otras.

Ese es un primer aspecto; pero vamos al segundo. Imaginemos que dos personas tienen unas capacidades relativamente iguales. Ambas se licenciaron en la universidad, ambas fueron el número uno de su promoción, ambas conocen lo esencial de su trabajo, ambas saben cómo utilizar sus instrumentos con gran facilidad; sin embargo, una lo hace mejor que la otra, una prospera mientras la otra sigue luchando. ¿A qué se debe?

A la posición, la localización.

¿A la posición?

Alguien me dijo una vez que, cuando uno inicia un nuevo negocio, solo ha de tener en cuenta tres cosas: la situación, la situación y la situación.

En otras palabras: no tanto “¿qué vas a hacer?”, sino “¿dónde vas a estar?”.

Exactamente.

Eso suena también como mi respuesta a tu pregunta. Al alma solo le preocupa dónde vas a estar. ¿Vas a estar en un lugar llamado temor, o en un lugar llamado amor? ¿Dónde estás –y de dónde vienes– cuando te encuentras con la vida?

Ahora bien: en el ejemplo de los dos trabajadores igualmente cualificados, si uno tiene éxito y el otro no, no se debe a lo que hace cualquiera de los dos, sino debido a lo que ambos son.

Una persona es abierta, amistosa, cuidadosa, servicial, considerada, animada, confiada, y además está contenta con su trabajo, mientras que la otra es cerrada, distante, descuidada, desconsiderada, gruñona, y está resentida por hacer lo que hace.

¿Y si escogieras estados todavía más elevados de ser? ¿Y si eligieras la bondad, la misericordia, la compasión, el conocimiento, el perdón, el amor? ¿Qué pasaría si escogieras la santidad? ¿Cuál sería *entonces* tu experiencia?

Te aseguro esto:

El *ser* atrae al ser, y produce experiencia.

No estás en este planeta para producir algo con tu cuerpo. Estás aquí para producir algo con tu alma. Tu cuerpo es, simple y llanamente, el instrumento de tu alma. Tu mente es la fuerza que hace que el cuerpo funcione. De modo que lo que tienes es una poderosa herramienta utilizada para la creación del deseo del alma.

¿Cuál es el deseo del alma?

Eso es, ¿cuál es?

No lo sé. Te lo pregunto a ti.

No lo sé. Te lo pregunto a ti.

Podemos seguir así indefinidamente.

Sí.

¡Un momento! No hace mucho has dicho que el alma aspira a ser *Tú*.

Así es.

Entonces ese es el deseo del alma.

En un sentido amplio, sí. Pero ese Yo que aspira a ser es muy complejo, muy multidimensional, multisensual, con múltiples facetas. Hay un millón de aspectos de Mí –un billón, un trillón. ¿Sabes? Incluye lo profano y lo profundo, lo más pequeño y lo más grande, lo más falso y lo más sagrado, lo más horrible y lo más piadoso, ¿sabes?

Sí, sí, lo sé... el arriba y el abajo, la izquierda y la derecha, el aquí y el allí, el antes y el después, lo bueno y lo malo...

Precisamente. Yo soy el Alfa y el Omega. Eso no era solo una frase bonita, o un concepto elegante. Era la Verdad expresada.

De modo que, al aspirar a ser Yo, el alma se enfrenta a una grandiosa tarea; un enorme menú de posibilidades de ser entre las que elegir. Y eso es lo que está haciendo en este momento.

Eligiendo estados de ser.

Sí; y produciendo luego las *condiciones* apropiadas y perfectas en las cuales poder crear la experiencia de tales estados. Es, pues, cierto que no te puede ocurrir nada a ti, y que no puede ocurrir nada a través de ti, que no sea por tu propio bien más elevado.

¿Quieres decir que mi alma está creando toda mi experiencia, incluyendo no solo lo que yo hago, sino también todo lo que me ocurre?

Digamos que tu alma te procura las *oportunidades* apropiadas y perfectas de que experimentes exactamente lo que has planeado experimentar. Lo que realmente experimentes depende de ti. Puede que sea lo que planeabas experimentar, o puede que sea otra cosa distinta, dependiendo de lo que hayas elegido.

¿Por qué elegiría algo que no quisiera experimentar?

No lo sé. ¿Por qué lo harías?

¿Quieres decir que a veces el alma desea una cosa, y el cuerpo o la mente desean otra?

¿Tú qué crees?

¿Pero cómo pueden, el cuerpo o la mente, imponerse al alma? ¿No consigue el alma siempre lo que quiere?

Tu espíritu aspira, en el más amplio sentido, al grandioso momento en el que tengas plena consciencia de sus deseos, y confluyas en gozosa unidad con ellos. Pero el espíritu no impondrá nunca jamás su deseo a tu parte presente, consciente, física.

El Padre no impondrá Su voluntad al Hijo. Hacer eso sería una violación de Su propia naturaleza, y, en consecuencia, es literalmente imposible.

El Hijo no impondrá Su voluntad al Espíritu Santo. Hacer eso sería ir contra su propia naturaleza, y, en consecuencia, es literalmente imposible.

El Espíritu Santo no impondrá Su voluntad a tu alma.

Hacer eso no forma parte de la naturaleza del espíritu, y, en consecuencia, es algo literalmente imposible.

Aquí es donde terminan las imposibilidades. La mente muy a menudo *sí* trata de imponer su voluntad sobre el cuerpo, y lo consigue. Del mismo modo, el cuerpo trata muy a menudo de controlar la mente, y frecuentemente con éxito.

Sin embargo, el cuerpo y la mente unidos no tienen nada que hacer a la hora de controlar el alma, ya que el alma se halla totalmente libre de necesidad (a diferencia del cuerpo y de la mente, que están encadenados a ella) y, por eso, el alma deja que el cuerpo y la mente hagan siempre lo que quieran.

De hecho, el alma no lo podría hacer de otra manera, pues si la entidad que tú eres ha de crear –y, en consecuencia, reconocer– quién es realmente, deberá hacerlo mediante un

acto de volición consciente, no por un acto de obediencia inconsciente.

La obediencia no es creación; por tanto, nunca puede producir la salvación.

La obediencia es una respuesta, mientras que la creación es decisión pura, no exigida, no necesaria.

La decisión pura produce la salvación por medio de la pura creación de la idea más elevada en este mismo momento.

La función del alma consiste en *indicar* su deseo, no en *imponerlo*.

La función de la mente consiste en *elegir* entre distintas alternativas.

La función del cuerpo consiste en *representar* esa decisión.

Cuando el cuerpo, la mente y el alma crean juntas, en unidad y armonía, Dios se hace carne.

Es entonces cuando el alma se conoce a sí misma en su propia experiencia.

Es entonces cuando los cielos se regocijan.

Ahora mismo, en este momento, tu alma te ha creado de nuevo una oportunidad de ser, hacer y tener lo necesario para conocer Quien Tú Realmente Eres.

Tu alma te ha *conducido* hacia las palabras que estás leyendo en este momento, igual que antes te ha conducido hacia palabras de verdad y sabiduría.

¿Qué harás ahora? ¿Qué decidirás ser?

Tu alma espera, y observa con interés, como ha hecho muchas otras veces.

Si lo entiendo bien, ¿dices que mi éxito mundano (sigo intentando que hablemos de mi ocupación) vendrá determinado por el estado de ser que yo elija?

A mí no me preocupa tu éxito mundano; solo te preocupa a ti.

Es cierto que, cuando alcanzas determinados estados de ser durante un período de tiempo prolongado, resulta muy difícil eludir el éxito en aquello que estás haciendo en el mundo. Pero no debes preocuparte por “ganarte la vida”. *Los auténticos Maestros son aquellos que han elegido tener una vida, en vez de “ganarse la vida”.*

De determinados estados de ser brota una vida tan rica, tan plena, tan magnífica y tan valiosa, que los bienes y el éxito mundanos dejan de preocuparte.

La ironía de la vida es que, en cuanto los bienes y el éxito mundanos dejan de preocuparte, estos empiezan a afluir hacia ti.

Recuerda que no puedes tener lo que quieres, sino que puedes experimentar lo que sea que tengas.

¿No puedo tener lo que quiero?

No.

Ya me lo habías dicho antes, muy al principio de nuestro diálogo. Sin embargo, no lo entiendo. Creía que me habías dicho que podía tener *cualquier cosa* que quisiera.

“Tal como pienses, tal como creas, así se te dará”, y todo eso.

Las dos afirmaciones no se contradicen entre sí.

¿No? Pues a mí me lo parece.

Eso es porque te falta entendimiento.

Lo admito. Por eso es por lo que estoy hablando contigo.

Te lo explicaré. No puedes tener *nada* que quieras. El propio acto de querer algo aleja ese algo de ti, tal como ya dije en el primer capítulo.

Bueno, puede que ya lo dijeras, pero me estoy perdiendo por momentos.

Trata de seguirme. Voy a repasarlo de nuevo con más detalle. Volvamos a un punto que sí entiendes: el *pensamiento es creador*. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

La palabra es creadora. ¿Vale?

Vale.

La acción es creadora. Pensamiento, palabra y obra son los tres niveles de la creación. ¿Me sigues?

Perfectamente.

Bien. Ahora vayamos de momento al tema del “éxito mundano”, que es de lo que hablabas y sobre lo que me preguntabas.

¡Genial!

Entonces, ¿tú tienes el pensamiento: “yo quiero el éxito mundano”?

Sí, a veces.

¿Y a veces tienes también el pensamiento: “yo quiero más dinero”?

Sí.

Entonces, no puedes tener ni éxito mundano *ni* más dinero.

¿Por qué no?

Porque el universo no puede hacer otra cosa que producir *la manifestación directa de tu pensamiento*.

Tu pensamiento es: “yo quiero el éxito mundano”. Has de entender que el poder creador es como un genio en una botella. Tus palabras son órdenes para él. ¿Lo entiendes?

Entonces, ¿por qué no tengo más éxito?

Ya te lo he dicho: porque tus palabras son órdenes para él. Ahora bien, tus palabras

fueron: “yo quiero éxito”. Y el universo responde: “de acuerdo”.

No estoy seguro de seguirte.

Míralo de este modo. La palabra “yo” es la llave que pone en marcha el motor de la creación. Las palabras “yo quiero” son sumamente poderosas. Son afirmaciones al universo, mandatos.

Ahora bien, cualquier cosa que siga a la palabra “yo” (que hace que surja el gran Yo Soy) tiende a manifestarse en realidad física.

Por tanto, “yo” + “quiero éxito” produce que tú *quieras éxito*. “Yo” + “quiero dinero” produce necesariamente que tú *quieras dinero*. Y no puede producir otra cosa, ya que los pensamientos y las palabras son creadores. También lo son los actos. Y si tú actúas de un modo que afirme que quieres éxito y dinero, entonces tus pensamientos, palabras y actos están de acuerdo, y puedes estar *seguro* de que tendrás la experiencia de este “querer”.

¿Lo ves?

¡Sí! ¡Dios mío! ¿Realmente funciona así?

¡Y tanto! Eres un *creador sumamente poderoso*. Ahora bien, da por sentado que si solo tuviste un pensamiento, si has hecho una sola afirmación, solo una vez –por ejemplo, en un momento de enfado o de frustración–, no es probable que vayas a convertir tales pensamientos o palabras en realidad. Así, no debes preocuparte por los “¡muérete!” o “¡vete al infierno!” , o todas las demás cosas poco agradables que a veces dices o piensas.

¡Gracias a Dios!

No hay de qué. Sin embargo, si repites un pensamiento, o pronuncias una palabra, una y otra vez –no una vez ni dos, sino docenas, centenares, millares de veces–, no tienes ni idea del poder creador que tiene.

Un pensamiento o una palabra expresado y vuelto a expresar se convierte justamente en eso: en expresado. Es decir, en algo exteriorizado. Se convierte en algo realizado externamente. Se convierte en tu realidad física.

¡No te fastidia!

Eso es exactamente lo que muy a menudo produce: fastidio. Vosotros amáis el fastidio, el pesar, el drama –bueno, hasta que dejáis de hacerlo. Habrá un determinado momento en vuestra evolución en el que dejaréis de amar el drama, dejaréis de amar la “historia” que habéis vivido hasta ahora. Es entonces cuando decidís –elegís activamente– cambiarla. Solo que la mayoría no sabe cómo hacerlo. Tú, ahora, sí lo sabes. Para cambiar tu realidad, simplemente *deja de pensar como lo haces*.

En este caso, en vez de pensar: “yo quiero éxito”, piensa: “yo tengo éxito”.

Me parece que es mentirme a mí mismo. Sería burlarme de mí mismo decir eso. Mi mente me gritaría: “¡no digas idioteces!”.

Entonces, piensa un pensamiento que puedas aceptar: “ahora voy a tener éxito”, o “cada vez estoy más cerca del éxito”.

Así que ese es el truco de las técnicas de afirmación que utilizan determinadas corrientes de la Nueva Era...

Las afirmaciones no funcionan si no son más que declaraciones de algo que quieres que sea verdad. Las afirmaciones solo funcionan cuando son declaraciones de algo que ya sabes que es verdad.

La mejor “afirmación” es una declaración de gratitud y reconocimiento. “Gracias, Señor, por darme el éxito en mi vida”. Ahora bien, *esa idea*, pensada, dicha y realizada, produce resultados maravillosos cuando proviene de un auténtico conocimiento; no de un intento de *producir* resultados, sino del reconocimiento de que los resultados *ya* se han producido.

Jesús tuvo esa claridad. Antes de cada milagro, Me daba las gracias por adelantado por su otorgamiento. Nunca se le ocurrió no estar agradecido, puesto que nunca se le ocurrió que lo que Él declarara no iba a suceder. Tal pensamiento *nunca se le pasó por la cabeza*.

Tan seguro estaba de Quién era y de su relación conmigo, que cada pensamiento, palabra u obra suyos reflejaba su discernimiento; del mismo modo que tus pensamientos, palabras y obras reflejan el tuyo...

Así pues, si hay algo que decidas experimentar en tu vida, no lo “quieras”, decídelo. ¿Decides tener éxito en términos mundanos? ¿Decides tener más dinero? Bien, decídelo entonces, realmente, plenamente, con convicción.

Sin embargo, no debes sorprenderte si en una determinada etapa de tu desarrollo el “éxito mundano” deja de preocuparte.

¿Qué se supone que significa eso?

Llega un momento en la evolución de toda alma en que la preocupación principal ya no es la supervivencia o el cuerpo físico, sino el desarrollo del espíritu; ya no el logro del éxito mundano, sino la realización del Yo.

En cierto sentido, se trata de un momento muy peligroso, particularmente al principio, puesto que la entidad que se aloja en el cuerpo ahora sabe que es justamente eso: un ser en un cuerpo; no un ser corpóreo.

En esta etapa, antes de que la entidad en desarrollo madure este punto de vista, a menudo se produce un sentimiento de absoluta despreocupación respecto a los asuntos del cuerpo. ¡Tan entusiasmada está el alma de ser por fin “descubierta”!

La mente abandona el cuerpo, y todos los asuntos del cuerpo... todos son ignorados. Se abandonan las relaciones. Las familias desaparecen. Los trabajos pasan a segundo plano. Las facturas se quedan por pagar. El propio cuerpo se deja sin alimentar durante largos períodos. Todo el centro de atención de la entidad se desplaza al alma, y a los asuntos del alma.

Esto puede conducir a una importante crisis personal en la vida cotidiana del ser, aunque la mente no perciba ningún trauma. Vives suspendido en la felicidad. Los demás te dicen que has perdido el juicio –y en cierto sentido puede que sí.

El descubrimiento de la verdad de que la vida no tiene nada que ver con el cuerpo puede crear un desequilibrio hacia el *otro* extremo. Mientras que antes la entidad actuaba como si el cuerpo fuera todo lo que hay, ahora actúa como si el cuerpo no importara en absoluto. Esto, por supuesto, no es cierto; cosa que la entidad pronto recordará (a veces dolorosamente).

Sois seres constituidos por tres partes: cuerpo, mente y espíritu. *Siempre* estaréis constituidos por tres partes, y no solo mientras viváis en la Tierra.

Hay quienes plantean la hipótesis de que, al morir, el cuerpo y la mente se abandonan. Pero el cuerpo y la mente *no* se abandonan. El cuerpo cambia de forma, dejando atrás su parte más densa, pero siempre conservando su envoltura exterior. La mente (que no hay que confundir con el cerebro) también va contigo, uniéndose con el espíritu y el cuerpo como una sola masa de energía de tres dimensiones o facetas.

Si decides retornar a esta oportunidad de experimentar que se llama “vida en la Tierra”, tu yo divino separará de nuevo sus verdaderas dimensiones en lo que llamaréis “cuerpo, mente y espíritu”. En realidad es la misma y única energía, aunque con tres características distintas.

Cuando empiezas a habitar un nuevo cuerpo físico aquí en la Tierra, tu cuerpo etéreo (como algunos de vosotros lo habéis llamado) reduce sus vibraciones, y pasan de ser tan rápidas que el cuerpo ni siquiera puede verse, hasta llegar a una velocidad adecuada para producir masa y materia. Esta materia real es creación del pensamiento puro: la obra de tu mente, del aspecto mental más elevado de tu ser constituido por tres partes.

Esta materia es la coagulación de un millón de billones de trillones de diferentes unidades de energía en una enorme masa, controlable por la mente... ¡Realmente tenéis una mente superior!

Cuando todas esas minúsculas unidades han gastado su energía, son descartadas por el cuerpo, mientras que la mente crea otras nuevas. ¡Esto es lo que crea la mente a partir de su continuo pensamiento acerca de Quien Tú Eres! El cuerpo etéreo “atrapa” el pensamiento, por así decirlo, y reduce la vibración de más unidades de energía (en cierto sentido, las “cristaliza”), las cuales se convierten en materia –la nueva materia que te constituye. De este modo, cada célula de tu cuerpo cambia cada varios años. En un sentido totalmente literal, *no eres la misma persona* que eras hace unos pocos años atrás.

Si piensas pensamientos de malestar o enfermedad (o continuo enfado, odio y negatividad), tu cuerpo traducirá dichos pensamientos a una forma física. La gente verá esta forma material, negativa y enfermiza, y dirá: “¿qué pasa?”.

El alma contempla la representación de todo este drama, año tras año, mes tras mes, día tras día, momento a momento, y siempre se halla en posesión de la Verdad sobre ti. Nunca olvida el proyecto; el plan original; la primera idea; el pensamiento creador. Su tarea consiste en hacer que una vez más recuerdes, que *re-capacites* o *re-consideres*, Quién Eres, y luego decidas Quién Deseas Ser ahora.

De esta manera el ciclo de creación y experiencia, imaginación y realización, conocimiento y crecimiento hacia lo desconocido, continúa, ahora y para siempre jamás.

¡Guau!

Exactamente. ¡Y aún falta mucho por explicar! ¡Mucho más! Pero no cabe en un libro, ni probablemente en una vida. Sin embargo, tú has empezado y eso es bueno. Recuerda solo eso. Como dijo vuestro gran maestro William Shakespeare: “Hay más cosas en el Cielo y en la Tierra, Horacio, de las que ha soñado tu filosofía”.

¿Puedo hacerte algunas preguntas sobre eso? Por ejemplo: cuando dices que la mente me acompaña después de la muerte, ¿significa eso que mi “personalidad” me acompaña? ¿Sabré en la otra vida quién era?

Sí... y quién has sido siempre. *Todo* se te hará manifiesto, puesto que entonces sí te será de provecho lo que sabes, mientras que ahora no.

Y respecto a esta vida, ¿habrá que “rendir cuentas”?, ¿habrá un examen?

No hay ningún juicio en eso que llamáis “la otra vida”. Ni siquiera podrás juzgarte tú mismo (ya que seguramente te darías una puntuación muy baja, dado lo crítico y severo que eres contigo mismo en *esta* vida).

No, no hay que “rendir cuentas”, ni “pulgares hacia arriba” o “pulgares hacia abajo”. Solo los humanos juzgáis, y puesto que vosotros lo hacéis, suponéis que Yo lo hago. Pero Yo no lo hago; y esta es una gran verdad que no podéis aceptar.

No obstante, aunque en la otra vida no habrá ningún juicio, sí habrá la oportunidad de reconsiderar todo lo que habéis pensado, dicho o hecho aquí, y de decidir si eso es lo que elegiríais de nuevo basándoos en Quienes decís que Sois, y en Quienes Queréis Ser.

Existe una enseñanza mística oriental basada en una doctrina llamada Kama Loca. Según esta doctrina, en el momento de la muerte a cada persona se le da la oportunidad de revivir todos los pensamientos que ha albergado, todas las palabras que ha pronunciado, todos los actos que ha realizado, pero no desde su punto de vista, sino desde el punto de vista de cada una de las personas afectadas en cada situación. En otras palabras, habiendo *nosotros* experimentado ya todo lo que *sentíamos* al pensar, decir o hacer lo que pensamos, dijimos o hicimos en nuestra vida particular, entonces, en ese momento de la muerte, se nos concede la experiencia de sentir lo que la *otra* persona sintió en cada uno de esos momentos. Y es en base a *este* punto de vista como decidiremos si pensaríamos, diríamos o haríamos lo mismo de nuevo. ¿Qué te parece?

Lo que ocurre en vuestra vida cuando esta termina es demasiado extraordinario como para poder describirlo aquí en términos que puedas comprender, puesto que se trata de una experiencia que se halla en otra dimensión, y que literalmente rebasa cualquier descripción que pretenda utilizar herramientas tan enormemente limitadas como las palabras. Baste decir que tendréis la oportunidad de examinar vuestra vida presente sin dolor y sin temor a juicio alguno, y con el propósito de decidir lo que sentís respecto a vuestra experiencia y adónde queréis ir a partir de ahí.

Muchos decidiréis regresar aquí, a este mundo de densidad y relatividad, y disponer de otra posibilidad de experimentar las decisiones y elecciones que habéis realizado respecto a vosotros Mismos en este nivel.

Otros –una selecta minoría– regresarán con una misión diferente. Volverán a la densidad y a la materia con el propósito espiritual de llevar a los demás *fuera* de la densidad y la materia. En la Tierra siempre ha habido entre vosotros quienes han tomado esta decisión. Se les reconoce en seguida. Su tarea ha terminado; han regresado a la Tierra simple y llanamente para ayudar a los demás. En esto consiste su alegría. En esto consiste su exaltación. No aspirar a otra cosa que a servir.

No puedes dejar de verlos. Están por todas partes. Hay más de los que crees. Incluso es probable que sepas de alguno, o que lo conozcas personalmente.

¿Soy yo uno de ellos?

No. Si tienes que preguntarlo, es que sabes que no lo eres. Uno de ellos no hace preguntas de este tipo. No hay nada que preguntar.

Tú hijo Mío, en esta vida eres un mensajero, un precursor, un portador de noticias, un buscador y, con frecuencia, un orador de la Verdad. Debes estar contento, pues esto es más que suficiente para una vida.

Estoy contento, ¡pero siempre puedo esperar más!

¡Y esperarás más! Siempre esperarás más. Forma parte de tu naturaleza. Forma parte de la naturaleza divina aspirar siempre a más.

De modo que hazlo: *aspira* por todos los medios a eso.

Ahora quiero responder definitivamente a la pregunta con la que iniciaste esta parte de nuestra conversación.

¡Sigue adelante, y haz lo que realmente te guste! ¡No hagas otra cosa! Tienes muy poco tiempo. ¿Cómo puedes pensar en perder ni un solo momento haciendo algo que no te gusta para ganarte la *vida*? ¿Qué clase de vida sería *esa*? ¡Más que ganarte la vida, sería ganarte la *muerte*!

Si dices: “pero... es que hay otras personas que dependen de mí... bocas que alimentar... una esposa que cuenta conmigo”, te responderé que, si insistes en que tu vida se basa en lo que hace tu cuerpo, es que no has entendido para qué has venido aquí. Por lo menos, haz algo que te agrade –que manifieste Quien Tú Eres.

Con ello podrás alejar de ti el resentimiento y la ira hacia aquellos que imaginas que te privan de tu alegría.

No es que lo que hace tu cuerpo no sea importante. Pero no del modo en que tú crees. Las acciones del cuerpo constituyen reflejos de un estado de ser; no intentos de alcanzar un estado de ser.

En el verdadero orden de las cosas no se *hace* algo para poder *ser* feliz, sino que se *es* feliz y, en consecuencia, se *hace* algo. No se *hace* algo para *ser* compasivo, sino que se *es* compasivo y, en consecuencia, se actúa de determinada manera. En una persona de consciencia elevada, la decisión del alma precede a la acción del cuerpo. Solo una persona inconsciente trata de producir un estado del alma a través de lo que hace el cuerpo.

Esto es lo que significa la afirmación: “tu vida no se basa en lo que hace tu cuerpo”. Sin embargo, es cierto que lo que hace tu cuerpo es un reflejo de aquello en lo que se basa tu vida.

He aquí otra dicotomía divina.

Pero si no lo entiendes, al menos entiende esto:

Tienes *derecho* a tu propia alegría. Tengas o no tengas hijos, tengas o no tengas esposa. ¡Búscala! ¡Hállala! Y tendrás una familia alegre, sin importar cuánto dinero ganes o dejes de ganar. Pero si, en vez de eso, ellos no son felices y te abandonan, entonces déjales partir con amor en busca de *su* propia alegría.

Si por otra parte has evolucionado hasta el punto de que los asuntos del cuerpo han dejado de preocuparte, serás aún más libre para buscar tu propia alegría –así en la Tierra como en el Cielo. Pues Dios dice que *está bien ser feliz* –y sí, incluso en tu *trabajo*.

Tu trabajo en la vida es una afirmación de Quien Tú Eres. Y si no lo es, entonces, ¿para qué lo haces?

¿Acaso crees que *tienes que* hacerlo?

No tienes que hacer nada.

Si “el hombre que mantiene a su familia, cueste lo que cueste, aun a costa de su propia felicidad” es Quien Tú Eres, entonces ama tu trabajo, puesto que está facilitando tu creación de una *declaración viviente de tu Yo*.

Si “la mujer que realiza un trabajo que detesta para hacer frente a las responsabilidades que considera que tiene” es Quien Tú Eres, entonces ama, ama, *ama* tu trabajo, puesto que sostiene plenamente tu imagen de tu Yo, tu concepto de tu Yo, de ti Misma.

Todo el mundo puede amar todo lo que hace desde el momento en que entienda lo que está haciendo y para qué.

Nadie hace nada que no quiera hacer.

13

¿Cómo puedo resolver los problemas de salud que tengo? Ya he sido la víctima de los suficientes problemas crónicos como para ocupar tres vidas enteras. ¿Por qué los sigo teniendo ahora, en *esta* vida?

En primer lugar, vamos a dejar clara una cosa: tú *amas* esos problemas: o, en cualquier caso, la mayoría de ellos. Los has utilizado admirablemente para compadecerte de ti mismo y atraer la atención de los demás hacia ti mismo.

En las pocas ocasiones en que no ha sido así, ha sido solo porque han ido demasiado lejos. Más lejos de lo que tú pensabas que irían cuando los creaste.

Debes entender algo que probablemente ya sabes: toda enfermedad la crea uno mismo. Incluso los médicos más convencionales están empezando a ver ya cómo la gente *se provoca la enfermedad a sí misma*.

La mayoría de las personas lo hacen de un modo totalmente inconsciente (ni siquiera saben que lo hacen). Así, cuando *caen* enfermos, no saben lo que les pasa. Parece como si algo les *sucediera* a ellos, en vez de haberse hecho ellos algo a sí mismos.

Esto ocurre porque la mayoría de las personas van por la vida inconscientemente, y no solo en lo que se refiere a la salud y sus consecuencias.

Fuman, y luego se sorprenden de tener cáncer.

Ingieren animales y grasa, y luego se sorprenden de tener las arterias obstruidas.

Se pasan la vida enfadados, y luego se sorprenden de tener infartos.

Compiten con los demás –despiadadamente, y bajo un estrés increíble–, y luego se sorprenden porque tienen apoplejías.

La verdad no tan obvia que hay tras todo esto es que la mayoría de las personas *se preocupan hasta morir*.

La preocupación es precisamente la peor forma de actividad mental que hay después del odio, y resulta profundamente autodestructiva. La preocupación no tiene sentido. Es malgastar la energía mental. Además, produce reacciones bioquímicas que dañan el cuerpo, dando un sinnúmero de problemas que van desde una simple indigestión hasta una parada cardíaca.

La salud mejorará casi en el mismo momento en que *cese la preocupación*.

La preocupación es la actividad de una mente que no entiende su vinculación conmigo.

El odio es la enfermedad que perjudica más gravemente a la mente. Envenena el cuerpo, y sus efectos son prácticamente irreversibles.

El temor es lo opuesto a todo lo que sois, y, en consecuencia, ejerce un efecto adverso en vuestra salud física y mental. *El temor es la preocupación llevada al extremo.*

La preocupación, el odio y el temor –junto con sus vástagos: la ansiedad, la amargura, la impaciencia, la avaricia, la crueldad, la severidad y la condena–, todo ello ataca el nivel celular del cuerpo. En estas condiciones, resulta imposible tener un cuerpo sano.

Del mismo modo –aunque en un grado algo inferior–, la arrogancia, la falta de moderación y la gula producen malestar físico, o falta de bienestar.

Toda enfermedad ha sido creada antes en la mente.

¿Cómo puede ser? ¿Y qué hay de las enfermedades contraídas por contagio, como los resfriados o el SIDA?

Nada ocurre en vuestra vida –nada– sin que primero haya sido un pensamiento. Los pensamientos son como imanes, que atraen sus efectos sobre uno. Puede que el pensamiento no siempre sea evidente –y, por ello tan claramente causal– como: “voy a contraer una terrible enfermedad”. Es posible que sea (y normalmente es) mucho más sutil que eso: “no merezco vivir”; “mi vida es un lío”; “soy un perdedor”; “Dios va a castigarme”; “estoy hasta la coronilla de mi vida”.

Estos pensamientos constituyen una forma de energía muy sutil, pero sumamente poderosa. Las palabras son menos sutiles, más densas. Las acciones constituyen la forma más densa de las tres. La acción es energía en una forma física fuerte, con un movimiento potente. Cuando piensas, hablas y actúas según un concepto negativo, como el de “soy un perdedor”, pones una enorme cantidad de energía en movimiento. No es de extrañar que tengas un resfriado; y aun eso sería lo de menos.

Resulta muy difícil invertir los efectos del pensamiento negativo una vez que estos han adquirido forma física. No es imposible, pero sí muy difícil. Se requiere un acto de fe excepcional. Se requiere una extraordinaria confianza en la fuerza positiva del universo, llámese Dios, Diosa, Motor Inmóvil, Fuerza Primera, Causa Primera, o lo que sea.

Los sanadores poseen precisamente esta fe. Es una fe que penetra en el Conocimiento Absoluto. *Saben* que estás preparado para ser completo y perfecto en *este mismo momento*. Ese conocimiento es también un pensamiento, y muy poderoso. Tiene el poder de mover montañas, por no hablar de las moléculas de tu cuerpo. Así es como los sanadores pueden curar, incluso a distancia.

El pensamiento no conoce distancias. Viaja alrededor del mundo y atraviesa el universo en menos tiempo del que tardas en pronunciar la palabra.

“Mándalo de palabra, y quede sano mi criado”. Y así fue, en ese mismísimo momento, incluso antes de que acabara la frase. Tal era la fe del centurión.

Pero todos *vosotros* sois leprosos mentales. Vuestra mente está corroída por pensamientos negativos. Algunos de ellos os los han metido. Muchos de ellos realmente os los inventáis –os los sacáis de la manga– vosotros mismos, y luego les dais abrigo y cobijo durante horas, días, semanas, meses, e incluso años.

... y os preguntáis por qué caéis enfermos.

Puedes “resolver algunos de tus problemas de salud”, como tú dices, si resuelves los problemas de tu pensamiento. Efectivamente, puedes curar algunas de las enfermedades que ya has contraído (que te has dado a ti mismo), además de prevenir nuevos e importantes problemas en fase de desarrollo. Y todo esto lo puedes hacer cambiando tu pensamiento.

Y también –y odio decir esto, pues parece demasiado mundano para venir de Dios–, ¡por el amor de Dios!, *cuida más de ti mismo*.

Cuidas pésimamente tu cuerpo, prestándole muy poca atención hasta que no sospechas que algo anda mal. No haces prácticamente nada en cuanto a mantenimiento preventivo. Cuidas más a tu automóvil que a tu cuerpo, y no exagero.

No solo no previenes posibles problemas realizando chequeos médicos anuales, y utilizando las terapias y las medicinas a tu alcance (¿por qué vas al médico, le pides ayuda, y luego no tomas las medicinas que te receta?, ¿puedes responderme a eso?); también maltratas a tu cuerpo terriblemente entre estas visitas respecto a las que no haces nada.

No lo ejercitas, de modo que se vuelve *flojo* y, lo que es peor, débil por falta de uso.

No lo alimentas adecuadamente, con lo cual se debilita aún más.

Luego lo llenas de toxinas y venenos, y de las más absurdas sustancias que hacéis pasar por comida. Y aun así, ese maravilloso motor funciona; aun así, sigue adelante

resoplando y afrontando con bravura vuestra violenta embestida.

¡Es horrible! Las condiciones bajo las cuales le pides a tu cuerpo que sobreviva son horribles. Pero poco o nada harás al respecto. Leerás esto, moverás la cabeza afirmativamente, mostrando arrepentimiento, y continuarás con el maltrato. ¿Y sabes por qué?

Tengo miedo de preguntártelo.

Porque no tienes ninguna voluntad de vivir.

Me parece una acusación muy dura.

No pretende ser dura, ni tampoco pretende ser una acusación ni una condena. “Dura” es un término relativo, un juicio que has aplicado a unas palabras. “Acusación” connota culpa, y “culpa” connota delito. Aquí no hay ningún delito; por tanto no hay ninguna culpa ni ninguna acusación.

He hecho una simple declaración de la verdad. Al igual que todas las declaraciones de la verdad, posee la cualidad de despertarte. Pero a algunas personas no les gusta que les despierten. No a la mayoría; prefieren seguir dormidas.

El mundo se halla en el estado en que se halla porque está lleno de sonámbulos.

Respecto a mi afirmación, ¿qué es lo que te parece falso? No tienes ninguna voluntad de vivir. Al menos, no la has tenido hasta ahora.

Si me dices que has experimentado una “conversión instantánea”, volveré a evaluar mi predicción de lo que vas a hacer a partir de ahora, reconociendo que tal predicción se basa en una experiencia pasada.

... al mismo tiempo, pretendía despertarte. A veces, cuando alguien está profundamente dormido, hay que sacudirle un poco.

He visto que en tu pasado has tenido muy poca voluntad de vivir. Ahora puedes negarlo, pero en este caso tus actos hablan más fuerte que tus palabras.

Si has encendido un solo cigarrillo en tu vida –mucho más si has fumado un paquete diario durante veinte años, como tú has hecho–, es que tienes muy poca voluntad de vivir. No te importa lo que le haces a tu cuerpo.

¡Pero si *dejé* de fumar hace ya unos diez años!

Después de veinte de duro castigo físico... Y si una sola vez has introducido alcohol en tu cuerpo, es que tienes muy poca voluntad de vivir.

Bebo con mucha moderación.

El cuerpo no está hecho para ingerir alcohol; perjudica a la mente.

¡Pero si *Jesús* tomaba alcohol! ¡Fue a la boda y convirtió el agua en vino!

¿Quién dijo que *Jesús* fuera perfecto?

¡Por el amor de Dios!

Dime, ¿estoy empezando a incordiarte?

Bueno, lejos está de mí la posibilidad de ser *incordiado por Dios*. Quiero decir, que eso sería un poco presuntuoso, ¿no? Pero pienso que no debemos pasarnos de la raya con todo esto. Mi padre me enseñó la norma de que “todo con moderación”. Creo que la he seguido en lo que al alcohol se refiere.

El cuerpo puede recuperarse más fácilmente de un abuso moderado. Por tanto, el dicho resulta útil. Sin embargo, mantengo mi afirmación: el cuerpo no está hecho para ingerir alcohol.

¡Pero hasta algunas medicinas contienen alcohol!

Yo no tengo ningún control sobre lo que vosotros llamáis “medicinas”. Mantengo mi afirmación.

Eres inflexible, ¿sabes?

Mira, la verdad es la verdad. Ahora bien, si alguien dice: “un poco de alcohol no va a hacerte daño”, y sitúa esta afirmación en el contexto de una vida tal como la vivís en este momento, tendría que estar de acuerdo con él. Pero eso no cambia la verdad de lo que he dicho. Simplemente te permite ignorarla.

Sin embargo, considera esto. Vosotros los humanos agotáis vuestros cuerpos, normalmente, entre los cincuenta y los ochenta años. Algunos duran más, pero no mucho más. Otros dejan de funcionar antes, pero tampoco son mayoría. ¿Estamos de acuerdo en esto?

Sí, de acuerdo.

Bueno, pues tenemos un buen punto de partida. Ahora bien, cuando he dicho que podía estar de acuerdo con la afirmación: “un poco de alcohol no va a hacerte daño”, he matizado añadiendo: “en el contexto de una vida tal como la vivís en este momento”. Fíjate: la gente parece satisfecha con la vida tal como la vive. Pero la vida –y puede ser que te sorprenda saberlo– se hizo para ser vivida de un modo totalmente distinto. Y vuestro cuerpo se concibió para durar mucho más tiempo.

¿Sí?

Sí.

¿Cuánto tiempo más?

Infinitamente más.

¿Qué significa eso?

Significa, hijo Mío, que vuestro cuerpo se concibió para durar siempre.

¿Siempre?

Sí. Léelo bien: “para siempre jamás”.

¿Quieres decir que se supone que no íbamos (o que no vamos) a morir nunca?

Nunca morís realmente. La vida es eterna, sois inmortales. Nunca morís, simplemente cambiáis de forma. Y ni siquiera tenéis que hacer eso. *Vosotros* decidisteis hacerlo, no *Yo*. Yo hice vuestros cuerpos para durar para *siempre*. ¿Realmente crees que lo mejor que podía hacer Dios, lo mejor que Yo podía proponer, era un cuerpo que durara sesenta, setenta o quizás ochenta años, antes de caerse en pedazos? ¿Piensas acaso que ese es el límite de mi capacidad?

Nunca pensé en plantearlo de ese modo...

¡Yo diseñé vuestro magnífico cuerpo para durar por *siempre*! Y los primeros de entre vosotros vivieron en el cuerpo prácticamente sin experimentar dolor, y sin temer a lo que ahora llamáis “muerte”.

En vuestra mitología religiosa, simbolizáis vuestra memoria celular de aquella primera versión de seres humanos llamándoles Adán y Eva. En realidad, obviamente, fueron más de dos.

Al principio, la idea era que vuestras maravillosas almas tuvieran la oportunidad de conocerse a Sí mismas como Quienes Realmente Son a través de las experiencias logradas en el cuerpo físico, en el mundo relativo, como ya he explicado repetidamente aquí.

Esto se hizo reduciendo la indescriptible velocidad de toda vibración (forma de pensamiento) para producir materia, incluida esa materia que llamáis cuerpo físico.

La vida evolucionó a través de una serie de etapas, en un abrir y cerrar de ojos que para vosotros equivale a millones de años. Y en ese instante sagrado vinisteis vosotros, surgidos del mar, el agua de la vida, a la tierra y en la forma que ahora tenéis.

¡Entonces lo que dicen los evolucionistas es correcto!

Encuentro divertido –en realidad, una fuente de continua diversión– que vosotros los humanos tengáis esa necesidad de descomponerlo todo en correcto y equivocado. Nunca se os ocurre que habéis *inventado esas etiquetas* para ayudaros a definir lo material –y a vuestro Ser, a vosotros Mismos.

Nunca se os ocurre (excepto a aquellos de entre vosotros dotados de las mentes más agudas) que algo pueda ser a la vez correcto y equivocado; que solo en el mundo de lo relativo las cosas son o lo uno o lo otro. En el mundo de lo absoluto, del tiempo sin tiempo, *todas las cosas son todo*.

No hay ni macho ni hembra, ni antes ni después, ni rápido ni lento, ni aquí ni allí, ni arriba ni abajo, ni izquierda ni derecha; ni correcto ni equivocado.

Vuestros astronautas y cosmonautas salieron ganando en este sentido. Se vieron a sí mismos propulsados hacia *arriba* para salir al espacio exterior, solo para encontrarse con que, una vez allí, tenían que mirar hacia *arriba para ver la Tierra*. ¿O no? Tal vez estuvieran mirando hacia *abajo*. Pero entonces, ¿dónde está el sol, arriba, abajo? ¡No! Allí, a la *izquierda*. Así, de repente, una cosa ya no estaba ni arriba ni abajo; estaba a un *lado*... y, por tanto, todas las definiciones *desaparecieron*.

Así es en Mi mundo, en nuestro mundo, nuestro verdadero reino. Todas las definiciones desaparecen, haciendo que sea difícil incluso hablar de este reino en términos definitivos.

La religión constituye vuestro intento de hablar de lo inefable. No realiza una función demasiado buena.

No, hijo Mío, lo que dicen los evolucionistas *no* es correcto. Yo lo creé todo, *todo*, en un abrir y cerrar de ojos; en un instante sagrado, tal como afirmaron los creacionistas. Y... tuvo lugar en un proceso de evolución que duró millones y millones de lo que vosotros llamáis “años”, justo tal y como afirman los evolucionistas.

Lo que dicen ambos es “correcto”. Como descubrieron los cosmonautas, *todo depende de cómo lo mires.*

Pero la verdadera pregunta es: un instante sagrado o millones de años, ¿qué diferencia hay? ¿Puedes simplemente aceptar que en algunas de las cuestiones de la vida el misterio es demasiado grande como para que podáis resolverlo? ¿Por qué no mantener el misterio como algo sagrado? ¿Y por qué no permitir que lo sagrado sea sagrado, y dejarlo estar?

Supongo que tenemos una insaciable necesidad de saber.

¡Pero es que ya *sabéis!* ¡Te lo acabo de *decir!* Lo que ocurre es que no queréis saber la Verdad, sino que queréis saber la verdad *tal y como vosotros la entendéis.* Este es el mayor obstáculo para vuestra iluminación. ¡Creéis que ya *sabéis* la verdad! Creéis que ya *entendéis* cómo es. Así, estáis de acuerdo con todo aquello que veis, oís o leéis que coincida con el paradigma de vuestros conocimientos, y rechazáis todo aquello que no coincida. Y a esto lo llamáis aprender.

A esto lo llamáis “estar abiertos a aprender.” Pero ay, no podéis en absoluto abrirnos a aprender mientras estéis cerrados a todo lo que no sea vuestra propia verdad.

Así, algunos tildarán este mismo libro de blasfemo, de obra del diablo.

Pero quien tenga oídos para oír, que oiga. Te lo aseguro: *no fuisteis hechos para morir nunca.* Vuestra forma física fue creada como una magnífica posibilidad, una maravillosa herramienta, un glorioso medio que os permite experimentar la realidad que habéis creado con vuestra mente, para poder conocer el Yo que habéis creado en vuestra alma.

El alma concibe, la mente crea, el cuerpo experimenta. Así, el círculo queda completo. El alma, pues, se conoce a sí misma en su propia experiencia. Si no le gusta lo que experimenta (siente), o desea una experiencia diferente por alguna razón, simplemente concibe una nueva experiencia del Yo, y –literalmente– *cambia de opinión, de mentalidad.*

Pronto el cuerpo se halla inmerso en una nueva experiencia. (“Yo soy la resurrección y la Vida” fue un magnífico ejemplo de ello. ¿Cómo crees que Jesús lo *hizo?* ¿O acaso crees que ni siquiera sucedió? ¡*Créelo*, pues *sucedió!*)

El caso es que el alma nunca prescindirá del cuerpo o de la mente. Yo os creé como tres seres en uno, hechos a imagen y semejanza de mí.

Los tres aspectos del Yo son totalmente equiparables entre sí. Cada uno tiene su función, pero ninguna función es mayor que las otras; ni, en realidad, hay ninguna función que *preceda* a las demás. Todas se hallan interrelacionadas de manera exactamente igual.

Concebir, crear, experimentar: lo que concebís, lo creáis; lo que creáis, lo experimentáis; lo que experimentáis, lo concebís.

He aquí por qué se dijo que, si puedes hacer que tu cuerpo experimente algo

(abundancia por ejemplo), pronto albergarás ese sentimiento en tu alma, la cual a su vez se concebirá a sí misma de una nueva manera (a saber, abundante), ofreciendo a tu mente un nuevo pensamiento al respecto. De este nuevo pensamiento surge más experiencia, y el cuerpo empieza a vivir una nueva realidad como un estado permanente de ser.

Tu cuerpo, tu mente y tu alma (espíritu) son uno solo. En este sentido eres, en microcosmos, como Yo –el Todo Divino, el Todo Sagrado, la Suma y la Sustancia. Ahora ves cómo es que soy el principio y el fin de todo, el Alfa y el Omega.

Ahora te explicaré el misterio último: vuestra exacta y verdadera relación conmigo. VOSOTROS SOIS MI CUERPO.

Lo que *vuestro* cuerpo es respecto a *vuestra* mente y a *vuestra* alma, lo sois *vosotros* respecto a Mi mente y Mi alma.

Todo lo que Yo experimento, lo experimento a través de vosotros.

Así como *vuestro* cuerpo, *vuestra* mente y *vuestra* alma son uno, así también lo son Mi cuerpo, Mi mente y Mi alma.

Así es que Jesús de Nazaret –entre otros muchos que entendieron este misterio–, afirmó una verdad inmutable cuando dijo: “*El Padre y Yo somos Uno*”.

Ahora bien, te aseguro que hay verdades mucho mayores que esta, de las que algún día te enterarás; pues del mismo modo en que *vosotros* sois Mi cuerpo, Yo soy el cuerpo de otro.

¿Quieres decir que no eres Dios?

Sí, soy Dios, según vuestro concepto de Él; y soy la Diosa, según vuestro concepto de Ella. Soy el Hacedor y el Creador de Todo lo que conocéis y experimentáis, y *vosotros* sois Mis criaturas... igual que Yo soy la de otro.

¿Estás intentando decirme que incluso Dios tiene un Dios?

Te estoy diciendo que vuestra percepción de la realidad última es más limitada de lo que creéis, y que la Verdad es más ilimitada de lo que podéis imaginar.

Te estoy dejando entrever algo de la infinitud –y del amor infinito. (Si te dejara ver mucho más, no podrías encajarlo en tu realidad; de hecho, apenas puedes encajar *esto*.)

¡Espera un momento! ¿Quieres decir que en realidad no estoy hablando con Dios en este momento?

Ya te he dicho que, si concibes a Dios como tu señor y creador, del mismo modo que tú eres señor y creador de tu propio cuerpo, Yo soy el Dios de esa interpretación. Y, ciertamente, estás hablando conmigo. Ha sido una conversación deliciosa, ¿no?

Deliciosa o no, creía que estaba hablando con el auténtico Dios. El Dios de Dioses. Ya sabes: el mandamás.

Y estás hablando con él. Puedes creerme.

Sin embargo, dices que hay alguien por encima de Ti en este orden jerárquico de las cosas.

Ahora estamos intentando hacer algo imposible: hablar de lo inefable. Como ya he

dicho, eso es lo que trata de hacer la religión. Déjame ver si puedo encontrar una manera de resumirlo.

Para-siempre es más tiempo del que conocéis. Eterno es más tiempo que Para-siempre. Dios es más de lo que imagináis. Dios es la energía que llamáis imaginación. Dios es creación. Dios es el primer pensamiento. Y Dios es la última experiencia. Y Dios es todo lo que hay entre lo uno y lo otro.

¿Has mirado alguna vez a través de un microscopio de gran potencia, o has visto dibujos o películas animadas sobre moléculas, y has dicho: “¡cielo santo, hay *todo un universo* ahí abajo! ¡Y para ese universo, Yo, el observador, debo parecer Dios!”? ¿Has dicho eso alguna vez, o has tenido una experiencia de ese tipo?

Sí, y diría que cualquier persona que piense.

En efecto. Pues en ese caso tú mismo has vislumbrado lo que te estoy exponiendo aquí. ¿Y qué harías si te dijera que esa realidad que has vislumbrado no tiene fin?

Querría que me lo explicaras.

Toma la parte del universo más pequeña que puedas imaginar. Imagina esa partícula de materia extraordinariamente minúscula.

De acuerdo.

Ahora pártela por la mitad.

Vale.

¿Qué tienes?

Dos mitades más pequeñas.

Exactamente. Ahora pártelas por la mitad. ¿Qué tienes ahora?

Dos mitades *más pequeñas*.

Correcto. Hazlo de nuevo, una vez, y otra, y otra... ¿qué te queda?

Partículas más y más pequeñas.

Sí, pero, ¿cuándo se *para* esto? ¿Cuántas veces puedes dividir la materia para que deje de existir?

No lo sé. Supongo que nunca deja de existir.

¿Quieres decir que nunca podrás *destruirla por completo*? ¿Que todo lo que puedes hacer es cambiar su forma?

Eso parece.

Pues déjame que te diga que acabas de descubrir el secreto de todo lo que vive y de penetrar en la infinidad.

Ahora tengo que hacerte una pregunta.

De acuerdo...

¿Qué te hace pensar que la infinidad solo va en una dirección?

De modo que... igual que no hay límite por abajo, no lo hay por arriba.

No *hay* arriba ni abajo, pero entiendo lo que quieres decir.

Si no hay límite para lo pequeño, es que tampoco lo hay para lo *grande*...

Correcto.

Pero si no hay límite para lo grande, es que no hay nada que sea *lo más grande*. Eso significa, en último término, que ¡no hay *ningún Dios*!

O, tal vez, que *todo es Dios*, y que *no hay nada más*.

Te lo aseguro: YO SOY EL QUE SOY.

Y TÚ ERES EL QUE ERES. No puedes *no ser*. Puedes cambiar de forma todo lo que quieras, pero no puedes dejar de ser. Aunque sí *puedes* dejar de saber Quién Eres –y, de ese modo, experimentarlo *solo a medias*.

Eso sería el infierno.

Exactamente. Pero no estáis condenados a él. No estáis relegados a él para siempre. Todo lo que hace falta para salir del infierno –para salir del no “saber”– es saber de nuevo.

Hay muchas maneras y muchos lugares (dimensiones) donde poder hacerlo.

En este momento, vosotros estáis en una de esas dimensiones. Según vuestra comprensión, es la llamada tercera dimensión.

¿Hay muchas más?

¿No te he dicho ya que en Mi Reino hay muchas mansiones? Si no fuera así, no te lo habría dicho.

Entonces, no *hay* infierno; al menos no realmente. Quiero decir: ¡no hay ningún lugar o dimensión al que seamos condenados eternamente!

¿Qué sentido tendría?

Sin embargo, siempre estáis limitados por vuestra propia apreciación del conocimiento, puesto que vosotros –nosotros– sois un ser auto-creado.

No puedes ser aquello que no sabes que tu Yo es.

Por eso se te ha dado esta vida: para que puedas conocerte a ti mismo en tu propia experiencia. Luego podrás concebirte a ti mismo como Quien Realmente Eres, y crearte a ti mismo de ese modo en tu experiencia, con lo cual el círculo se completa de nuevo... aunque cada vez es mayor.

Y por tanto, estás en proceso de crecimiento; o, como lo he dicho a lo largo de este libro, de llegar a ser, de devenir.

No hay ningún *límite* para lo que puedas llegar a ser.

¿Quieres decir que incluso puedo llegar a ser –¿me atreveré a decirlo?– un Dios... como Tú?

¿Tú que crees?

No lo sé.

Mientras no lo sepas, no puedes. Recuerda el triángulo, la Santísima Trinidad: espíritu-mente-cuerpo. Concebir-crear-experimentar. Recuerda, utilizando vuestra simbología:

ESPÍRITU SANTO = INSPIRACIÓN = CONCEBIR

PADRE = CRIANZA = CREAR

HIJO = DESCENDENCIA = EXPERIMENTAR

El Hijo experimenta la creación del pensamiento del Padre, el cual es concebido por el Espíritu Santo.

¿Puedes concebirte a ti mismo como siendo un Dios algún día?

En mis momentos de mayor locura.

Bien, pues te aseguro que *ya* eres un Dios, y lo único que sucede es que *simplemente no lo sabes*.

¿No he dicho que “vosotros sois Dioses”?

14

Bueno, pues ya está. Ya te lo he explicado todo: la vida; cómo funciona; su verdadera razón y su auténtico objetivo. ¿Puedo servirte en algo más?

No hay nada más que pueda preguntar. Te estoy profundamente agradecido por este increíble diálogo. Ha sido tan extenso y ha abarcado tantas cosas... Si repaso mis preguntas originales, veo que hemos tratado las cinco primeras, las referentes a la vida y las relaciones, el dinero y las profesiones, y la salud. Como sabes, había más preguntas en aquella lista original, pero en cierto modo, tras todo lo que hemos tratado, parecen irrelevantes.

Sí. Pero no obstante, me las has preguntado. Vamos a responder brevemente al resto de preguntas, una por una. Ahora que estamos terminando el material...

¿Qué material?

El material que te he traído y te he expuesto aquí. Decía que, ahora que estamos terminando el material, tomemos esas cuestiones pendientes y tratémoslas con brevedad.

6. ¿Cuál es la lección kármica que se supone que debo asimilar aquí? ¿Qué intento aprender? ¿En qué he de alcanzar la maestría?

Aquí no aprendes nada. No tienes que asimilar nada. Solo tienes que recordar. Es decir, recordarme, “re-membrar-Me”.

¿Sobre qué estás tratando de alcanzar la maestría? Estás intentando *dominar la propia maestría*.

7. ¿Hay algo parecido a la reencarnación? ¿Cuántas vidas anteriores he tenido? ¿Qué fui en ellas? ¿Es real la “deuda kármica”?

Es difícil creer que todavía os hagáis esta pregunta. Me resulta difícil de concebir. Ha habido tantos informes, de fuentes tan extremadamente fidedignas, acerca de experiencias de vidas pasadas... Algunas de estas personas han aportado descripciones sorprendentemente detalladas de los acontecimientos, y el hecho de que sus datos hayan sido totalmente comprobables ha eliminado cualquier posibilidad de que fueran inventados o de que, de algún modo, engañaran a los investigadores y a sus seres queridos.

Puesto que insistes en la exactitud, te diré que has vivido 647 vidas pasadas. Esta es la número 648. En ellas, has sido *de todo*: rey, reina, siervo; profesor, estudiante, maestro; hombre, mujer; guerrero, pacifista; héroe, cobarde; asesino, salvador; sabio, loco. ¡Has sido *todo* eso!

No, no existe la “deuda kármica” ni nada que se le parezca; no en el sentido que tú le das en esta pregunta. Una deuda es algo que se tiene que pagar, que se está obligado a pagar. *Vosotros no estáis obligados a hacer nada*.

No obstante, hay ciertas cosas que queréis hacer, que decidís experimentar. Y algunas de esas decisiones dependen de –su deseo ha sido creado por– lo que habéis experimentado anteriormente.

Estas son las palabras que más se pueden acercar a explicar eso que llamáis “karma”. Si el karma es el deseo innato de ser cada vez mejor, de ser cada vez mayor, de evolucionar y de crecer, y de contemplar los acontecimientos y experiencias pasados desde esta perspectiva, entonces sí, el karma existe.

Pero no exige nada. Nada en absoluto. *Eres*, como has sido siempre, un ser con libre albedrío.

8. A veces tengo la sensación de ser un médium. ¿Existe algo parecido a “ser un médium”? ¿Lo soy yo? La gente que afirma que lo es, ¿“pacta con el diablo”?

Sí, existe algo parecido a ser un médium. Tú lo eres. *Todo el mundo* lo es. No hay nadie que no posea eso que llamáis “facultades extrasensoriales”; lo que ocurre simplemente es que hay personas que no las utilizan.

Utilizar vuestras facultades extrasensoriales no es más que utilizar vuestro sexto sentido. Evidentemente, eso no es “pactar con el diablo”, pues entonces Yo no os habría *dado* ese sentido. Y por supuesto, no existe ningún diablo con el que pactar.

Algún día –quizás en el Libro Dos– te explicaré exactamente cómo funcionan la energía psíquica y las facultades extrasensoriales.

¿Va a haber un Libro Dos?

Sí. Pero primero terminemos con este.

9. ¿Es correcto ganar dinero haciendo el bien? Si yo decido realizar una obra de sanación en el mundo –la obra de Dios–, ¿puedo hacerlo, y a la vez disfrutar de abundancia económica? ¿O bien ambas cosas son mutuamente excluyentes?

Ya hemos tratado de eso.

10. ¿Es bueno el sexo? Venga, ¿qué ocurre realmente en esta experiencia humana? ¿El objetivo del sexo es puramente la procreación, como afirman algunas religiones? ¿Es cierto que la santidad y la iluminación se obtienen mediante la negación –o transmutación– de la energía sexual? ¿Es correcto practicar el sexo sin amor? La sensación física, ¿es suficiente razón para justificarlo?

¡Claro que el sexo es “bueno”! Una vez más: si Yo no quisiera que jugaras a determinados juegos, no te habría dado los juguetes. ¿Acaso les das tú a tus hijos cosas con las que no quieres que jueguen?

Juega con el sexo. ¡Juega! Es una *maravillosa* diversión. Vaya, si hablamos estrictamente de experiencias físicas, es precisamente la mayor diversión que podéis *tener* con vuestro cuerpo.

Pero, por lo que más quieras, no destruyas la inocencia sexual ni el placer y la pureza de la diversión, la alegría, haciendo un mal uso del sexo. No lo utilices como instrumento de poder, o con un propósito oculto; para la gratificación del propio ego, o para ejercer la dominación; para cualquier propósito distinto de la más pura alegría y el más elevado éxtasis, dado y compartido –y que es amor, y amor *recreado*, ¡que es la nueva vida! ¿Acaso no he elegido una deliciosa manera de *conseguir hacer más de vosotros*?

Respecto a la negación, ya hemos tratado antes de ella. Nunca se ha alcanzado nada sagrado a través de la negación. Sin embargo, los *deseos* cambian a medida que se

vislumbran realidades cada vez mayores. Por tanto, no resulta inusual que determinadas personas simplemente *deseen* menos, o ninguna, actividad sexual; o, por lo mismo, reduzcan algunas de las actividades del cuerpo. Para algunos, las actividades del alma pasan a un primer plano y se consideran, con mucho, las más placenteras.

La moraleja sería: cada uno a lo suyo, y sin juzgar a los demás.

La respuesta a la última parte de tu pregunta sería: no necesitas tener una razón para nada. Simplemente, sé la *causa*.

Sé la causa de tú experiencia.

Recuerda que la experiencia produce el concepto del Yo, el concepto produce creación, y la creación produce experiencia.

¿Quieres experimentarte a ti mismo como una persona que practica el sexo sin amor? ¡Adelante! Lo harás en tanto que no quieras otra cosa. Y lo único que hará –que puede hacer– que abandones esta conducta, o *cualquiera*, es que en ti surja un nuevo pensamiento acerca de Quien Tú Eres.

Es así de sencillo; y así de complejo.

11. ¿Por qué hiciste del sexo una experiencia humana tan buena, tan impresionante y tan poderosa, si todo lo que debemos hacer es apartarnos de él todo lo posible? ¿Qué pasa? En este sentido, ¿por qué todas las cosas divertidas son “inmorales, ilegales o engordan”?

Con lo que acabo de decir he contestado también a la última parte de esta pregunta. Todas las cosas divertidas *no* son inmorales, ilegales ni engordan. No obstante, vuestra vida constituye un interesante ejercicio a la hora de definir qué es o no divertido.

Para algunos, lo “divertido” tiene que ver con las sensaciones del cuerpo. Para otros, lo “divertido” puede ser algo completamente distinto. Todo depende de quién crees que eres y de qué crees que estás haciendo aquí.

Hay mucho más que decir acerca del sexo que lo que hemos dicho aquí; pero nada más importante que esto: el sexo es *alegría*, y muchos de vosotros habéis hecho del sexo algo totalmente diferente.

Sí, el sexo también es santo. Pero la alegría y la santidad son compatibles (en realidad, son la misma cosa), y muchos de vosotros pensáis que no lo son.

Vuestras actitudes ante el sexo constituyen un microcosmos de vuestras actitudes ante la vida. La vida debería ser alegría, celebración, y se ha convertido en una experiencia de “no tener nunca bastante”, de temor, ansiedad, envidia, rabia y tragedia. Y lo mismo puede decirse respecto al sexo.

Habéis reprimido el sexo, igual que habéis reprimido la vida, en vez de verlo como la plena expresión del Yo, como entrega y alegría.

Habéis hecho de él algo vergonzoso –igual que habéis hecho con la vida–, al calificarlo de malo y perverso, en vez de verlo como el más alto regalo y el mayor placer.

Antes de que protestes y me digas que no habéis deshonrado la vida haciéndola algo vergonzoso, fíjate en vuestras actitudes colectivas respecto a ella. Cuatro de cada cinco personas en todo el mundo consideran la vida como una desgracia, una tribulación, un período de prueba, una deuda kármica que se debe pagar, una escuela donde hay que aprender duras lecciones, y, en general, una experiencia que se debe soportar mientras se espera la *verdadera* alegría, la que viene *tras la muerte*.

Es una *vergüenza* que tantos de vosotros *penséis* de ese modo. Resulta, pues, poco sorprendente que hagáis extensiva esta deshonra al propio acto que crea la vida.

La energía que subyace al sexo es la misma energía que subyace a la vida, ¡que es

vida! El sentimiento de atracción y el deseo –intenso y a menudo imperioso– de acercarse unos *hacia* otros, de hacerse una sola unidad, constituye la dinámica esencial de todo lo que vive. Lo he incorporado en todo. Es innato, *interno*, inherente a Todo lo que Es.

Los códigos morales, las constricciones religiosas, los tabúes sociales y las convenciones emocionales que habéis establecido en torno al sexo (y, por cierto, también en torno al amor y todo lo relativo a la vida) han hecho que para vosotros resulte prácticamente imposible *celebrar vuestro ser*.

Desde el principio de los tiempos todo lo que el hombre ha deseado siempre es amar y ser amado. Y desde el principio de los tiempos, el hombre ha hecho todo lo que estaba en su mano para hacer que eso resultara imposible. El sexo constituye una extraordinaria expresión de amor; de amor hacia otro, de amor hacia sí Mismo, de amor hacia el Yo, de amor a la *vida*. ¡Deberíais, pues, *amarlo!* (y de hecho lo *hacéis*; pero no podéis *decirle* a nadie que lo hacéis; no os atrevéis a *demostrar cuánto* lo amáis, pues os llamarían perversos. Sin embargo, es esta *idea* la que es *perversa*).

En nuestro próximo libro consideraremos el sexo con mucho mayor detalle; exploraremos con más detenimiento su dinámica, puesto que se trata de una experiencia y de una cuestión con unas implicaciones de gran alcance a una escala global.

Por ahora –y para ti personalmente–, simplemente debes saber esto: *Yo no os he dado nada que sea vergonzoso; y menos aún vuestro propio cuerpo y sus funciones. No hay ninguna necesidad de ocultar vuestro cuerpo o sus funciones –ni vuestro amor hacia ellos, y hacia los demás.*

Vuestros programas de televisión no tienen ningún problema en mostrar la violencia más cruda, pero en cambio no se atreven a mostrar el amor al desnudo. Toda vuestra sociedad refleja esta escala de valores.

12. ¿Hay seres vivos en otros planetas? ¿Nos han visitado? ¿Nos están observando? ¿Veremos alguna evidencia irrefutable e indiscutible de vida extraterrestre durante nuestra vida? ¿Cada forma de vida tiene su propio Dios? ¿Y Tú eres el Dios de todas ellas?

Sí a la primera parte. Sí a la segunda. Sí a la tercera. No puedo contestar a la cuarta, puesto que ello requeriría que Yo predijera el futuro; y eso es algo que no voy a hacer.

No obstante, hablaremos mucho más acerca de eso llamado el futuro en el Libro Dos; y hablaremos de la vida extraterrestre y de la(s) naturaleza(s) de Dios en el Libro Tres.

¡Ah!, pero, ¿va a haber también un Libro Tres?

Permíteme que esboce el plan.

El Libro Uno ha de contener verdades básicas, conocimientos primarios, y tratar de cuestiones personales esenciales.

El Libro Dos ha de contener verdades de mucho mayor alcance, comprensiones más amplias, y tratar de los asuntos mundiales.

El Libro Tres ha de contener las mayores verdades que seáis capaces de entender, y tratar de cuestiones universales, cuestiones relacionadas con todos los seres del universo.

Ya veo. ¿Es una orden?

No. Si preguntas eso es que no has entendido nada de lo que hay en este libro. Tú has *elegido* realizar esta obra; y has *sido* elegido. El círculo está completo.

¿Lo entiendes?

Sí.

13. ¿Se realizará alguna vez la utopía en el planeta Tierra? ¿Dios se mostrará alguna vez a las gentes de la Tierra como prometió? ¿Habrá algo parecido a la Segunda Venida? ¿Habrá alguna vez un Fin del Mundo, o un apocalipsis, tal como lo profetiza la Biblia? ¿Hay una religión que sea la verdadera? Y si es así, ¿cuál?

Todo eso por sí solo constituye un libro, y la mayor parte será tratado en el Volumen Tres. He preferido que este volumen inicial se limitara a asuntos más personales, a cuestiones más prácticas. En posteriores entregas pasaré a ocuparme de cuestiones con implicaciones a escala mundial y universal.

¿Ya está? ¿Es todo de momento? ¿Ya no vamos a hablar más?

¿Ya me echas de menos?

¡Pues sí, porque lo hemos pasado bien! ¿Lo dejamos aquí?

Necesitas un pequeño descanso. Y tus lectores también. Aquí hay mucho que asimilar; mucho contra lo que devanarse los sesos; mucho sobre lo que meditar. Tómate tu tiempo, reflexiona; medita sobre ello.

No te sientas abandonado. Yo siempre estoy contigo. Si tienes preguntas que hacerme, preguntas cotidianas –como sé que tienes ahora mismo, y que seguirás teniendo–, ten en cuenta que puedes acudir a Mí para que te conteste. Y no es necesario que sea en forma de libro.

No es este el único modo en que te hablo. Escúchame en la verdad de tu alma. Escúchame en los sentimientos de tu corazón. Escúchame en el silencio de tu mente.

Óyeme en todas partes. Cada vez que tengas una pregunta, simplemente debes saber que ya la he contestado. Luego abre los ojos a tu mundo. Mi respuesta puede hallarse en un artículo ya publicado; en el sermón ya escrito y a punto de ser pronunciado; en la película que se está poniendo; en la canción que ayer se acabó de componer; en las palabras que está a punto de decir un ser querido; en el corazón de un nuevo amigo que estamos a punto de conocer.

Mi Verdad está en el susurro del viento, en el murmullo del arroyo, en el estampido del trueno, en el tamborileo de la lluvia.

Es el tacto de la tierra, la fragancia del lirio, el calor del sol, la atracción de la luna.

Mi Verdad –y tu más segura ayuda en los momentos de necesidad– es tan sobrecogedora como el cielo nocturno, y tan simple e incontrovertiblemente confiada como el balbuceo de un bebé.

Es tan potente como el latido del corazón, y tan silenciosa como la inspiración del aire que se toma en unión conmigo.

No te dejaré, *no puedo* dejarte, puesto que eres Mi creación y Mi producto, Mi hija y Mi hijo, Mi propósito y... Yo mismo.

Acude a mí, pues, cada vez y en cualquier circunstancia en que te alejes de la paz que Yo soy.

Estaré ahí. Con la Verdad, y la Luz, y el Amor.